

LA GUERRA DE LOS **TREINTA AÑOS**

El ocaso del Imperio español

Francisco García Lorenzana



La Guerra de los Treinta Años

FRANCISCO GARCÍA LORENZANA

La Guerra de los Treinta Años

El ocaso del Imperio español



KAILAS

KNF34

La Guerra de los Treinta Años. El ocaso del Imperio español

© 2018, Francisco García Lorenzana

© 2018, Kailas Editorial, S. L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Diseño interior y maquetación: Luis Brea Martínez

ISBN: 978-84-17248-26-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

[Introducción La reconfiguración del mapa de Europa](#)

[1. El Sacro Imperio en vísperas de la guerra](#)

[2. La revuelta bohemia \(1618-1624\): el noble arte de la defenestración](#)

[3. La internacionalización del conflicto \(1624-1630\): la intervención danesa](#)

[4. De las victorias de Wallenstein al Edicto de Restitución](#)

[5. El huracán sueco \(1630-1635\)](#)

[6. El predominio francés \(1635-1648\)](#)

[7. La Paz de Westfalia y las consecuencias de la guerra](#)

[8. Juego de voluntades: el conflicto franco-español](#)

[9. La revuelta de los catalanes y la independencia de Portugal](#)

[10. La Paz de los Pirineos: la pérdida de la hegemonía y la decadencia](#)

[Agradecimientos](#)

[Para saber más](#)

[Sobre el autor](#)

*Para mis alumnos,
que me han enseñado mucho más
que yo a ellos*

Introducción

La reconfiguración del mapa de Europa



- - - - - Límite del imperio alemán
 Territorios españoles
 Territorios de la casa de Habsburgo
 * Incorporación a Francia tras la Paz de los Pirineos

Mapa de Europa de 1648 tras la Paz de Westfalia.

EL MOTIVO DE la publicación de este libro es la conmemoración del aniversario del cuarto centenario del inicio de la Guerra de los Treinta Años en 1618 con la defenestración de los representantes del emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico en la ciudad de Praga. En aquel momento nadie tuvo conciencia de iniciar una guerra que fuera a durar tres décadas y que iba a marcar a fuego la conciencia de varias generaciones de europeos, en especial de aquellos que vivieron la barbarie y la devastación en los países más afectados por la contienda, como Alemania, Austria, Bohemia, Hungría, Flandes o los Países Bajos.

Este acontecimiento, que se considera habitualmente como el detonante de la guerra, siguiendo la tendencia (a veces, obsesión) que tenemos los historiadores de fijar en fechas concretas el inicio de los hechos históricos que consideramos trascendentales, tuvo lugar el 23 de mayo de 1618 y no coincidió por pocos meses con el primer centenario de la Reforma^[1], que tuvo su inicio el 31 de octubre de 1517 con Martín Lutero clavando sus famosas tesis en la puerta de la catedral de Wittemberg. En dos años sucesivos, 2017 y 2018, estamos celebrando el aniversario del principio del principio y del principio del fin (y el lector me perdonará el juego de palabras) de un amplio período temporal que podemos caracterizar por la ruptura de la unidad religiosa de la cristiandad occidental y la reorganización del mapa político del continente.

La Reforma fue el detonante de un proceso histórico que, como veremos más adelante, destruyó el ideal medieval de la existencia de una sola fe bajo una única Iglesia y de una unidad política bajo un emperador único, que se suponía heredero del Imperio romano, cuyo recuerdo seguía despertando el sueño de un imperio cristiano perfecto. Las consecuencias inmediatas del cisma, más que reforma,

propiciado por Martín Lutero, fue la ruptura de la Iglesia y la proliferación de ideas teológicas y eclesiales para la renovación espiritual de los creyentes y la reforma de las estructuras de la organización eclesiástica, que se acabaron trasladando al ámbito político, social y económico, configurando el caldo de cultivo del que iban a surgir las ideas «modernas» sobre el contrato social que debía regir las relaciones sociales y configurar la organización política de los estados europeos.

Desde el punto de vista religioso, este ideal unitario dejaba de lado la división de la cristiandad desde 1054 con la excomunión mutua entre el obispo de Roma y el patriarca de Constantinopla a causa de la cuestión del «Filioque», que indicaba en el Credo la procedencia del Espíritu Santo solo del Padre o del Padre y del Hijo. Las querellas cristológicas que marcaron los primeros siglos del cristianismo constituyen un terreno minado de definiciones teológicas que han hecho correr ríos de tinta y, lamentablemente, ríos de sangre, en las que no vamos a entrar, pero que para lo que aquí nos interesa fue la causa de la separación de la cristiandad en dos grandes campos enfrentados: el mundo latino u occidental y el mundo ortodoxo u oriental. Por ello, la supuesta unidad rota por Lutero en realidad había dejado de existir unos cuantos siglos antes.

La Reforma no tuvo como consecuencia la reforma de la Iglesia existente, que era el objetivo del fraile alemán, sino que provocó un cisma, es decir, una ruptura de la misma, dando lugar a una variedad de iglesias, comunidades y denominaciones que, para simplificar la explicación, podemos agrupar en cinco grandes campos. El primero de ellos es la continuidad de la Iglesia que tiene por cabeza al Papa, al obispo de Roma, que ahora recibe más que nunca el título de «católica» para diferenciarla de todas las demás, precisamente en el momento en que ha perdido ese carácter universal que quiere indicar con su nombre. La Iglesia católica se sometió a su propio proceso de reforma a partir del Concilio de Trento (1545-1563), sin superar los límites teológicos, litúrgicos y eclesiásticos que habían definido la tradición de la Iglesia medieval. Conocemos este proceso con el nombre de Contrarreforma, aunque algunos autores prefieren hablar de Reforma católica.

El campo protestante o reformado no pudo mantener la unidad y uniformidad del catolicismo, sino que se dividió rápidamente en tres grandes comunidades. Por un lado, los seguidores de Martín Lutero empezaron a articular una organización eclesiástica y una confesión de fe, centrada sobre todo en el ámbito de lengua alemana, con una gran influencia hacia los países escandinavos y en menor medida hacia la Europa oriental. A los luteranos se unieron pocos después los calvinistas, que seguían las ideas expresadas por Juan Calvino, el gran reformador francés, en sus obras escritas y en su actividad en la ciudad de Ginebra. El dominio de este grupo se extendía sobre todo por Francia y la zona de influencia de la lengua francesa, con una presencia muy importante en los Países Bajos y otros núcleos más reducidos repartidos por todo el continente. Finalmente, el tercer gran grupo también tiene un marcado carácter lingüístico y cultural porque surge en Inglaterra como consecuencia de los problemas dinásticos de Enrique VIII y su agitada vida matrimonial. El anglicanismo ha sido históricamente la más católica de las iglesias reformadas, aunque ha recibido un influjo importante de las ideas calvinistas.

El último gran ámbito está formado por un conglomerado de grupos disidentes de estos grandes movimientos de la Reforma, que habitualmente se agrupan bajo la denominación de Reforma radical o el nombre de anabaptistas, destacando uno de los rasgos comunes entre todos ellos que es el rechazo al bautismo infantil y la exigencia de un bautismo nuevo o rebautismo como símbolo de conversión para todos aquellos que se quieran integrar en sus comunidades. Las divergencias doctrinales entre todos estos grupos fueron sustanciales, aunque compartieron algunos rasgos comunes más allá de la cuestión del bautismo: normalmente son movimientos de origen popular que pretenden extender la reforma eclesiástica y espiritual al ámbito social y político, teñido muchas veces de un fuerte milenarismo escatológico. Las primeras expresiones de estos movimientos fueron violentas, destacando la guerra de los campesinos en Alemania y la revuelta de la ciudad de Münster, pero tras su aplastamiento abrazaron mayoritariamente el pacifismo y pasaron a la clandestinidad, porque otro rasgo que los caracterizaba

era su persecución por parte de católicos y reformados por un igual a causa de sus ideas sobre el bautismo.

Desde esta perspectiva, en vísperas de la revuelta bohemia de 1618, el panorama religioso de la Europa continental mostraba unas tensiones crecientes entre las diferentes confesiones, que marcaban la definición de las políticas interna y exterior de la mayor parte de los reinos europeos.

Pero las inquietudes de este oscuro fraile y profesor universitario alemán, que se acabará convirtiendo en uno de los personajes más famosos de su época y de la historia, no solo tuvieron consecuencias espirituales y eclesiásticas, sino que fueron el detonante de toda una serie de procesos sociales, políticos y, en menor medida, económicos, que provocaron la reconfiguración del equilibrio político y del mapa de Europa a través de una serie de guerras internas de las diferentes monarquías y externas entre ellas, que tuvieron como denominador común el enfrentamiento religioso entre los diferentes grupos.

En líneas muy generales, el conflicto armado se inició con la guerra de los campesinos de 1524-1525 en el Imperio, entre las clases populares rurales que vieron en la Reforma una oportunidad para imponer un cambio socio-político-económico, que fueron rápidamente combatidos y aplastados por la unión de la nobleza católica y luterana (respaldada por el emperador), que no tuvo ningún problema en aparcas sus diferencias religiosas para defender sus privilegios. A este levantamiento popular siguió el enfrentamiento entre el emperador Carlos V, respaldado por la Iglesia alemana y la nobleza católica, y sus súbditos luteranos, llamados protestantes como consecuencia de uno de los episodios de este conflicto. Esta lucha provocó una serie de guerras sucesivas que culminaron con la Paz de Augsburgo de 1555, que devolvió la paz religiosa al Imperio al reconocer los derechos de los luteranos y en la que profundizaremos más adelante.

En ese momento tomó el relevo Francia, donde se desarrollaron una serie de guerras de religión a causa de la extensión de la doctrina calvinista entre amplios sectores de la burguesía y las clases populares urbanas. El enfrentamiento religioso se combinó con la

inestabilidad política provocada por la sucesión de monarcas efímeros, que no garantizaban la sucesión a la corona. Estas guerras de religión entre el bando católico, apoyado por el monarca, y el partido hugonote (calvinista), que se extendieron entre 1562 y 1598, terminaron con la entronización como rey de Francia de un hugonote convertido al catolicismo, Enrique IV, que pronunció la famosa frase de «París bien vale una misa», que nos puede sonar bastante cínica, pero que era la más adecuada para acabar con casi cuatro décadas de matanzas indiscriminadas, y sancionó el Edicto de Nantes que garantizaba la tolerancia del calvinismo en Francia y ofrecía a los hugonotes una serie de garantías de que se respetarían sus derechos políticos y sociales.

El hecho de que a partir de 1598 se estableciese la paz religiosa en Europa no significaba que los conflictos que se desarrollaron fuera del Imperio y de Francia durante estas cinco décadas no tuvieran un fuerte componente confesional, como en el caso de las guerras en Flandes entre la Monarquía hispánica y los rebeldes de los Países Bajos, pero no se consideran estrictamente un conflicto religioso. Como demuestra con gran amplitud la historia, la humanidad siempre ha encontrado buenas razones para matarse con una excusa o con otra. Sin olvidar que seguía muy presente la rivalidad con el otro gran imperio del momento, el Imperio otomano, en el que también entraba en juego el elemento religioso, en este caso como una fase más del enfrentamiento secular entre los dos grandes monoteísmos surgidos del judaísmo. La rivalidad entre cristianismo e islam ha pasado por diferentes fases de enfrentamiento y colaboración que nos han traído hasta la actualidad del terrorismo yihadista y las guerras «civilizadoras» que libran en estos momentos las democracias occidentales con más torpeza que acierto en países como Iraq, Siria o Afganistán.

Pero en el momento en que parecía que se podría consolidar la paz religiosa en Europa, las limitaciones de la Paz de Augsburgo y los problemas internos del Imperio acabaron provocando una nueva guerra en el centro de Europa, que podemos considerar el principio del fin del ciclo iniciado cien años antes con el gesto de Martín Lutero. La Guerra de los Treinta Años será la última guerra de

religión en Europa que hunde sus raíces en la división religiosa provocada por la Reforma. Con ella se cerrará un ciclo de enfrentamientos y se fijarán los derechos y la influencia de los cuatro grandes grupos que hemos visto con anterioridad, quedando fuera la amalgama de tendencias anabaptistas o radicales, que tendrán que esperar a la extensión de la idea de tolerancia religiosa para salir de la clandestinidad, o se verán obligados a emigrar al Nuevo Mundo donde tendrán la oportunidad de crear una sociedad nueva sin algunos de los estigmas de la Europa que les habían obligado a abandonar, aunque generarán sus propias contradicciones e intolerancias.

Con la Paz de Westfalia de 1648, católicos, luteranos, calvinistas y anglicanos establecerán un sistema de convivencia en el continente, imperfecto y con frecuencia a regañadientes, que aún no se puede considerar la extensión de la tolerancia en el sentido que damos actualmente a la palabra, sino más bien una «convivencia» que eliminará el conflicto religioso de la primera línea del enfrentamiento entre las potencias europeas y lo situará en el trasfondo de los mismos y con mucha frecuencia será la excusa y justificación ideológica de las guerras de dominio y conquista.

* * *

El objetivo de esta obra no es presentar de una manera completa y sistemática la historia de la Guerra de los Treinta Años, porque para ello serían necesarias muchas más páginas de las que tenemos por delante y sería imprescindible la incorporación de un aparato crítico y bibliográfico que escapa a la intención divulgativa de este libro. Aun así, vamos a presentar una visión global del conflicto, siguiendo una estructura un tanto peculiar que divide este libro en dos partes diferenciadas e interrelacionadas.

En la primera parte, que abarca los capítulos 1 a 7, vamos a analizar la guerra siguiendo un esquema tradicional, partiendo de las causas (capítulo 1), siguiendo por las diferentes fases de la guerra (bohemia, en el capítulo 2; danesa, en el 3; el interludio marcado por el Edicto de Restitución, en el 4; sueca, en el 5, y francesa en el

6), para acabar con el capítulo 7, dedicado a la Paz de Westfalia y a las consecuencias humanas y territoriales de tres décadas de destrucción y barbarie.

La segunda parte se centra en un aspecto concreto que le puede resultar más cercano al lector como es la intervención de la Monarquía hispánica en el conflicto, sobre todo a partir de la agudización de la rivalidad con Francia, que desborda el ámbito temporal de la guerra. A este enfrentamiento, centrado en la lucha de voluntades entre el conde-duque de Olivares y el cardenal Richelieu, los dos grandes validos de la época, le dedicamos el capítulo 8. El capítulo 9 examina dos episodios concretos del conflicto general que fueron la revuelta de Cataluña y la independencia de Portugal en 1640, un tema de gran interés debido a la situación política que vivimos en la actualidad en España. Finalmente, el capítulo 10 se centra en la Paz de los Pirineos, que viene a certificar la pérdida de la hegemonía europea a manos del enemigo francés.

Para terminar, una pequeña bibliografía para aquellos lectores a los que se les haya despertado la curiosidad y deseen profundizar en algunos aspectos de estas tres décadas de guerra.

Espero que el lector o la lectora disfruten de este modesto ensayo de divulgación histórica y que les pueda servir para reflexionar y extraer las lecciones que nos puede enseñar la crisis espiritual, cultural y política que se inició con la Reforma y culminó con la Paz de Westfalia para analizar la situación de crisis espiritual, cultural y política que aqueja a la Europa, más o menos, unida del siglo ^{XXI}. Quinientos años después de la gran ruptura europea y cuatrocientos años del establecimiento de un sistema de convivencia religiosa que marcó el camino hacia una nueva unificación, parece que nos encontramos otra vez ante una grave crisis de identidad europea, que estamos afrontando sin tener demasiado clara la meta a la que queremos llegar y sin una brújula precisa que nos marque el camino. Esperemos que los acontecimientos, terribles y nada ejemplares, de la Guerra de los Treinta Años nos ayuden a extraer algunas lecciones que nos puedan ser de utilidad para encontrar la orientación que necesitamos en el siglo ^{XXI}.

[1] Para profundizar en la historia de la Reforma, véase Francisco García Lorenzana: *La Reforma. Europa en la encrucijada ayer y hoy*. Plataforma Editorial: Barcelona, 2017.

El Sacro Imperio en vísperas de la guerra



Retrato de Ambrosio Spínola, por Michiel van Mierevelt.

LA RUPTURA DE la unidad política del mundo mediterráneo y de gran parte de lo que en la actualidad llamamos Europa occidental con la desaparición del Imperio romano en Occidente en el año 476 d. C. dio inicio a un largo proceso de articulación de las nuevas unidades políticas, que no culminaron hasta los grandes procesos de unificación de Italia y de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX. Esta aparente consolidación del mapa político de Europa certificaba el final definitivo del Sacro Imperio Romano-Germánico, que en su momento se sentía el heredero de Roma, pero seguía teniendo la asignatura pendiente del Imperio austro-húngaro que, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, era el gran enfermo de Europa, atrapado entre las ansias de independencia de las nacionalidades que se encontraban aprisionadas en su interior y el conservadurismo de unas élites políticas, sociales y económicas que seguían aferradas al sueño de un Imperio que había dejado de existir como potencia mundial muchas décadas antes.

La recomposición inestable del mapa europeo tras la Gran Guerra, con el desmembramiento del Imperio de los Habsburgo, tuvo una vida efímera porque cayó víctima de una nueva guerra mundial, que certificó la división del continente, y del mundo, en dos bloques con sistemas sociales, políticos y económicos irreconciliables. El enfrentamiento entre las democracias capitalistas de Europa occidental, patrocinadas por los Estados Unidos, y las dictaduras comunistas de Europa oriental, bajo el dominio de la Unión Soviética, consolidaron unos estados en apariencia inmutables bajo el dominio férreo del terror nuclear ejercido por las dos superpotencias. Pero la desintegración rápida y repentina de la URSS

y la desaparición del bloque comunista permitieron una nueva recomposición del mapa político de Europa, con la aparición de estados nuevos y la recuperación de otros países históricos que habían quedado engullidos por el juego de poder e influencias que los vencedores de la Segunda Guerra Mundial desplegaron sobre el tablero geoestratégico. Este proceso de desintegración y recomposición de las unidades políticas ha estado marcado por procesos pacíficos y democráticos, como la separación de Chequia y Eslovaquia, pero también nos devolvió el horror de la guerra con episodios de una violencia extrema y de un exterminio planificado en los Balcanes, donde la desintegración de la antigua Yugoslavia estuvo marcada por varias guerras civiles que demostraron una vez más que el desprecio por la vida y la barbarie del nacionalismo xenófobo sale muy pronto a la luz cuando se rasca un poco la fina capa de civilización y cultura que suponemos que es una característica grabada a fuego en el espíritu europeo después de los horrores de la guerra y el Holocausto.

El nuevo mapa de Europa surgido de la caída del Muro de Berlín en 1989 nos ha llevado hasta la segunda década del siglo ^{XXI} con estados-nación de larga tradición histórica o prácticamente recién nacidos, que parecen tener cada vez más dificultades para consolidarse en medio de las tensiones crecientes provocadas por la crisis económica, la desafección política de los ciudadanos, la desaparición de los valores tradicionales de libertad, igualdad y fraternidad y la presión de las tendencias nacionalistas desintegradoras que se pueden encontrar en países como Italia, Gran Bretaña, España e incluso Alemania, que se aglutinan en una oleada de populismos de izquierdas y de derechas que pretenden ofrecer soluciones sencillas a los problemas complejos de la actualidad. Esta situación nos puede conducir a una nueva reorganización del mapa de Europa, ya sea por el triunfo de las fuerzas centrifugadoras o, por el contrario, por el regreso a la senda de la unidad supranacional que encarna el ideal de la Unión Europea, que para ello debe rectificar su senda estrictamente económica y tecnocrática y regresar a un impulso político y social que permita recuperar la idea de una Europa diversa pero unida en

la defensa de unos valores comunes y que debe encarnar el mejor ejemplo de una democracia participativa, una economía social y una protección del bienestar de los ciudadanos.

Esta visión, rápida y parcial, de las reconfiguraciones sucesivas del mapa europeo nos permite concluir que la formación de los estados es un proceso históricamente dinámico que no podemos dar por concluido en el momento de redactar estas líneas, y por eso no podemos partir de la idea historicista de que el resultado final, es decir, la existencia de los estados-nación actuales estaba determinado desde el inicio de su proceso de formación.

La mayoría de los estados actuales tienen su origen en los reinos y señoríos medievales, surgidos de la desintegración del Imperio romano, que lentamente fueron consolidando y unificando la autoridad política en la figura de un monarca con aspiraciones absolutistas. Estos grandes señores de la guerra fueron sometiendo a la mayoría de los poderes feudales rivales, ya fueran nobles que dominaban grandes extensiones de territorio y que también aspiraban a consolidar sus propias unidades políticas independientes, o una institución omnipresente en Europa como la Iglesia, que acumulaba un gran poder económico, social y político, además de la dirección espiritual de Occidente. En este marco de consolidación estatal se inscriben procesos de larga duración como la Reconquista hispana o la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, así como otra multitud de conflictos de menores dimensiones geográficas o temporales.

Este proceso de consolidación monárquica se puede seguir con cierta facilidad en los casos de Francia e Inglaterra, y presenta ciertas peculiaridades propias en la Monarquía hispánica, por citar solo tres grandes unidades territoriales de la época, pero tiene dos grandes excepciones en los casos de Italia y Alemania, que juegan un papel importante en el tema que nos ocupa.

La península itálica estaba dividida en diversas unidades políticas y territoriales, sometidas a diferentes potencias no italianas como la Corona de Aragón, el reino de Francia y el Sacro Imperio, junto con la presencia de una potencia regional con una gran influencia internacional: los Estados Pontificios, que eran la manifestación más

palpable del poder temporal del papado, lo que condicionaba en muchas ocasiones su actuación como cabeza de la Iglesia universal, porque los cardenales italianos que ocuparon el papado desde 1523 a 1978 situaban en muchas ocasiones sus intereses como señores italianos por delante de su papel como Vicario de Cristo en la Tierra. El proceso de unidad italiana se escapa a los límites de este ensayo, pero no se pudo concretar hasta 1870 con la conquista de la ciudad de Roma y la reclusión del papado en la Ciudad del Vaticano, después de perder todas sus posesiones territoriales en la península. Aun así, las relaciones entre el papado y el estado italiano no se normalizaron hasta 1929 con la firma del Pacto de Letrán entre Pío XI y Benito Mussolini.

La segunda gran excepción será el Sacro Imperio Romano-Germánico, que remontaba sus orígenes al imperio forjado por las conquistas del rey franco Carlomagno y que se pretendía heredero del Imperio romano. Esta enorme entidad política englobaba toda una serie de territorios de orígenes, lenguas y culturas diversas, que en su momento de máxima extensión llegó a abarcar casi un millón de kilómetros cuadrados, desde Dinamarca en el norte hasta la parte septentrional de Italia en el sur, y desde Alsacia y Lorena en el oeste hasta Bohemia y Hungría en el este. Una amalgama heterogénea desde todos los puntos de vista en cuyo seno se vivían las tensiones entre la realidad de unas unidades territoriales y políticas que también buscaban su consolidación como estados independientes, y el ideal de la existencia de una unidad política y espiritual en el Occidente cristiano bajo una sola Iglesia y un solo emperador.

Como hemos visto, el ideal de la unidad religiosa se rompió definitivamente en 1517, mientras que la idea de unidad política se encontraba en crisis desde hacía décadas, acosada por la consolidación de las monarquías nacionales, que dejaron al emperador del Sacro Imperio cada vez más como un *primus inter pares*, que conservaba el prestigio que otorgaba el cargo, pero cuya influencia política y militar dentro y fuera del ámbito imperial era cada vez menor y dependía en última instancia del poder territorial, económico, político y militar que aportaban los dominios patrimoniales de la persona que ocupaba en cada momento la

dignidad imperial. La capacidad de acción del emperador dependía del poder que acumulaba como monarca de sus propias tierras.

Uno de los problemas principales que conllevaba la dignidad imperial era su carácter electivo, quedando los aspirantes en manos de siete grandes electores, tres eclesiásticos y cuatro laicos, establecidos definitivamente en la Bula de Oro de 1356. Los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, y el rey de Bohemia, el conde palatino del Rin, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo eran los encargados de tomar la decisión de quién debía ocupar el cargo entre todos los aspirantes disponibles. El sistema se prestaba a todo tipo de negociaciones y manipulaciones, que convertían la elección imperial en una gran subasta de favores, que siempre caía de lado del aspirante que podía presentar una mayor fortaleza.

Por otro lado, este carácter electivo puede resultar algo engañoso porque en realidad la dignidad imperial estuvo dominada por unas pocas dinastías a lo largo de toda su historia, desde la entronización de Carlomagno el día de Navidad del año 800. La última de estas dinastías fueron los Habsburgo, que ocuparon el cargo de 1452 hasta la desaparición del Sacro Imperio en 1806. Pero a pesar de esta situación, ningún emperador consiguió transformar el Imperio en una monarquía hereditaria reservada a una dinastía concreta, lo que acabó implicando una debilidad interna, al depender de los grandes señores laicos y eclesiásticos, y externa, ante la imposibilidad de poder presentar un frente unido y una política unívoca frente a las demás potencias.

A pesar de sus ansias de universalidad, el Sacro Imperio fue perdiendo progresivamente su aspiración de emular a Roma y fue ganando en su carácter germánico, al reducirse cada vez más su extensión territorial y quedando los territorios de lengua y cultura alemana como el centro neurálgico del Imperio bajo una dinastía de inequívocas raíces germánicas. Pero al superar ampliamente los límites más reducidos de lo que podríamos llamar la Alemania lingüístico-cultural e integrar otras muchas lenguas y culturas, el Imperio no consiguió consolidarse como una monarquía alemana que pudiera desarrollar una política centralizadora y unificadora

como en el caso de los reinos de Francia e Inglaterra. El emperador no consiguió nunca superar su carácter de cúspide de una pirámide feudal que, a pesar de su aspecto impresionante, no dejaba de tener los pies de barro, porque no podía someter con la fuerza de un monarca absoluto al conjunto de señores feudales, grandes y pequeños, laicos y eclesiásticos, y ciudades libres que teóricamente les estaban sometidos.

Ni siquiera el emperador Carlos V pudo imponer su voluntad como señor absoluto del Imperio, a pesar de contar con el respaldo de la enorme herencia de sus abuelos: los territorios patrimoniales de los Habsburgo, la corona catalano-aragonesa y la corona de Castilla, a la que se acababa de incorporar un continente nuevo solo unas décadas antes, aún poco explorado pero que ya proporcionaba riquezas impensables. El proceso de formación de una monarquía autoritaria fue posible en las dos coronas hispanas, pero las instituciones del Imperio y la situación de división religiosa provocaron el fracaso de la idea imperial de Carlos, que asumió como una derrota personal y política, que lo llevó a la abdicación y a la muerte. Con la desaparición de Carlos V murió la idea medieval de un emperador y un imperio unificadores de Europa, y el Sacro Imperio siguió existiendo como una realidad más alemana o pangermánica que europea, enfrentada a las pretensiones hegemónicas de los reinos vecinos.

Como hemos apuntado, el emperador ejercía su poder a través de un entramado de relaciones feudales que le unían a señores y ciudades individuales que exigían una serie de contrapartidas mutuas, y que actuaban como filtro con la gran masa de la población del Imperio, en su mayoría campesinos, que solo podían llegar al emperador a través de sus señores «naturales», ya fueran laicos o eclesiásticos. Al margen del emperador, estos poderes feudales desarrollaban su propia política de expansión y de alianzas que los enfrentaba entre ellos y, con frecuencia, actuaban en contra de la política internacional que desarrollaba el emperador, lo que debilitaba su posición política y militar frente a los demás reinos. Por ello, a pesar de los recuerdos que podía despertar el nombre, este emperador estaba muy lejos de acumular el poder de un Augusto o

de un Justiniano, e incluso tenía problemas para mostrar la fortaleza de un Felipe II, un Luis XIV o una Isabel I.

A mediados del siglo xv se introdujeron una serie reformas en la estructura del Imperio y se estableció una Dieta, en la que estaban representados los electores imperiales, la nobleza, el clero y las ciudades imperiales. Al igual que la mayoría de las asambleas de esta época, la Dieta imperial no tenía ninguna pretensión de convertirse en un órgano de representación popular, sino que era una institución estamental de la que estaban excluidos los súbditos de los príncipes territoriales y muchos de los miembros de la baja nobleza que no disponían de voz ni de voto en la asamblea y que solo se podían hacer oír a través de sus señores feudales. Esta Dieta aconsejaba al emperador y decidía sobre los grandes temas que afectaban al Imperio, no olvidemos que Lutero pudo defender sus puntos de vista ante la Dieta reunida en Worms antes de ser proscrito por Carlos V, aunque el emperador acababa teniendo la última palabra.

La Dieta se reunía dividida en tres cámaras o casas. La primera de ellas estaba formada por los siete electores, aunque normalmente el rey de Bohemia solo participaba cuando se trataba de una elección imperial, de manera que para los asuntos ordinarios la cámara estaba formada por los otros seis electores o sus representantes. La segunda casa estaba formada por los príncipes imperiales, laicos y eclesiásticos que tenían derecho a asistir a la Dieta y la tercera era la de las ciudades libres. Cada casa disponía de un voto, pero la costumbre era que los asuntos no se presentaban a las ciudades hasta que los electores y los príncipes habían llegado a un acuerdo, lo que sesgaba todas las decisiones hacia el bando aristocrático.

Junto a la Dieta se formó el *Reichskammergericht* (Cámara de la Corte Imperial), una especie de tribunal supremo del Imperio, cuyos integrantes eran nombrados por el emperador a propuesta de los príncipes, y era el encargado de decidir sobre las disputas entre los príncipes del Imperio, además de actuar de tribunal de apelaciones para los delitos más graves. En teoría se podía recurrir a él para cualquier tema, pero era conocido por su lentitud, su exceso de burocracia y la escasa agilidad en resolver los asuntos.

Para mejorar la coordinación y la aplicación de las sentencias del tribunal, Alemania se dividió en una serie de círculos imperiales (*Reichskreis*), originalmente seis pero ampliados a diez en 1522, en los cuales se reunían los príncipes y las ciudades que tenían presencia en la Dieta imperial y que constituían una unidad administrativa, tributaria y defensiva que disponía de su propia Dieta. Quedaban excluidos de los círculos todos los territorios no alemanes integrados en el Imperio.

La preponderancia de los electores y de la nobleza era aplastante en las tres instituciones imperiales y la Dieta carecía de un contrapeso del estilo de la Cámara de los Comunes inglesa que hubiera podido dar voz a la nueva burguesía emergente y a las capas más acomodadas del campesinado. Esta carencia tuvo especial trascendencia cuando la Reforma provocó una división religiosa en el Imperio y las instituciones quedaron dominadas por la mayoría de la nobleza católica, mientras que la población se decantó mayoritariamente por las ideas de Lutero, que en vísperas de la guerra se podría cifrar en casi un 90%.

Esta situación provocó que la oposición de los príncipes luteranos a las medidas adoptadas por Carlos V y por sus sucesores se tuviera que articular mediante mecanismos que no estaban contemplados en las constituciones imperiales, puesto que la Dieta no era el canal más adecuado para dar voz a la disidencia religiosa. De hecho, el nombre de protestantes deriva precisamente de la protesta ante las medidas adoptadas por el emperador en la Dieta de Espira en 1529.

Las tensiones provocadas por las ideas de Lutero y su radicalización por parte de otros teólogos condujeron a una serie de guerras religiosas entre el emperador y los católicos, por un lado, y los príncipes protestantes por el otro que no concluyeron hasta la firma de la Paz de Augsburgo de 1555. No es este el lugar para analizar este período histórico, pero vale la pena detenerse en el contenido de este acuerdo porque constituyó el marco de la pacificación del Imperio y es la raíz de los problemas que estarán en el origen de la Guerra de los Treinta Años. Sus cláusulas más importantes establecían:

- La paz firmada entre los seguidores de la Confesión de Augsburgo (luteranos) y el emperador excluía a zuinglianos, calvinistas y anabaptistas.
- Se concedía el «derecho de reforma» a los príncipes y ciudades libres para que pudieran implantar en su territorio la religión que quisieran, con la obligación de permitir la emigración de los súbditos que lo desearan, mientras que en las ciudades libres se debía permitir la existencia de minorías.
- Los bienes confiscados por los príncipes protestantes quedaban ratificados como de su propiedad.
- Se constituía un tribunal imperial de composición paritaria para garantizar la aplicación de la paz.
- Se establecía el «reservado eclesiástico»: si un obispo-señor territorial se pasaba al protestantismo, perdía su cargo y el territorio seguía siendo católico.

No obstante, la cuestión del reservado eclesiástico fue lo que provocó más problemas porque establecía que un obispo convertido al protestantismo perdía el cargo, pero si los que se pasaban a la Reforma eran los miembros del capítulo catedralicio que elegían al obispo y se decidían por un luterano, el obispado seguía siendo nominalmente católico bajo administración protestante, pudiendo obligar a todos sus súbditos a cambiar de religión. Esta situación estaba especialmente extendida en el norte de Alemania, donde la mayoría de los obispados estaban en manos de administradores luteranos, que pertenecían a las grandes familias nobiliarias de la región. Si antes de la Reforma, estas familias destinaban a un hijo menor a la vida eclesiástica e intentaban comprarle un obispado, ahora seguía pasando lo mismo pero sin los votos eclesiásticos y, en lugar de obispos, se les llamaba administradores.

Este acuerdo había servido para mantener la paz desde 1555, pero hacia finales del siglo ^{xvi} las tensiones entre católicos y luteranos habían ido en aumento, y la influencia del calvinismo se hacía notar cada vez más, creando una situación incómoda porque oficialmente no era una creencia reconocida, pero no se la podía erradicar porque algunos príncipes se habían convertido a esta iglesia. La escalada del

conflicto que llevará a la guerra se puede personalizar en tres figuras principales que encarnan las posiciones políticas y las reclamaciones y aspiraciones de su bando: Maximiliano, el duque católico de Baviera; Christian de Anhalt, el consejero calvinista de Federico IV del Palatinado, y Juan Jorge, el elector luterano de Sajonia.

Maximiliano de Baviera (1573-1651) era el único príncipe laico de cierta importancia que militaba en el bando católico y era conocido como un buen administrador de sus dominios, que tenía a su disposición una tesorería saneada, un ejército disciplinado y una gran capacidad para conseguir que los demás aprobasen sus planes, y después tenía la paciencia de esperar el momento oportuno para ejecutarlos. En definitiva, su profundo catolicismo estaba guiado por la sensatez y alejado de las posiciones de aquellos que consideraban que era necesario arrancar de raíz el protestantismo en todas partes y en todo momento, o de los que proclamaban que la Paz de Augsburgo no era válida porque no había sido ratificada por el Papa. Para él este acuerdo de paz era la piedra de toque por la que se debían juzgar todas las propuestas y todas las acciones. Lo que leía en ella lo convenció de la ilegalidad de la situación de los administradores episcopales luteranos y de los principados secularizados, pero no emprendió ninguna acción inmediata, sino que esperó su momento.

Evidentemente, los protestantes consideraban que su postura era totalmente ilegal e injustificada porque implicaba nada menos que la conversión forzosa de miles de protestantes que vivían en los dominios de los administradores y la sustitución del clero luterano por sacerdotes católicos en obispados que eran puntos estratégicos para extender el catolicismo por toda la región. Por consiguiente, la obligación de todo protestante era resistirse a estas pretensiones que iban contra la verdadera fe y que, en el caso de los príncipes, coincidía con sus intereses dinásticos, porque los administradores a destituir eran sus hijos más jóvenes. La cuestión radicaba en qué medio se debía utilizar para resistirse a una hipotética aplicación de esta interpretación de la Paz de Augsburgo, teniendo siempre mucho cuidado de no ofrecerle ninguna excusa a Maximiliano para pasar a la acción.

Los principados del norte de Alemania, donde se encontraban la mayoría de los obispados en esta situación, veían la amenaza como un mal lejano, pero los estados protestantes del sur, que se internaban como una cuña en el corazón del catolicismo imperial veían la cuestión desde una perspectiva muy diferente porque a un lado tenían el ducado de Baviera y los obispados de Wurzburg y Bamberg, y al otro lado los electorados eclesiásticos a lo largo del Rin y del Mosela, los obispados de Espira, Worms y Estrasburgo, las tierras de Suabia y Alsacia que eran dominios patrimoniales de los Habsburgo, y la larga frontera con el Franco Condado y los Países Bajos que estaban en manos de la Monarquía hispánica. Cualquier movimiento combinado de estas potencias podía aislarlos y estrangularlos, sin que sus correligionarios del norte pudieran hacer gran cosa para ayudarles.

Por esa razón, la mayor parte de los principados calvinistas se situaban en el sur, porque el calvinismo ofrecía una disciplina más férrea y un espíritu combativo más fuerte que el luteranismo más moderado. La gran diferencia de este calvinismo alemán con respecto al escocés o el holandés fue que su introducción vino de mano de los príncipes y no del pueblo, de manera que se quedó en una religión cortesana, más que en una fe popular, que era lo que le daba fuerzas en otras regiones de Europa. La excepción era el principado de Württemberg, que siguió siendo luterano por la influencia de la Universidad de Tubinga.

Al estar excluidos de la Paz de Augsburgo, los príncipes calvinistas sentían poco apego por las instituciones imperiales, de manera que no solo eran rechazados por los católicos, sino que también levantaban reticencias y suspicacias entre los luteranos.

De este contexto surge Christian de Anhalt (1568-1630), que era príncipe por derecho propio, pero que dedicó sus energías a actuar como consejero principal del elector palatino Federico IV, que era el dirigente principal de los principados calvinistas. Sin embargo, Federico no estaba a la altura de sus funciones a causa de su afición a la bebida y dejó el gobierno en manos de su consejero principal. Christian disponía de una imaginación muy fértil para elaborar todo tipo de planes y era un diplomático nato que conocía a la mayor

parte de los principales actores políticos del continente, con los que mantenía una estrecha relación personal.

Su idea política principal era que el mantenimiento de la paz era inútil porque tarde o temprano acabaría saltando por los aires, y que el protestantismo debía deshacerse de los Habsburgo, o los Habsburgo se desharían del protestantismo. Parece discutible que cuando Christian formuló su pensamiento existiera realmente un plan antiprotestante, pero cometió el error de subestimar a su enemigo, y mientras Maximiliano ahorra y formaba soldados por lo que pudiera ocurrir, Christian confiaba ciegamente en las gestiones diplomáticas y no tuvo en cuenta la tenacidad con la que los hombres se aferran a las instituciones existentes, aunque estén completamente carcomidas, cuando no tienen claro cómo serán los organismos que las sustituyan. Para dar las seguridades que Christian ansiaba para el protestantismo era necesario derrocar al emperador y las instituciones imperiales, empezando por la Dieta, pero no podía ofrecer nada para sustituirlos.

De momento se conformó con unir voluntades para formar una Unión Protestante, que nació el 14 de mayo de 1608 y en la que fueron admitidos por un igual los príncipes y las ciudades luteranas y calvinistas, mayoritariamente del sur, donde la necesidad de defenderse era más acuciante que en el norte. A pesar de la dirección de Christian, los líderes de la Unión no tenían una opinión unánime sobre los temas y no consiguieron establecer un curso de acción claro y preciso.

Como reacción ante este movimiento protestante, Maximiliano impulsó la formación de una Liga Católica, que estaba integrada sobre todo por obispos y abades, que creían que los príncipes de la Unión deseaban anexionarse sus territorios. A diferencia de Christian, Maximiliano tuvo la habilidad de unir voluntades y plantear un curso de acción que fue aceptado por los miembros de la Liga.

Así estaban las cosas cuando en 1609 se produjo un incidente que estuvo a punto de provocar la guerra en Alemania y que puede considerarse un preludio del conflicto que estallaría nueve años después. En la primavera de ese año murió el católico duque de Cléveris, sin dejar un sucesor. Los dos aspirantes eran el elector de

Brandeburgo y el hijo del duque de Neoburgo, ambos luteranos. Con la excusa de que el emperador tenía el derecho a resolver el problema, un ejército católico ocupó el ducado, mientras que los dos pretendientes hacían causa común para detenerlo. En Francia, por su parte, Enrique IV consideró que la disputa era la excusa perfecta para iniciar un ataque contra la Monarquía hispánica y sus aliados. Sin embargo, su asesinato en 1610 a manos de un fanático católico truncó esta iniciativa y su viuda, María de Médici, solo se atrevió a enviar una pequeña fuerza francesa para unirse a los ingleses y holandeses que apoyaban a los pretendientes.

Para solucionar el problema, Wolfgang Guillermo de Neoburgo propuso casarse con la hija del elector de Brandeburgo si conseguía el ducado. Según las crónicas, el elector le soltó una sonora bofetada que tuvo una consecuencia inesperada: el príncipe se convirtió al catolicismo e invocó la ayuda de la Liga y de los españoles, mientras que el elector se volvió calvinista y empezó a tener un papel más activo en la Unión Protestante.

El asunto quedó sin resolver hasta la Paz de Westfalia tres décadas después, pero de momento no desencadenó la guerra que todos temían.

El tercer estadista de los prolegómenos de la guerra era el luterano Juan Jorge, elector de Sajonia (1585-1656), que representó durante todo el conflicto la moderación y la indecisión ante cualquier paso que pudiera conducir a iniciar o perpetuar un conflicto que detestaba y consideraba el peor servicio que se le podía hacer a la causa del Imperio y del protestantismo. Por esa razón se mantuvo tan distante del católico Maximiliano como del calvinista Christian. Por tradición y por convicción se sentía unido al Imperio y a la casa de los Habsburgo, aunque ansiaba obtener todo tipo de seguridades para sus correligionarias protestantes, basándose en una interpretación de la Paz de Augsburgo que reconocía la legalidad de los administradores luteranos de los obispados católicos. Sabía que para ello se tendrían que introducir cambios, pero deseaba que fueron los mínimos posibles. Por ello, en 1612 propuso que la máxima jurisdicción de gobierno y justicia debía estar en manos del Consejo Imperial (*Reichsrat*), que era nombrado por el emperador, pero que

se debía fijar un número paritario de católicos y protestantes para garantizar que sus decisiones no tuvieran un sesgo confesional.

Desgraciadamente, la sensatez de sus propuestas no iba acompañada de la capacidad para convencer a los adversarios y convertirla en realidad. En este caso, como en casi todo lo que planteó, en cuanto se encontró con la oposición de ambos bandos lo abandonó para recluirse en Sajonia a beber y a cazar.

En 1613 se reunió la Dieta para tratar este asunto, pero se disolvió en tal caos y confusión que garantizaba que cualquier chispa podría desencadenar un incendio incontrolable.

**La revuelta bohemia
(1618-1624):
el noble arte de la defenestración**



Retrato de Fernando II de Habsburgo, de autor desconocido.

ESTE CAPÍTULO TENDRÍA que ir encabezado por dos advertencias: una parecida a las que figuran en las cajetillas de cigarrillos de «Fumar perjudica seriamente la salud», dirigida a todos aquellos lectores y lectoras que ocupen o hayan ocupado alguna vez un cargo público; y otra que se parezca a los avisos que aparecen en la pantalla cuando en un programa de televisión alguien pretende hacer algo peligroso o directamente insensato: «No lo intenten en casa bajo ningún concepto». ¿A qué se deben estas advertencias para comenzar la revuelta bohemia? Pues precisamente a que los habitantes de esta región histórica del centro de Europa desarrollaron una tradición que es perjudicial para la salud de cualquiera que ocupe un cargo político y puede resultar atractiva para los ciudadanos cansados y desilusionados con los políticos y la política. Se trata de una actividad peculiar que los bohemios iniciaron en 1419 y tuvo su última manifestación en 1948, aunque no podemos saber si será la última vez que la practiquen o solo se están tomando un respiro de setenta años.

Lanzar a una persona por una ventana o un balcón es uno de los lugares comunes habituales de las series de televisión y las novelas que se centran en una investigación criminal, pero en Bohemia adquirió la categoría de manifestación política en el marco de la revuelta husita a principios del siglo xv.

Bohemia había conseguido consolidarse como reino a lo largo de la Edad Media y con Carlos IV (1346-1378) su dinastía reinante lograría el título imperial, convirtiéndose en el centro del Sacro Imperio Romano-Germánico e impulsando un gran desarrollo económico y cultural con la llegada de intelectuales alemanes y la fundación de la Universidad de Praga.

La brillantez de este reinado ocultó en gran medida las debilidades fundamentales del reino, de manera que tras la muerte de Carlos IV empezaron a surgir los problemas que se habían ido incubando durante estas tres décadas. El primero de ellos era el malestar por el poder político, económico y territorial de la Iglesia, que era el principal propietario rural y ejercía una influencia desmesurada en todos los aspectos de la vida bohemia, de manera que el alto clero centraba buena parte de la hostilidad anticlerical de todos los demás estamentos de la sociedad. El esplendor de estos dignatarios eclesiásticos contrastaba con la precariedad económica, moral e intelectual del bajo clero.

Esta división dentro del estamento eclesiástico también afectaba a la nobleza, con una gran diferencia entre los grandes nobles y la baja nobleza, que se encontraba en muchas ocasiones muy poco por encima del nivel de vida del campesinado al que tenían sometido y cuyo descontento lo convertía en un elemento potencialmente revolucionario. A ellos se unía el proletariado urbano, formado en gran medida por campesinos expulsados de sus tierras y por jornaleros y artesanos empobrecidos, que soportaban gran parte del peso de la crisis económica, mientras que en las ciudades se estaba formando un patriciado urbano muy rico que ansiaba ennoblecerse gracias a su poder económico frente a una nobleza mayoritariamente empobrecida.

Por otro lado, los checos de todas las clases sociales se resentían de la influencia alemana, que era preponderante en la universidad, pero que también se reflejaba en la nacionalidad y la lengua de las personas que ocupaban los altos cargos eclesiásticos y administrativos.

Todo este malestar encontró su válvula de expresión a través de la introducción de las ideas del teólogo inglés John Wycliff, que planteaba una reforma de la Iglesia y, por consiguiente, de la sociedad. Estas ideas encontraron un gran eco en la Universidad de Praga y, sobre todo, entre los predicadores de la Capilla de Belén, que se convirtió en el epicentro del movimiento husita. Juan Hus, profesor universitario y predicador de esta capilla, no fue el introductor de las ideas de Wycliff, pero desarrolló una gran labor en

sistematizar, adaptar y exponer sus propuestas en el marco de las necesidades y los problemas bohemios. Estas actividades le provocaron problemas con las autoridades eclesiásticas, a pesar de contar con el respaldo de buena parte de la sociedad, porque reflejaba no solo las aspiraciones de reforma eclesiástica sino también las reivindicaciones «nacionales» checas frente a la influencia alemana.

El conflicto en Bohemia fue uno de los temas que se plantearon en el concilio de Constanza y Juan Hus fue convocado por los padres conciliares para someterse a una evaluación de sus ideas. Consciente del peligro, consiguió un salvoconducto del emperador Segismundo que lo protegía de cualquier condena, pero que resultó ser papel mojado, porque el emperador no hizo honor a su palabra y no protegió a Hus de la acusación por herejía. La condena de las ideas de John Wycliff y la ejecución de Juan Hus, y posteriormente de su discípulo Jerónimo de Praga, provocaron un aumento de las tensiones en Bohemia y las posiciones se radicalizaron en todos los ámbitos, impulsadas especialmente por los predicadores reformistas, que vieron en la condena a Hus una razón para ampliar su lucha contra Roma y el Concilio, superando los límites de la Iglesia checa. También campesinos y artesanos se negaron cada vez más a pagar los impuestos y los derechos fijados por la Iglesia. Todos estos sectores se unieron en un movimiento que superó la estricta reforma religiosa para convertirse en un movimiento de reivindicación nacional checa. Estos grupos heterogéneos intentaron encontrar un elemento de cohesión que les diera conciencia de unidad y que no despertara reticencias entre los diferentes grupos sociales implicados. Hallaron este símbolo de unidad en el cáliz, que puso en el centro del movimiento un elemento condenado en Constanza, porque la comunión bajo las dos especies (el pan y el vino) no estaba permitida por la Iglesia.

El movimiento no era unánime en la estrategia a adoptar y en su seno convivían los partidarios de la reforma por medios pacíficos, integrados sobre todo por los medios universitarios y la nobleza, junto con sectores acomodados del campesinado y de la población urbana; y los partidarios de la lucha activa y revolucionaria para la

imposición de las reformas eclesiásticas y sociales, que estaban integrados principalmente por la mayoría del campesinado y de las clases populares.

El dirigente principal de este sector era Juan Zeliv, que a partir de 1418 ganó popularidad como predicador en las iglesias de San Esteban y de Nuestra Señora de las Nieves en la Ciudad Nueva de Praga. Desde el púlpito atacó sin piedad a prelados, señores, patricios y universitarios, ganándose el favor de las clases populares, y el 30 de julio de 1419, tras uno de sus sermones, la multitud asaltó el ayuntamiento, dominado por el sector moderado, y arrojó por la ventana del primer piso a los siete consejeros municipales, que murieron a causa de la caída y de la multitud que los esperaba abajo.

Esta defenestración dio inicio a la revuelta armada que, desde un punto de vista religioso, enfrentó a los husitas con la Iglesia establecida, pero que será también un conflicto político y social a varios niveles de checos contra alemanes y de pobres contra ricos, porque el movimiento husita quedó definitivamente partido entre lo «calixtinos» o «utraquistas» moderados y los «taboritas» radicales. La larga y compleja historia de este conflicto, que supera los límites de este trabajo, se extendió hasta la elección como rey del noble husita Jorge Podiebrad en 1458, que reinó hasta su muerte en 1471, siendo el único rey no católico que ha tenido nunca Bohemia. La pacificación del reino no pudo ocultar la persistencia de las tensiones entre husitas y católicos, que dieron origen a una nueva oleada de enfrentamientos tras la entronización del católico Venceslao II, que ya era rey de Hungría. Con el nuevo monarca los católicos fueron recuperando el predominio político, social y económico que habían disfrutado antes de la revuelta husita, apoyados en el poder que aún conservaba la Iglesia.

Este enfrentamiento larvado por motivos religiosos adquirió un giro claramente social en la ciudad de Praga, donde las clases populares seguían los postulados más radicales de los taboritas, frente al conservadurismo de la nobleza y la burguesía calixtina, que en este aspecto recibía el respaldo del monarca y de la nobleza católica. En 1483 la situación había llegado a un límite insostenible y por la

ciudad corrió el rumor de que el consejo municipal moderado había tomado la decisión de asesinar y expulsar a los taboritas más radicales. Previendo un golpe inmediato por parte de sus enemigos, estos se adelantaron y el 24 de septiembre asaltaron los ayuntamientos de la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva de Praga, asesinando a los miembros de los dos consejos y arrojándolos por la ventana.

Los taboritas acababan de consolidar una tradición, que se iba a repetir en 1618, como veremos un poco más adelante. Pero este mismo hecho se volvería a repetir una vez más el 10 de marzo de 1948 cuando Jan Masaryk, ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, apareció muerto al pie de la ventana del cuarto de baño de su ministerio. Curiosamente, se trataba del único ministro no comunista en un gobierno dominado por el Partido Comunista checo y su desaparición dio pie a la formación de un gobierno monocolor y la transformación del régimen político de una democracia liberal en una democracia popular al estilo soviético. En este caso, los autores del magnicidio no son tan claros como en los episodios anteriores porque no hubo testigos y, mientras el régimen afirmó que se trató de un suicidio, los seguidores de Masaryk y las potencias occidentales atribuyen la caída a la intervención de los servicios secretos de la URSS.

En cualquier caso, lanzar a políticos por la ventana parece una actividad fuertemente arraigada entre los checos y especialmente en la ciudad de Praga, de manera que la mejor recomendación para cualquier cargo público checo o extranjero de visita en la ciudad es «No acercarse a las ventanas. Peligro de caída».

* * *

Volviendo a la época que nos ocupa, tras la abdicación del emperador Carlos V, sus dominios hispánicos quedaron en manos de su hijo Felipe II, mientras que la parte germánica de su herencia y la dignidad imperial recayeron en su hermano Fernando I (1558-1564), que adoptó una política interior mucho más realista y flexible que la de su hermano Carlos al reconocer que no era posible acabar con el

luteranismo por la fuerza, de manera que intentó solucionar el conflicto mediante el diálogo. Este se plasmó en la *Declaratio Ferdinandeae*, que garantizó a sus súbditos la libertad religiosa dentro de los límites la Paz de Augsburgo de 1555. A pesar de esta política de conciliación, estableció las bases para la continuación del Concilio de Trento y permitió la presencia de los jesuitas en sus territorios patrimoniales para implantar las primeras medidas de la Contrarreforma.

Fernando I también emprendió reformas del sistema monetario y de los órganos de gobierno de sus estados con el fin de mejorar y aumentar la consistencia territorial y centralizar la administración. Eligió como heredero a su hijo Maximiliano II, que una vez coronado como emperador siguió con la política religiosa de su padre, consolidando la aplicación de los acuerdos adoptados en Augsburgo. No obstante, sus grandes problemas vinieron de las reformas militares que intentó implantar en contra de la opinión de los electores y, sobre todo, por el escaso éxito de sus campañas contra el Imperio otomano, que provocaron la reacción de Solimán el Magnífico, que invadió Hungría en 1566. La muerte del sultán permitió firmar un acuerdo de paz dos años después que fijaba el cese de las incursiones de ambos imperios en los territorios del enemigo y el pago de un fuerte tributo a Selim II, sucesor de Solimán, durante ocho años. Este acuerdo no acabó con la amenaza turca, que siguió siendo durante toda esta época una espada de Damocles que se cernía sobre Hungría y los territorios patrimoniales de los Habsburgo en Austria, amenazando a su capital, Viena.

Maximiliano consiguió que lo coronasen como rey de Hungría y presentó su candidatura al trono electivo de Polonia, que se vio truncada por la férrea oposición de la Dieta polaca, que no podía asumir la idea de tener como rey a un representante del enemigo alemán tradicional. Maximiliano murió en 1576 mientras preparaba una campaña militar contra los polacos para reclamar la corona y le sucedió como emperador su hijo Rodolfo V (1576-1612), que también heredó los títulos de archiduque de Austria, rey de Bohemia y rey de Hungría.

Se ha discutido mucho sobre la personalidad y la salud mental del nuevo emperador, pero no existen demasiadas dudas de que era, como mínimo, mentalmente inestable, sujeto a cambios súbitos de humor y a un comportamiento errático, que lo llevaban a largos períodos de aislamiento en cuanto fracasaba algunas de sus iniciativas políticas. En cualquier caso, más allá del diagnóstico psiquiátrico, parece claro que Rodolfo no era la persona más adecuada para guiar al Imperio en una época de graves turbulencias internas al recrudecerse las tensiones entre católicos y protestantes. Esta situación era especialmente grave en los territorios patrimoniales de los Habsburgo, donde la mayoría de la población era las ideas luteranas, mientras que la casa reinante era fiel al catolicismo e intentaba aplicar las medidas acordadas en el Concilio de Trento.

Además, el conflicto alrededor de Transilvania, que era una región fronteriza y en disputa entre Hungría, Polonia y el Imperio otomano, provocó una escalada de tensión que condujo al estallido en 1591 de la Guerra de los Quince Años, que acabaría con el reconocimiento de la independencia de Transilvania en 1606. La escasa habilidad política y militar en la dirección de este conflicto no desanimó a Rodolfo, que aprovechó el fin de la disputa para emprender una campaña de recatolización de sus territorios patrimoniales, Hungría y Bohemia. Este alejamiento de la política religiosa de tolerancia de los reinados anteriores provocó un levantamiento generalizado de sus súbditos, que puso en peligro no solo la dignidad imperial de Rodolfo sino la integridad de los territorios que formaban el patrimonio de la dinastía de los Habsburgo.

Al final tuvieron que intervenir los hermanos de Rodolfo, Matías y Fernando, para reconducir la situación y en 1608 se llegó a un acuerdo familiar para entregar a Matías el gobierno de Austria y Hungría, mientras Bohemia, Moravia y Silesia, junto con la dignidad imperial, quedaban en manos de Rodolfo de manera vitalicia. La consecuencia general de la actitud errática y la política desacertada del emperador fue un fortalecimiento de la nobleza protestante y un debilitamiento del poder imperial frente a sus enemigos internos y externos. Hungría se encontraba demasiado amenazada por los

turcos para que Matías pudiera imponer una política católica y centralizadora, y tuvo que ceder ante las pretensiones populares, al igual que en Austria, aunque en este territorio patrimonial su resistencia fue más fuerte, lo que le permitió reconducir más tarde la situación de vuelta al catolicismo y al fortalecimiento del control de los Habsburgo.

En las zonas entregadas a Rodolfo siguió el desconcierto, que fue aprovechado por los Estados generales de Bohemia para conseguir del emperador una Carta Real, que garantizaba la libertad de conciencia de todos los habitantes del reino, siempre que se mantuvieran dentro de los credos reconocidos. No obstante, la libertad de conciencia no implicaba la libertad de cultos, de manera que un individuo podía creer lo que considerase correcto, pero la construcción de iglesias y la realización de los servicios divinos seguían en manos de las autoridades. Esta solución aparentemente razonable planteaba un problema peliagudo: ¿quiénes eran las autoridades? Según la Carta Real, la autoridad recaía en los miembros que formaban los Estados, es decir, unos mil cuatrocientos miembros de la aristocracia feudal y las cuarenta y dos ciudades libres de Bohemia. Pero, además, en un acuerdo adjunto, se establecía una excepción especial en los dominios reales, donde el rey no podía prohibir el culto de ninguna de las denominaciones autorizadas. Así, se daba la paradoja de que un noble, protestante o católico, podía prohibir la construcción de una iglesia de una comunidad que no fuera la suya, pero el rey carecía de dicho privilegio.

Como era de esperar, esta situación provocó la reacción de Rodolfo, que intentó liberarse de esta restricción a su autoridad real, lo que provocó nuevos enfrentamientos violentos que culminaron en 1611 con el destronamiento de Rodolfo como rey de Bohemia y su sustitución por su hermano Matías. El enfrentamiento entre los dos hermanos fue en aumento, pero Rodolfo murió al año siguiente y Matías le sucedió como emperador (1612-1619).

La entronización de Matías en Bohemia rebajó la tensión con la nobleza protestante porque el nuevo rey evitó el enfrentamiento directo y planteó una política mucho más sutil para socavar la Carta

Real, en lugar de desencadenar cualquier acción directa. Matías encontró los medios para evadir las obligaciones de la Carta en las tierras reales e incluso nombró párrocos católicos para las iglesias protestantes de sus dominios, lo que provocó el enojo de la nobleza protestante. Pero teniendo en cuenta la edad del emperador y su estado de salud, evitaron un choque directo y decidieron esperar a la muerte del rey con la esperanza de elegir como nuevo monarca a un pretendiente protestante.

Mientras se encontraban en este tiempo de espera, en 1617 Matías convocó los Estados generales de Bohemia, donde comunicó a los representantes de la nobleza y las ciudades que era un error suponer que la corona era electiva, porque los mismos Estados habían reconocido en su momento que el trono era hereditario y la elección de Matías fue una excepción debida a la situación revolucionaria que estaba viviendo el país. El debate fue muy intenso, pero la intimidación ejercida por los representantes de la corte y los sobornos repartidos con generosidad encauzaron la decisión en función de los intereses de Matías. Desde el punto de vista protestante, el momento era muy peligroso porque se perfilaba como heredero de la corona el hermano menor de Matías, Fernando de Estiria, que en sus territorios patrimoniales había conseguido expulsar el protestantismo con la aplicación de fuertes medidas coercitivas. Al final, la balanza se decantó hacia el lado del emperador y los Estados renunciaron al derecho de elección, de manera que Fernando fue reconocido como heredero del rey.

Fernando era mucho más devoto y tenía menos madera de estadista que Matías o que otra de las figuras más importantes del bando católico en esta época: Maximiliano de Baviera. Su política siempre estuvo orientada a favorecer a la Iglesia católica y a interpretar las leyes y normas del Imperio y de los estados que lo formaban de manera que se beneficiara al catolicismo. Sentía una desconfianza profunda hacia todos los que consideraba herejes y tenía una cierta tendencia a dejar que las dificultades se resolvieran por sí mismas en lugar de tomar una decisión, cuando no veía claro el curso de acción más provechoso.

La primera resolución que debía tomar como heredero ya representaba una cuestión de conciencia porque debía considerar si juraba o no la Carta Real. Ante la duda, consultó a los jesuitas, que le ofrecieron un consejo muy jesuítico: conceder la Carta había sido un pecado, achacable a Rodolfo, pero aceptarla no lo era porque se había convertido en la ley del territorio. Armado con esta seguridad, aceptó la Carta y fue coronado en 1617 como rey de Bohemia. El cambio en la política real fue inmediato y se agudizaron las medidas contra los protestantes en las tierras reales. En algunos casos las iglesias protestantes fueron dedicadas al culto católico y en otros fueron derribadas hasta no dejar piedra sobre piedra.

La paciencia que habían demostrado los protestantes durante el procedimiento para nombrar a Fernando heredero del reino y después coronarlo se había acabado y los Defensores, un grupo de magistrados protestantes autorizados por las leyes del reino, convocaron una asamblea de representantes de la nobleza y las ciudades protestantes de Bohemia. La asamblea se reunió el 5 de marzo de 1618 y preparó una petición que se debía presentar ante Matías, que no se encontraba en el reino, aplazando la siguiente convocatoria para el 21 de mayo. Antes de reunirse de nuevo llegó la respuesta del emperador, que justificaba y respaldaba todas las medidas tomadas por Fernando y declaraba que la asamblea convocada por los Defensores era ilegal y contraria a las leyes del reino. El sector más radical de los protestantes bohemios, encabezados por el conde Heinrich von Thurn, creyó erróneamente que la respuesta había sido preparada por Jaroslav Martinitz y Wilhelm Slavata, que eran dos de los cuatro miembros de la regencia y se habían destacado por su oposición al protestantismo.

En Praga los sectores populares se habían ido radicalizando a causa de la política procatólica de Fernando y respaldaban a los sectores más extremistas de la nobleza, de manera que Von Thurn aprovechó esta situación para planear el asesinato de los dos regentes con la finalidad de provocar una ruptura definitiva entre rey y reino que justificase el destronamiento de Fernando y la entronización de un rey protestante. Con ese objetivo, el 23 de mayo de 1618 se dirigieron al castillo de Praga, donde encontraron a los

dos regentes y al secretario Philip Fabricius, a los que arrojaron por la ventana después de una discusión acalorada. Aunque la altura era de unos veinte metros, los salientes y el estiércol acumulado en el foso amortiguaron la caída y ninguno de los tres sufrió heridas graves, huyendo del lugar ante el temor de que sus agresores acudieran a rematarlos al pie de las murallas. Los católicos vieron en este hecho un milagro atribuido a la Virgen y los protestantes no quisieron interpretar su fracaso como una señal de que la revuelta nacía con mal pie.

Con o sin muertos sobre la mesa, Von Thurn había logrado su objetivo de romper la relación entre el rey y sus súbditos protestantes, de manera que formaron un gobierno integrado por treinta directores y expulsaron a los jesuitas de Bohemia como una de sus primeras medidas de gobierno. También reunieron la Dieta, que decretó la formación de un ejército, pero para ello se necesitaba dinero y este solo podía salir de los impuestos o de un préstamo. Al final decidieron pedir la suma prestada y que fueran las ciudades las encargadas de devolver el importe, sin que los nobles aportaran nada. Ante esta perspectiva tan poco solidaria, el proyecto quedó muerto y la formación del ejército, en manos de la iniciativa particular de los nobles y de las ciudades más comprometidos.

Seguramente podrían contar con la solidaridad de los protestantes alemanes y de los monarcas extranjeros que eran los defensores de la Reforma. Esta supuesta solidaridad confesional era más un ideal que una realidad y los grandes señores protestantes alemanes ofrecieron a Bohemia toda su simpatía, pero consideraban que declararse en rebelión contra el emperador era un asunto demasiado serio, de manera que todo quedó en buenas palabras. Lo mismo ocurrió con Jacobo I de Inglaterra, que consideraba que la situación internacional no estaba madura para desencadenar una guerra abierta contra el Imperio.

Mientras los directores bohemios quedaban librados a sus propios recursos, Fernando se había coronado como rey de Hungría y, al regresar a Viena, se hizo cargo del gobierno en nombre de Matías, al que sucedería como emperador el 28 de agosto de 1619. Desde un punto de vista práctico, reunió un ejército de catorce mil hombres,

bajo el mando del conde de Bucquoi, e invadió Bohemia. La presencia de las tropas imperiales reforzó la resistencia de los católicos, en especial de las ciudades de Budweis y Pilsen (muy conocidas por sus cervezas), y agudizó las diferencias entre los directores y la Dieta, sobre todo alrededor de la financiación del ejército. El 30 de agosto la Dieta se disolvió sin que hubieran tomado ninguna decisión, sellando el destino de la revuelta bohemia porque en una época de gran concentración del poder en una sola persona, la incapacidad para articular un gobierno republicano, parecido al que habían establecido los holandeses en los Países Bajos durante su enfrentamiento contra la Monarquía hispánica, condenó la revuelta al fracaso.

Aun así, había muchas potencias en Europa, grandes y pequeñas, dispuestas a aprovechar la ocasión para desgastar el poder de la casa de Habsburgo, de manera que el duque Carlos Manuel I de Saboya ofreció a los bohemios un ejército de unos dos mil hombres bajo el mando del conde Ernesto de Mansfeld, que jugará un papel muy destacado en la primera fase de la guerra. Mansfeld era hijo ilegítimo del conde Pedro Ernesto de Mansfeld, que había sido un general al servicio de Carlos V y Felipe II, y ahora se presentó como el gran campeón del protestantismo, después de cambiar de religión. Mansfeld era valiente, activo y versátil, y tenía el don de ganarse la confianza de los soldados profesionales, pero también era conocido por la indisciplina de sus tropas y su tendencia a mantenerse sobre el terreno a base de un pillaje desenfrenado. En definitiva, un aventurero al mando de un ejército de aventureros.

La llegada de Mansfeld y el escaso apoyo que recibió Fernando de sus grandes aliados, la Monarquía hispánica y Baviera, facilitaron la conquista de Budweis y Pilsen, y obligaron a la retirada de las tropas de Bucquoi. Con la llegada del invierno se detuvieron los combates y los ejércitos, hambrientos, sin distinción entre protestantes y católicos, se dedicaron a sobrevivir saqueando a los campesinos, devastando campos y pueblos y cometiendo todo tipo de atrocidades, que se convertirían en la característica principal de los años de guerra que quedaban por delante. Para los campesinos y los

habitantes de pueblos y aldeas eran tan peligrosos y temibles los ejércitos amigos como los enemigos.

Por otro lado, en Alemania Christian de Anhalt estaba presionando al joven elector palatino para que interviniera más activamente en el conflicto, atraído por el ofrecimiento de la corona bohemia. Federico, ambicioso e indeciso, aceptó la propuesta del emperador de integrarse en una comisión formada por el duque de Baviera, el elector de Sajonia y el cardenal de Maguncia para mediar en el conflicto y al mismo tiempo consintió en enviar una embajada a Turín con el objetivo de deslumbrar al duque de Saboya con la perspectiva de obtener la corona imperial y presionarlo para que atacase los dominios alemanes de los Habsburgo. Esta propuesta no contaba con el respaldo de la Unión Protestante, que en ningún momento llegó a comprometerse con este gran esquema de enfrentamiento con la casa de los Habsburgo.

Tanto Federico como Carlos Manuel parecían disfrutar con el juego de repartirse la piel de un oso que aún no habían cazado y se ofrecían el reconocimiento mutuo de unas conquistas y de unas posesiones que aún seguían firmemente en manos de los Habsburgo. Estos ejercicios de política ficción deleitaban al círculo más íntimo de Federico, pero las acciones políticas y militares que se pusieron en marcha para alcanzar estos objetivos se pueden considerar, en el mejor de los casos, como un fracaso.

Con la llegada del buen tiempo, los bohemios también consiguieron algunas aportaciones financieras de los holandeses que les permitieron reemprender la campaña militar con las tropas de Mansfeld y Von Thurn. El primero se quedó vigilando a Bucquoi, mientras el segundo conseguía que Moravia se comprometiera con la revuelta y, en su afán por derrocar a los Habsburgo, consiguió llegar hasta las murallas de Viena, donde creía que sus correligionarios protestantes, que eran mayoritarios en la ciudad, le abrirían las puertas. La población de Austria era mayoritariamente protestante y Fernando estaba asediado en su capital con una guarnición pequeña a su disposición, de manera que le presentaron el proyecto de una confederación con los bohemios, que lo acabaría convirtiendo en un rey títere en manos de la aristocracia protestante. Pero Fernando no

se dejaba amedrentar con facilidad y estaba firmemente convencido de la justicia de su causa, de manera que rechazó la propuesta y estuvo a punto de encarcelar a la delegación, que tuvo que huir de la ciudad. Ante esta situación, Von Thurn carecía de suministros y de tropas suficientes para asaltar la ciudad, si no podía contar con una ayuda desde el interior, de manera que tuvo que regresar a Bohemia, donde descubrió que Bucquoi había derrotado a Mansfeld a las afueras de Budweis.

En este punto interfirió la elección imperial que debía tener lugar en Fráncfort y en la que los protestantes alemanes podían jugar la baza de Bohemia para bloquear que Fernando pudiera ser nombrado emperador y aplicar en Alemania las mismas medidas recatolizadoras que había impuesto en las tierras patrimoniales de los Habsburgo y en Bohemia. La cuestión se centraba en que Fernando no podía votar como elector en su calidad de rey de Bohemia, de manera que hasta que no se resolviera ese conflicto el colegio electoral no estaba completo y no podía tomar una decisión. Esta era la postura defendida por el duque Juan Jorge de Sajonia, que habría podido salir adelante si los tres electores protestantes se hubieran puesto de acuerdo, pero Federico desconfiaba del sajón e intentó plantear una alternativa. Juan Jorge se opuso rotundamente y votó por Fernando, despechado ante la actitud poco respetuosa de su joven colega palatino. En consecuencia, Fernando fue elegido por unanimidad como emperador, casi el mismo día que era depuesto como rey de Bohemia por la Dieta de dicho reino. Los bohemios le ofrecieron la corona a Federico que, a pesar de las advertencias en contra de la Unión Protestante, de su madre y de parte de sus consejeros, la aceptó pese a todos los peligros que implicaba. Fue coronado en Praga el 4 de noviembre de 1619, iniciando el último acto de la revuelta bohemia.

Hasta ese momento, la revuelta bohemia era una cuestión de unos súbditos contra su rey en defensa de unos derechos que consideraban mancillados. Por ello el conflicto se mantenía dentro de los límites aceptables del juego político de la época. Pero al aceptar la corona, Federico había traspasado una línea roja que ponía en cuestión los fundamentos mismos del Imperio: si un príncipe del

Imperio se podía apoderar de los territorios de otro príncipe utilizando cualquier pretexto, ¿qué podría evitar que se volviese a la época de las guerras entre nobles y la anarquía general? Federico había empezado a socavar los cimientos de las instituciones imperiales, sin ofrecer a cambio ningún modelo alternativo.

El primero en darse cuenta de este error garrafal fue Maximiliano de Baviera, que decidió abandonar su inacción para conseguir uno de los objetivos ansiados por Baviera desde hacía mucho tiempo: cuando Federico fuera derrotado su dignidad imperial se transferiría a Baviera, aunque podría seguir conservando sus territorios, y Maximiliano ocuparía la Alta Austria en prenda del reembolso de los gastos en los que iba a incurrir su ejército. Su primer objetivo era neutralizar a los protestantes alemanes antes de atacar directamente a Federico y para esto tuvo la ayuda inestimable de los acontecimientos que tenían lugar en el este.

Hungría era un rompecabezas dividido entre Fernando, los turcos y Bethlen Gabor, príncipe protestante de Transilvania. Gabor contaba con el respaldo turco para hostigar al emperador y jugaba con la idea de ocupar toda Hungría e incluso Austria, de manera que cerró una alianza con Bohemia y llegó hasta las murallas de Viena, que, como le había ocurrido unos meses antes a Von Thurn, no pudo conquistar por falta de suministros y por no contar con armas de asedio adecuadas. De vuelta al este, su paso dejó un rastro amargo de devastación y de acusaciones contra los que le habían respaldado porque habían estado dispuestos a que se impusiese el islam sobre las ruinas de un reino cristiano.

Esta situación fue el detonante para que la Unión Protestante retirase definitivamente su apoyo a la causa de Federico, de manera que Maximiliano pudo centrarse en seducir al elector de Sajonia y a los príncipes protestantes del norte de Alemania para que apoyasen al emperador contra el «rey de invierno» que se había establecido en Praga. Juan Jorge tenía claro que no podía consentir el fortalecimiento de su rival palatino que había actuado contra los mismos cimientos del Imperio y que, de consolidar su posición, conseguiría algo inaudito: acumular dos votos imperiales en una sola

mano. Sajonia pasaría de ser uno de los principados alemanes más importantes a una simple comparsa en la política imperial.

Por el lado católico, Maximiliano consiguió que la Liga prometiese en marzo de 1620 que no intentaría recuperar por la fuerza las tierras de los obispados que estaban ocupados por administradores protestantes ni las tierras secularizadas en los territorios del norte, siempre que sus titulares protestantes siguieran siendo súbditos leales del Imperio. El emperador confirmó esta promesa y, aunque a la larga resultaría papel mojado, en ese momento fue suficiente para Juan Jorge, dejando a Maximiliano las manos libres para preparar la guerra contra Federico, con el apoyo inestimable de Ambrosio de Spínola, el general estacionado en los Países Bajos que había recibido órdenes de Madrid de movilizarse para defender al emperador. Ante la amenaza creciente de la presencia española, la Unión Protestante firmó el Tratado de Ulm, que establecía su neutralidad hacia la Liga Católica.

Con el frente alemán anulado, Maximiliano puso al mando de su ejército al conde de Tilly, que el 23 de junio cruzó la frontera austríaca y el 20 de agosto la Alta Austria se doblegaba sin condiciones ante Fernando, seguida poco después por la Baja Austria. Al mismo tiempo Juan Jorge había atacado Lusacia en nombre de Fernando y Spínola avanzaba por el Rin, llegando a Maguncia a finales de agosto y ocupando todas las tierras del Palatinado en el margen izquierdo del río.

Mientras tanto, en Praga el entusiasmo por el nuevo rey se iba enfriando a marchas forzadas a medida que sus súbditos luteranos se resentían por las tendencias calvinistas del monarca, que tuvieron su ejemplo más escandaloso en la eliminación de las imágenes de santos y del crucifijo en la Capilla Real y en la venta de la colección de arte reunida por el emperador Rodolfo II, que en gran parte acabó en manos de los funcionarios encargados de su venta. Poco a poco la nobleza bohemia se dio cuenta de que no había colocado en el trono a Federico por sus cualidades personales sino por la esperanza de que tuviera buenos amigos que les ayudarían en su lucha contra los Habsburgo. Pero sus amigos le aportaron muy poca ayuda y demostró que era un gestor incompetente y un político poco

hábil al ser incapaz de organizar su administración y, sobre todo, su ejército, colocando a su cabeza a Christian de Anhalt, que podía ser valiente, pero no inspiraba confianza por sus escasas dotes militares. El resto de generales se peleaban entre ellos por cuestiones de protocolo y las órdenes de reclutamiento y de recaudación de impuestos eran desobedecidas a la primera oportunidad.

El 28 de septiembre, Federico se unió al ejército, que contó con la aportación inestimable de las tropas de Bethlen Gabor que, en un giro más de su política, había vuelto a su alianza con los bohemios. En el campamento católico, las tropas de Tilly eran víctimas de las enfermedades, pero el general valón siguió adelante conquistando pueblo tras pueblo hasta que en la mañana del 8 de noviembre las tropas imperiales llegaron a las afueras de Praga. El ejército bohemio estaba acampado en la Montaña Blanca, un terreno elevado fuera de las murallas. El bando imperial estaba debilitado y Bucquoi aconsejó que los soldados descansasen, pero Tilly insistió en presentar una batalla que parecía desesperada. Pero las apariencias engañaban, y la fortaleza bohemía era más aparente que real. Federico se encontraba en la ciudad entreteniendo a unos embajadores ingleses mientras las tropas imperiales iniciaban su ataque y provocaban la desbanda de los húngaros, que fueron los primeros en abandonar el campo de batalla y decidieron el destino de Bohemia. La victoria de Tilly fue aplastante, pero no se dio prisa en explotarla a fondo, de manera que concedió tiempo para que los máximos dirigentes de la revuelta pudieran huir. Federico aprovechó la oportunidad para escapar y encontrar refugio en La Haya, pero los demás dirigentes de la revuelta bohemía, cegados por la derrota, desaprovecharon la oportunidad y acabaron ejecutados.

Con las tierras confiscadas a los rebeldes, el emperador formó una nueva aristocracia bohemía de procedencia alemana y católica, que debía sus posesiones al rey y que no sentía ningún aprecio por la Carta Real que, de no haberse derogado, habría reforzado el dominio católico sobre sus tierras. La Carta fue abolida al considerarse como una de las causas de la rebelión y las iglesias protestantes en las posesiones reales y en las ciudades quedaron a merced de la voluntad de los vencedores. Los Hermanos de

Bohemia, nombre que recibían los antiguos husitas, fueron expulsados de inmediato de sus iglesias, mientras que los luteranos fueron tolerados durante algún tiempo con el objetivo de evitar la extensión de la guerra a Alemania. Pero Fernando y Maximiliano eran conscientes de que si dejaban que Federico siguiera disfrutando de sus posesiones en el Palatinado podría repetir de nuevo la misma jugada. Por ello, el 22 de enero Federico fue depuesto de su dignidad electoral, sometido a la proscripción imperial y sus tierras confiscadas. Se plantearon algunas dudas legales sobre si el emperador podía adoptar esta decisión sin someter al sujeto a un juicio formal, pero Fernando alegó que la culpabilidad de Federico era clara y diáfana. Como el antiguo elector y rey de Bohemia no despertaba demasiadas simpatías en Alemania, el tema quedó zanjado.

Si Federico hubiera declarado que renunciaba a cualquier pretensión de inmiscuirse en las tierras de otros príncipes del Imperio, posiblemente habría sido perdonado y habría regresado pacíficamente a su capital en Heidelberg. Pero su indecisión hacía que un día hablase de paz y de renunciar, mientras que al día siguiente se dejaba llevar por sus ansias de recuperar sus posesiones a sangre y fuego, provocando incluso el estupor de su suegro, el rey de Inglaterra, y de la Unión Protestante, cuyos integrantes empezaron a claudicar ante el avance de las tropas de Spínola.

Jorge Juan, el principal príncipe protestante alemán, temía que la ocupación del Palatinado por las tropas españolas, significara una transferencia territorial y, lo que era más preocupante, el traslado de la dignidad electoral, de manera que empezó a presentar objeciones a los planes del emperador, que fueron secundadas incluso por una parte del clero católico, que estaba asustado ante la perspectiva de una ampliación de la guerra y que algunas potencias hasta ese momento neutrales pudieran tomar partido por el proscrito.

Federico seguía teniendo seguidores en Bohemia y había designado a Mansfeld como su general con autoridad para actuar en dicho territorio. Este nombramiento fue un error lamentable porque sus tropas, desprovistas de apoyos, financiación y suministros, se

habían convertido en el terror del país que teóricamente estaban defendiendo. En aquella época, incluso el ejército más disciplinado era a menudo culpable de todo tipo de excesos y los soldados pasaban de un bando a otro según fueran las perspectivas de pago o de botín sin que se sintieran vinculados por ningún lazo de nacionalidad o confesión. Entraba dentro de la lógica de la guerra que un ejército saquease el país del enemigo, y las tropas de Tilly fueron culpables de excesos horribles en Bohemia, pero un general capaz de pagar a sus tropas y de inspirar confianza podía mantener la disciplina cuando lo creía conveniente, sobre todo en tierras amigas. Para un comandante como Mansfeld que no podía pagar a sus soldados, los movimientos de tropas no se debían a cálculos militares o políticos, sino a la simple necesidad de alimentarse, de manera que el ejército se debía desplazar de un lugar a otro o morir de inanición. Así, obedecían una ley propia que era independiente de los deseos o las necesidades del soberano al que se suponía que servían.

La disolución del ejército de la Unión en Alemania envió nuevos reclutas a Mansfeld, que acumuló una fuerza de dieciséis mil hombres en el Palatinado. Desde Bohemia podía amenazar las tierras de los obispados de Bamberg y Wurzburg, mientras Bethlen Gabor volvía a las andadas en Hungría después de derrotar y matar a Bucquoi. Esta situación hizo que Fernando se plantease seriamente aceptar la mediación del rey inglés, pero no era posible negociar con un ejército de las características del de Mansfeld, que se seguía desplazando como si fuera una plaga de langostas, que siempre conseguía eludir a las tropas imperiales y españolas que lo perseguían.

Ante esta situación, la Monarquía hispánica e Inglaterra, que estaban inmersos en sus propios problemas, empezaron a plantear una vía para calmar la situación en el Imperio y encontrar una solución aceptable para todos los bandos. El primer paso era alimentar al ejército de Mansfeld para evitar que siguiera devastando el territorio y se mantuviera al margen mientras los diplomáticos negociaban. Jacobo no disponía de los fondos necesarios y no consiguió arrancar nuevos impuestos a la Cámara de los Comunes,

pero como en esos momentos estaba intentando negociar una alianza con la Monarquía hispánica, que debía sellar el matrimonio entre el príncipe de Gales y una infanta española, intentó recurrir a las enormes riquezas que llegaban desde América, porque España tenía el problema del final cercano de la Tregua de los Doce Años en Flandes y no quería que se extendiera la guerra en Alemania.

No obstante, el problema de fondo radicaba en cómo se podía dar a los protestantes la seguridad de que los católicos no aprovecharían la ventaja de tener en sus manos las instituciones del Imperio y un ejército victorioso para aplastarles y devolverlos al seno de la Iglesia católica. Por ello, los representantes de los Habsburgo españoles se opusieron radicalmente a la transferencia de la dignidad electoral a Baviera y plantearon, en cambio, que Federico se mantuviera como elector y que aceptase que su hijo fuera educado en Viena. Sin decirlo, se suponía que esta educación acabaría en la conversión del niño al catolicismo. Pero entre los muchos defectos de Federico no se encontraban la existencia de dudas sobre la veracidad de su fe, de manera que era del todo improbable que expusiera a su hijo a la seducción de los jesuitas de Viena.

Se acordó que se celebrarían una conferencia en Bruselas, capital de los Países Bajos españoles, para acordar un armisticio y preparar el camino para una paz general. Pero Federico sospechó desde el principio que más tropas le iban a ser más útiles que todas las palabras del mundo, ahondando una vez más en el error de pensar que la fuerza numérica de sus tropas podría vencer al enemigo sin tejer alianzas políticas con aquellos que sin ser enemigos veían con horror los actos de barbarie y devastación que cometía su ejército. Federico fue incapaz de tejer alianzas y con ello consolidó una debilidad estructural que no podía solventar con soldados. Preocupado exclusivamente por la fuerza de los números, se olvidó de la base moral que debía sustentar dicha fuerza.

Si lo importante eran los números, las perspectivas de Federico eran inmejorables en la primavera de 1622 con un ejército bajo el mando de Mansfeld en el Palatinado, del margrave de Baden-Durlach en el sur de Alemania y de Christian de Brunswick en el norte. Estos tres nombres invocan algunas de las dificultades principales que

obstaculizaban el camino hacia la paz, aunque se hubiera podido resolver la cuestión del Palatinado. Ya hemos mencionado las dificultades que presentaba el ejército de Mansfeld, pero el margrave de Baden-Durlach era conocido por su habilidad para apoderarse de bienes eclesiásticos bajo cualquier excusa y por el uso de triquiñuelas legales para quedarse con ellos, mientras que Christian de Brunswick era el administrador protestante del obispado católico de Halberstadt, donde había demostrado su incapacidad para gobernar y su amor desmedido por las aventuras militares, que se veía a sí mismo como defensor de causas nobles y justas, aunque solo lo movía la sed de aventuras. Con estos antecedentes, el comportamiento de los dos nuevos ejércitos de Federico estaba a la altura del de Mansfeld y la campaña consistió más en un recorrido de saqueo y pillaje que en un intento serio de enfrentarse al enemigo. Además, si los tres ejércitos hubieran sido capaces de colaborar, Tilly, aun contando con el respaldo español, se habría encontrado en serias dificultades, pero se encontraba en una posición geográfica central entre sus tres oponentes y contaba con tropas veteranas en las que podía confiar y que le permitían tomar la mejor decisión estratégica en el momento más oportuno.

A mediados de abril, Federico se unió a las tropas de Mansfeld en Alsacia, que enlazaron con las del margrave de Baden, que infringieron una derrota severa a Tilly en Wiesloch. Pero los dos generales protestantes no se pusieron de acuerdo en el plan de campaña y, además, era imposible alimentar a un ejército tan grande. Mansfeld abandonó a Baden, que el 6 de mayo sufrió una derrota aplastante a manos de Tilly en la batalla de Wimpfen. Como en el bando católico el mando estaba claro, Tilly envió a Córdoba y sus tropas españolas en persecución de Mansfeld, que se tuvo que retirar rápidamente hacia Alsacia.

Mientras tanto, en Bruselas los diplomáticos habían empezado a trabajar y el 13 de mayo los ingleses obligaron a Federico a aceptar una tregua, pero unos días después se retractó al enterarse que tenía la posibilidad de volver a unir las tropas de sus tres generales. Con ellos se encaminó a Mannheim y Darmstadt, donde empezaron con su labor habitual de saqueo y devastación. Pero Tilly y Córdoba

se les echaron encima infringiéndoles derrotas tan serias que se tuvieron que retirar de nuevo hacia Alsacia. Allí, Federico liberó de su servicio a Mansfeld y Christian de Brunswick, de manera que se desentendía de los horrores que pudieran desencadenar sus tropas a partir de ese momento. El elector se retiró primero a Sedán y más tarde a La Haya, donde vivió su exilio hasta que pudo regresar para morir en Maguncia en 1632.

La revuelta bohemia había llegado prácticamente a su fin, pero la guerra estaba muy lejos de terminar.

La internacionalización del conflicto (1624-1630): la intervención danesa



ILLVST.^{MVS} IOANNES, COM. DE T^SERCLAES. DOM. TILLI, BARO.
DE MORBAYS, DOM. DE BALLAST, MONTIG. HOLERS,
HEESWYCK. DYNTER. ETC.

Petr. de Jode sculp.

Ant. van Dyck pinxit

Com. privilegio

Retrato de Johann T'serclaes, conde de Tilly, por Pieter de Jode II.

UNA VEZ CONSEGUIDA la victoria militar sobre Federico y tras su huida a Francia y después a La Haya, la rendición de los últimos focos de resistencia en el Palatinado solo fue cuestión de tiempo y dejó las manos libres a Fernando y Maximiliano para lograr el objetivo último de transferir la dignidad electoral a Baviera a través de una conferencia de príncipes que se debía reunir en Ratisbona en noviembre. A pesar de la oposición de los príncipes protestantes y de las reticencias de muchos católicos, el 13 de febrero del año siguiente se solemnizó la transferencia de la dignidad electoral a Maximiliano, que la conservaría de por vida, aunque tras su muerte los demás aspirantes podrían presentar su caso y serían escuchados por el emperador. Mientras tanto, si Federico pedía humildemente perdón y renunciaba a la dignidad electoral, el emperador consideraría favorablemente su petición de restitución de sus tierras patrimoniales.

El embajador español protestó porque ante el final cada vez más cercano de la Tregua de los Doce Años con los Países Bajos, la Monarquía hispánica no estaba interesada en seguir con la tensión en el Imperio entre católicos y protestantes, y consideraba que esta destitución de Federico presagiaba males mayores en un futuro no muy lejano. En realidad, no iba muy desencaminado porque la consolidación de la paz o la vuelta a la guerra dependía sobre todo de los príncipes protestantes del norte de Alemania que, si eran capaces de acordar un plan de acción unificado y lo aplicaban con energía, pondrían en serios aprietos al emperador y su política procatólica. Por su parte, Juan Jorge de Sajonia, el príncipe protestante más importante, estaba exasperado por la política que se estaba aplicando en el Imperio, pero sentía una aversión visceral

a cualquier gesto que se pudiera interpretar como una rebelión contra el emperador y no estaba dispuesto a transformar su oposición política en acción militar.

Si las únicas piezas en el tablero hubieran sido Fernando, Maximiliano y Juan Jorge, posiblemente la paz se habría podido consolidar en Alemania, porque ninguno de los actores sentía demasiada predisposición a seguir soportando los gastos que ocasionaban los ejércitos en campaña. Pero Mansfeld y Christian de Brunswick estaban vencidos pero no derrotados y no habían depuesto las armas tras ser liberados del servicio de Federico. Tras devastar Alsacia se encaminaron hacia Lorena, provocando la movilización del ejército francés para evitar que pudieran penetrar en Francia. Cerrado este camino y con las tropas al borde del motín, los dos generales recibieron una oferta de la República holandesa para colocarse durante tres meses a su servicio, porque la situación militar no era buena desde la reanudación de la guerra contra los españoles. Spínola había conseguido la rendición de Juliers y estaba asediando Bergen-op-Zoom con buenas perspectivas de conquistar la ciudad. Los holandeses necesitaban las tropas de Mansfeld y Christian para levantar el sitio, pero para ello debían atravesar los Países Bajos españoles. Los dos generales consiguieron derrotar a Córdoba el 28 de agosto cerca de Fleurus y obligaron a Spínola a abandonar el asedio, pero la indisciplina de sus tropas encajaba muy mal con los hábitos disciplinados del ejército holandés, de manera que al vencer los tres meses de contrato fueron despedidos y se encaminaron hacia Frisia Oriental, que era una región rica, fértil e indefensa, aunque fácilmente defendible una vez conquistada.

Tilly se dispuso una vez más a combatir a los dos aventureros y con ello planteó un dilema casi insoluble a los príncipes protestantes de la Baja Sajonia, que se encontraron de repente ante la disyuntiva de apoyar a los ejércitos católicos del emperador en su lucha contra unos rebeldes que amenazaban con devastar sus tierras, o apoyar a los generales protestantes en su defensa de los derechos de sus correligionarios amenazados por el avance de las tropas del emperador que traían consigo la política de imposición del catolicismo. Para los príncipes de la Baja Sajonia la situación ideal

habría sido que Tilly y Mansfeld se exterminaran mutuamente, pero como eso no iba a ocurrir, empezaron a reclutar tropas sin una finalidad concreta, aunque parecían más inclinados a actuar contra Mansfeld que a rebelarse contra el emperador.

Si Fernando hubiera sido capaz de moderar su política de recuperación de los obispados católicos administrados por los protestantes, la balanza se habría decantado fácilmente a su favor y Tilly habría podido contar con los refuerzos sajones para aplastar a Mansfeld. Pero el emperador consideraba que reconocer la situación fijada en la Paz de Augsburgo y confirmada en Mühlhausen era poco menos que legalizar un robo, lo que era algo que no podía consentir. Ante esta falta de flexibilidad, los sajones respaldaron a Christian de Brunswick, que reunió más tropas para enfrentarse a Tilly. Sin embargo, una vez más la falta de disciplina agotó la paciencia de los príncipes, que les obligaron a abandonar Sajonia con destino a los Países Bajos. Tilly los atrapó antes de llegar a la frontera y los reclutas con escasa instrucción de Christian no fueron rival para los veteranos del emperador: de los veinte mil hombres de Christian, solo seis mil consiguieron cruzar la frontera.

La derrota de Christian no resolvió nada porque Mansfeld seguía en Frisia Oriental y no se había avanzado en la resolución del problema de los obispados del norte de Alemania. Tras la Paz de Augsburgo, estos obispados católicos con mayoría de población luterana seguían existiendo sobre el papel y eran gestionados por un administrador elegido por el capítulo catedralicio. Estos capítulos estaban controlados por clérigos protestantes, que elegían como administrador a un representante luterano de la casa nobiliaria que ejercía su influencia sobre el obispado en cuestión. Pero si la política del emperador conseguía cambiar la composición de los capítulos catedralicios e introducir el número suficiente de canónigos católicos, la siguiente elección de administrador podía convertirse en el regreso de un obispo católico y la imposición del catolicismo y la conversión forzosa de la población.

La cuestión de los obispados no solo afectaba la existencia de una serie de beneficios eclesiásticos de los que se aprovechaban las familias nobiliarias protestantes en su papel de administradoras en

ausencia de un obispo efectivo, sino que condicionaba el control territorial sobre todo el norte de Alemania, que ahora se encontraba totalmente en manos protestantes. Los obispados no tenían unas dimensiones demasiado importantes, pero si volvían al catolicismo ofrecerían al emperador toda una serie de puestos avanzados que le permitirían enviar tropas y ejercer un control efectivo sobre el territorio, liberándolo de su dependencia total de los príncipes protestantes. Si los príncipes protestantes quedaban bajo el control de guarniciones imperiales repartidas por todos sus territorios, su independencia pasaría a ser cosa del pasado y la existencia del protestantismo en Alemania quedaría en manos de la tolerancia de Fernando y Maximiliano. Pero los príncipes de la Baja Sajonia no supieron presentar un frente común para defender sus reivindicaciones ante el emperador, ni fueron capaces de reclutar un ejército para respaldar sus peticiones, de manera que el conflicto quedó sin resolverse y el norte de Alemania se encontró indefenso y a disposición del primer ejército que fuera capaz de ocuparlo.

En la primavera de 1624 parecía evidente que el emperador y Maximiliano estaban a punto de alcanzar su objetivo político de someter a los príncipes protestantes y reintroducir el catolicismo en los obispados del norte. Pero el Imperio no era una isla en medio de un océano, sino que se hallaba en medio de una serie de potencias que veían cada vez con mayor preocupación la situación en Alemania. Fernando había acumulado fuerzas para controlar la situación y para despertar los recelos de sus vecinos, pero no era lo suficientemente fuerte para imponer una barrera infranqueable a sus ambiciones, de manera que en el cálculo de los príncipes católicos y protestantes entraron cada vez más en consideración los beneficios que les podría aportar una intervención extranjera.

A nivel internacional, la Monarquía hispánica volvía a estar inmersa en una guerra en los Países Bajos e Inglaterra daba las primeras muestras de preparativos bélicos después del fracaso del viaje del príncipe de Gales, Carlos, y del futuro duque de Buckingham a Madrid para acordar el matrimonio con la infanta española, que debía sellar la alianza entre las dos monarquías. Frustrado en sus aspiraciones matrimoniales y conocedor del plan español de enviar a

los hijos de Federico a Viena para su educación, respetando la fe reformada de sus progenitores, Jacobo y Carlos decidieron romper las negociaciones y emprender acciones para recuperar el Palatinado para Federico, que no dejaba de ser el yerno del rey.

La Cámara de los Comunes, poco conocedora de la situación real en el Imperio, planteó una reanudación de los ataques por mar contra los intereses españoles y el envío de algunos miles de hombres para reforzar a los holandeses. Pero Jacobo sabía que no se trataba de una lucha contra la Monarquía hispánica, sino un combate por el equilibrio confesional en el Imperio, donde ahora Fernando estaba muy bien afianzado y únicamente se le podría presionar mediante una gran alianza europea en su contra. Para ello tenía que contar con Francia.

Como hemos visto con anterioridad, en Francia el Edicto de Nantes había certificado el final de las guerras de religión en 1598 al garantizar a los hugonotes la libertad de conciencia y de culto, así como los derechos civiles como súbditos de la corona, al mismo tiempo que les concedía una serie de plazas fuertes como garantía del cumplimiento del edicto. Este acuerdo que en su momento no despertó el entusiasmo de ninguno de los bandos, se fue consolidando como la herramienta esencial de la convivencia entre las dos comunidades, aunque con el inconveniente de la creación de una serie de núcleos prácticamente independientes de la autoridad real.

Pero el carácter cada vez más centralizador y uniformizador que había adoptado la corona francesa tras la muerte de Enrique IV hacía prever que la eliminación de estas plazas fuertes se iba a convertir en uno de los objetivos de la política real. Superadas las turbulencias del inicio del reinado de Luis XIII, debidas al asesinato de su padre y su minoría de edad, su objetivo había sido el control de la nobleza mediante la concesión de cargos y prebendas en la corte, y el control de las plazas fuertes hugonotes. Pero a los calvinistas franceses se les planteaban las mismas dudas que a los luteranos alemanes: si la corona pasaba a controlar estas plazas, ¿acabaría imponiendo a continuación el catolicismo? Era lo más probable porque el rey era un católico devoto y en la corte existía un

partido importante que propugnaba una intolerancia radical contra los hugonotes.

Como consecuencia de esta postura, cuando se iniciaron los problemas en el Imperio, Francia intervino en apoyo del emperador, pero con la conquista del Palatinado por las tropas imperiales surgió otra preocupación mucho más acuciante que la defensa del catolicismo: si las dos ramas de la casa de los Habsburgo, la española y la austríaca, salían triunfantes de su lucha en los Países Bajos y en el Imperio, Francia quedaría emparedada entre las dos potencias. Este peligro era mucho más preocupante que la existencia de unas pocas plazas fuertes en manos de los hugonotes, de manera que en 1622 hizo las paces en casa con los calvinistas franceses, en 1623 envió algunos subsidios a Mansfeld y en 1624 tomó la decisión trascendental de incorporar a sus consejos al cardenal Richelieu, que se acabaría convirtiendo en uno de los grandes estadistas de su época y en valido todopoderoso del rey francés.

La tarea de Richelieu no era sencilla y, a diferencia de la imagen de omnipotencia que ha transmitido la literatura y el cine, tuvo que navegar con cuidado entre los deseos muchas veces contradictorios de Luis XIII y la influencia de los diferentes partidos de la corte. La tarea principal del cardenal consistió en mostrarle al rey el camino para satisfacer sus dos anhelos, aplastar a los hugonotes en el interior y evitar que Francia quedase atrapada entre las dos ramas de los Habsburgo en el exterior, mediante la eliminación del potencial revolucionario de los hugonotes a través del control de las plazas fuertes, al mismo tiempo que se respetaba su libertad religiosa, lo que le permitiría unir a católicos y protestantes en obediencia voluntaria al trono, transformando la lealtad político-religiosa a la corona en una lealtad únicamente política mientras se reconocía la diversidad religiosa en un mismo reino, avanzando más allá del *cuius regio, eius religio* que dominaba en el Imperio. Esta nueva fórmula de tolerancia religiosa serviría también para fortalecer la posición de Francia en el extranjero.

De todas formas, esta postura conciliadora tenía sus límites, y ante la petición inglesa de unirse en una liga en contra del emperador y en defensa de los protestantes alemanes, Luis y Richelieu se

negaron en redondo porque no estaban dispuestos a participar en una guerra abierta contra el adalid de la causa católica. Sin embargo, no tuvieron ningún escrúpulo en enviar dinero para financiar a los ejércitos que luchaban en defensa del protestantismo, como los holandeses o Mansfeld.

Capítulo aparte era el conflicto directo entre Francia y la Monarquía hispánica, que se centraba sobre todo en Italia alrededor del Camino Español, que unía Flandes con las posesiones españolas en la península italiana y que era la única vía segura para enviar tropas desde España, porque la ruta marítima del norte era muy insegura a causa de la actividad de los barcos holandeses y los piratas y corsarios ingleses y franceses. El primer movimiento de Richelieu fue ocupar la Valtellina, que se encontraba en manos españolas y protegía el paso de los Alpes. Desde esta posición, y con la ayuda de Saboya y Venecia, el siguiente paso era el control de Génova, ciudad aliada de los españoles, y amenazar el ducado de Milán. Una vez asegurada la posición francesa en Italia, Richelieu podría volver su atención a Alemania y plantear una intervención directa en el conflicto.

Pero sus planes se vieron frustrados por una nueva revuelta hugonote en casa, encabezada por el barón de Soubise, que consiguió formar una flota que venció a las embarcaciones reales y persuadió a la gran ciudad comercial de La Rochelle para que se uniera a su causa. Aunque Richelieu consiguió aprovechar las esperanzas de una alianza de Francia con Inglaterra y Holanda para armar una flota que se enfrentase y venciese a Soubise, que se acabó refugiando en Inglaterra, La Rochelle siguió en pie de guerra y se convirtió en una espina clavada en la política interior e internacional de la monarquía, que iba marcar el futuro porque no se trataba solo de acabar con la rebelión sino de valorar qué uso se le daría a la victoria. Una Francia dividida entre vencedores y vencidos podía agudizar el conflicto religioso e impedir los planes exteriores de la monarquía, mientras que una victoria que no acabase en una represión indiscriminada podía marcar el camino hacia la tolerancia religiosa, lo que fortalecería el papel de Francia en el escenario internacional.

Mientras Francia estaba inmersa en sus problemas internos y en la lucha por el control de Italia, e Inglaterra prometía mucho y hacía poco por las dificultades económicas que atravesaba la monarquía, Dinamarca y Suecia observaban con un interés creciente los problemas religiosos en el Imperio.

Cristián IV de Dinamarca era también príncipe del Imperio en su calidad de duque de Holstein y formaba parte del círculo de la Baja Sajonia, de manera que había vivido en primera persona el conflicto alrededor de los obispados y veía con gran interés la extensión de su influencia política y económica por las costas alemanas del mar del Norte. El monarca había mejorado las fortificaciones que le permitían amenazar el comercio de la ciudad de Hamburgo y había conseguido para uno de sus hijos el obispado de Verden y para otro tenía prácticamente garantizada la sucesión al arzobispado de Bremen, lo que le permitiría controlar el tramo final del curso de los ríos Elba y Weser. Por toda esta situación la cuestión de los obispados del norte de Alemania le afectaba muy personalmente y no estaba dispuesto a que la política imperial interfiriese con sus ambiciones dinásticas.

Como la mayoría de los príncipes luteranos, se había manifestado en contra de la aventura bohemia de Federico, pero al convertirse en un fugitivo, consideró que se necesitaba reunir una gran fuerza protestante para detener al emperador en la extensión de unas represalias que serían ruinosas para los príncipes protestantes del norte de Alemania. Pero sus ganas de intervenir en el conflicto en una fecha tan temprana como 1621 se vieron mermadas por la indecisión de sus aliados potenciales, que no se acababan de decidir por una acción armada directa contra el emperador. El curso de los acontecimientos no hizo nada por reducir su preocupación por la intención de Fernando de extender el catolicismo por los obispados del norte de Alemania. En 1624, gracias a sus grandes dotes como gobernante, su reino poseía los medios humanos y económicos para intervenir en el Imperio, aunque aún se tenía que comprobar si él mismo o sus generales estaban a la altura de Tilly.

Pero las preocupaciones de Cristián IV no se encontraban solo en el sur, sino que en el norte despuntaba otra estrella ascendente del firmamento protestante y escandinavo en la figura de Gustavo

Adolfo de Suecia, que había sufrido una invasión danesa nada más subir al trono en 1611. Los invasores fueron expulsados al cabo de dos años y Gustavo Adolfo volvió su atención hacia el Báltico, cuyas costas empezó a dominar con la expulsión de los rusos. Sin embargo, su gran rival en el este era el rey de Polonia Segismundo, hijo del hermano mayor del padre del rey sueco, que había sido expulsado del reino por su apego al catolicismo, de manera que a los intereses geoestratégicos y económicos de Suecia en el Báltico se unía un conflicto familiar de implicaciones perturbadoras si Segismundo reclamaba el trono de Suecia. Si Gustavo Adolfo reconocía que la Monarquía hispánica tenía derecho a la soberanía de todas las provincias de los Países Bajos, Fernando a Bohemia y el clero católico a los obispados ocupados por los protestantes y a las tierras secularizadas en el Imperio, a pesar de la oposición de sus habitantes porque profesaban una religión diferente a la del soberano, entonces también debía reconocer que Segismundo tenía derecho al trono de Suecia pese a pertenecer a una iglesia diferente a la mayoritaria en el país.

Enfrentado a este dilema, Gustavo Adolfo se tenía que situar en el bando de los defensores del derecho de los pueblos a conservar su fe en contra de sus gobernantes, a riesgo de perder el trono. Por eso, la firma de la paz con Rusia en 1617 le permitió iniciar una nueva guerra contra Polonia, que a su vez le llamó la atención sobre la situación en el Imperio porque Fernando era cuñado de Segismundo y seguramente le iba a ofrecer toda su ayuda para rechazar a los suecos y reclamar el trono. Gustavo se convenció de que debía estrechar sus relaciones con los príncipes protestantes alemanes y en 1620 acordó una alianza matrimonial con el elector Jorge Guillermo de Brandeburgo, cuya debilidad y vacilaciones se convertirían en una pesadilla durante la intervención de las fuerzas suecas en el conflicto alemán a partir del año 1630.

Durante este viaje de incógnito a Alemania también visitó el Palatinado y Renania, donde se empapó de su geografía, que le sería muy útil en las futuras campañas militares, y de la riqueza de la tierra, de las ciudades, de los nobles y, sobre todo, de los prelados católicos. Gustavo Adolfo tomó buena nota de la situación en el

Imperio pero en lugar de dejarse llevar por la precipitación de un Federico o por el aventurerismo militar de un Mansfeld, regresó a Suecia para consolidar su posición en el Báltico, terminar la guerra en Polonia y prepararse para la gran empresa alemana que iba a ser su momento de gloria y su epitafio.

El rey sueco estaba preocupado por su dominio del Báltico, mientras que el rey danés veía peligrar sus intereses en el comercio del mar del Norte y en los obispados del norte de Alemania. Ambos estaban interesados en defender los derechos de los protestantes alemanes porque un emperador demasiado fuerte amenazaba sus intereses geoestratégicos. A pesar de este análisis frío, no podemos dudar de la sinceridad de los dos hombres en la defensa de sus creencias religiosas y de una interpretación de las leyes que consideraban más justas para la defensa de los intereses de Dios. En las decisiones de estos dos monarcas, como en las de Fernando, Maximiliano o Federico, intervinieron el mismo conjunto de factores altruistas y egoístas que forman una estructura inseparable en el razonamiento de todo estadista de esta época.

El pequeño empujón que necesitaban los dos monarcas escandinavos para intervenir en Alemania lo proporcionó la diplomacia inglesa, que les presionó en este sentido, con mucho más éxito en el caso de Cristián que en el de Gustavo Adolfo, que no se comprometió a nada y planteó que lo mejor sería que todos los que tuvieran agravios contra los Habsburgo se unieran en una causa común por encima de la adscripción confesional. Además, planteó algunas condiciones para su intervención, entre ellas un mando militar unificado en su persona y el reclutamiento de un contingente de soldados determinado que debía disponer del dinero en efectivo para realizar la campaña y al que se le debían entregar dos puertos, uno en el Báltico y otro en el mar del Norte para garantizar sus comunicaciones. Gustavo Adolfo no estaba dispuesto a dejarse engatusar por las promesas inglesas, que hasta ese momento nunca se habían hecho realidad.

Cristián fue más fácil de convencer y su plan era mucho más modesto que el de Gustavo Adolfo. En lugar de los cincuenta mil hombres del sueco, creía que con un ejército de treinta mil soldados

sería suficiente y que Inglaterra solo se tendría que hacer cargo de la paga de seis mil de ellos, en lugar de los quince mil exigidos por Gustavo Adolfo. Jacobo y Carlos se inclinaron por el plan danés, aunque la Cámara de los Comunes todavía no les había concedido las 30.000 libras al mes que costaba su aportación, y creyeron que siempre podrían reclutar a los suecos como auxiliares del rey danés cuando empezaran a llegar las victorias. Pero Gustavo Adolfo hizo oídos sordos porque no confiaba en Cristián ni en los ingleses y se dedicó a solventar sus problemas con Polonia, retirándose momentáneamente del Imperio.

En marzo de 1625 moría el rey Jacobo y subía al trono de Inglaterra Carlos I, que confirmó el compromiso con Cristián, enviándole la primera remesa de dinero para financiar la campaña. Mansfeld recibió la orden de retirarse del Rin y trasladar sus fuerzas hacia el norte para unirse a los daneses. Cristián, por su parte, consiguió que el círculo de la Baja Sajonia lo nombrase como su jefe militar, a pesar de la oposición de muchas ciudades comerciales, que no veían ninguna ventaja en enfrentarse al emperador cuando sus tropas estaban muy cerca y el optimismo del rey danés parecía como mínimo aventurado.

El 18 de julio, Tilly cruzó el río Weser y penetró en la Baja Sajonia, dando inicio a la fase danesa de la Guerra de los Treinta Años.

Ante el recrudecimiento del conflicto, el emperador y sus ministros empezaron a valorar si las tropas de Tilly serían suficientes para contener al rey de Dinamarca, porque sus apoyos habían ido disminuyendo desde el final de la revuelta en Bohemia. De los aliados exteriores solo podía contar con la Monarquía hispánica, que en esos momentos se estaba desangrando en el inacabable conflicto en Flandes, mientras que del Papa solo se podían conseguir buenas palabras y algunos halagos hacia los luteranos, a los que consideraba mejores que los calvinistas. En el frente interior, su negativa a confirmar el control protestante de los obispados del norte le había enajenado el apoyo de los príncipes luteranos moderados, que ahora solo podían ofrecerle un apoyo pasivo, negándose a unirse al movimiento encabezado por el rey danés. Por el otro lado, Cristián IV era un rival mucho más serio que Federico,

Bethlen Gabor volvía a las andadas en Hungría y Francia estaba desarrollando una política cada vez más antihabsburguesa que procatólica.

Ante esta situación, Fernando necesitaba reclutar otro ejército además del de Tilly, pero no disponía de recursos financieros para hacerlo. Inmerso en este dilema se presentó uno de sus súbditos, Albrecht von Wallenstein, que estaba dispuesto a reclutar un ejército a su costa.

Wallenstein (1583-1634) era vástago de una rama empobrecida de una de las grandes familias aristocráticas de Bohemia. Sus padres eran luteranos, pero tras quedar huérfano fue criado por un tío que lo introdujo en el estricto sistema educativo de la Hermandad de Bohemia (los antiguos husitas). De allí pasó a los jesuitas de Olmütz, que consiguieron su conversión, si es que en aquel momento no había adoptado ya una visión más bien cínica de la religión. En realidad, Albrecht tenía depositada la fe en sí mismo y en la astrología, que le había profetizado un futuro brillante a un joven sin riquezas a la sombra de las grandes casas nobiliarias en Bohemia. Abandonó su patria por los tres ducados hereditarios que estaban en aquel momento bajo el gobierno del futuro emperador Fernando, que lo acogió en su ejército, donde demostró muy pronto sus dotes militares. En 1608, el matrimonio con una viuda rica lo convierten en uno de los grandes propietarios de Bohemia y al estallar la revolución fue coronel de un regimiento al servicio de Moravia, desertando después al bando imperial y participando de la victoria de la Montaña Blanca. Wallenstein participó del reparto de tierras que siguió a la victoria imperial y se aprovechó de su posición para comprar más parcelas a un precio nominal, lo que le acabó convirtiendo en el terrateniente más rico de Bohemia y le ganó el título de príncipe de Friedland.

Ahora que Fernando se encontraba en dificultades, Wallenstein se presentó para ofrecerle un ejército que el emperador no tendría la necesidad de pagar, pero que tampoco se mantendría sobre el terreno como las tropas de Mansfeld, sino que allí donde estuviera acantonado, el general recaudaría impuestos a través de las autoridades legales, de manera que se mantendría la disciplina y se

evitaría la devastación causada por los ejércitos durante la revuelta bohemia. Su propuesta, en esencia, se reducía al establecimiento de un gobierno militar, de manera que cuanto mayor fueran las dimensiones del ejército, mayor sería su capacidad recaudatoria y, por consiguiente, el poder que acumularía la persona que estuviera al mando.

Al emperador le debió parecer que sustituir el saqueo por la recaudación de impuestos era una mejora sustancial en el desarrollo de las campañas militares, pero la realidad era muy diferente porque las leyes del Imperio establecían que los impuestos con destino a la financiación del ejército solo los podía establecer la Dieta, aunque en las circunstancias actuales era imposible reunir esta asamblea, de manera que la propuesta de Wallenstein daba apariencia de legalidad a lo que era simplemente una extorsión. Las circunstancias mandaban y Fernando se encontraba atrapado en un dilema que no tenía solución: si no aceptaba la propuesta de Wallenstein tenía casi garantizada la derrota, pero si la aceptaba generaría un sentimiento de rechazo en toda Alemania, quizá superior al que debía enfrentar ahora, porque las contribuciones serían recaudadas por los militares sin ningún control de los funcionarios civiles y sin ningún límite en la cantidad que podían exigir.

La diferencia fundamental entre los saqueos de Mansfeld y el sistema de Wallenstein radicó en que este supo mantener la disciplina entre sus tropas y no se dejó arrastrar por los acontecimientos como Mansfeld, que siempre estuvo perseguido por las tropas imperiales y se tuvo que enfrentar a generales muy competentes como Tilly. La norma básica de Wallenstein era llevar su ejército hacia aquellos territorios donde hubiera mucho que recaudar y poco que hacer, evitando cuidadosamente cualquier enfrentamiento inesperado que pudiera poner en riesgo a sus soldados. Con el tiempo, los reclutas aprendieron a confiar en su general, que les proporcionaba una paga mejor y un equipo mucho más espléndido que la dotación modesta de los veteranos de Tilly. Además, en su ejército no se preguntaba por el origen o la religión de los reclutas y los ascensos no dependían de la alcurnia, sino de la capacidad de cada soldado, de manera que contaba con generales

de nobleza insuperable y otros procedentes de las capas más bajas de la sociedad.

Con estas premisas se convirtió en un poder nuevo en el panorama político-militar del Imperio, que solo estaba unido de manera nominal al emperador y que empezó a ejercer un papel como actor político casi independiente, apoyado en la fuerza de sus soldados y en los recursos económicos que extraía de los territorios que ocupaba.

Mientras formaba y entrenaba este ejército que pretendía preservar a toda costa, el peso de la lucha recaía sobre los hombros de los veteranos de Tilly, que no contaba con hombres suficientes para emprender una campaña que pudiera tener éxito. Por eso se iniciaron negociaciones que no condujeron a nada porque el emperador y la Liga Católica se negaron a ir más allá de los términos reconocidos en el acuerdo de Mühlhausen y no aceptaron la propuesta de los príncipes de conceder una garantía permanente a los administradores protestantes y reconocerles todos los privilegios como príncipes del Imperio.

Este fracaso llevó a la reanudación de la campaña en la primavera de 1626, que enfrentó a dos bandos bastante igualados. Tilly y Wallenstein reunían unos setenta mil hombres, mientras que Cristián IV, Christian de Brunswick y Mansfeld disponían de unos sesenta mil, a los que se añadían las tropas de Bethlen Gabor que amenazaban de nuevo la ciudad de Viena desde Hungría y los campesinos protestantes de la Baja Austria que se habían alzado contra las guarniciones bávaras en defensa de sus creencias y sus hogares. Pero a efectos prácticos, la situación de los dos contendientes era muy diferente porque los generales imperiales se encontraban en territorio enemigo y podían actuar sin respeto por la población ni consideraban a ningún príncipe o ciudad como amistoso, mientras que Cristián estaba entre sus aliados y no podía dejar que sus tropas se descontrolasen. Para empeorar la situación, y como había previsto Gustavo Adolfo, la promesa de financiación por parte del rey de Inglaterra quedó reducida de 50.000 libras al mes a unas ridículas 140.000 libras para toda la campaña, porque la Cámara de los Comunes no veía nada clara una guerra librada en Alemania con

dinero inglés. El duque de Buckingham, favorito de Carlos II, consiguió un acuerdo con los holandeses para que aportasen 5.000 libras al mes, pero al final Cristián se encontró en una situación muy parecida a la de Mansfeld unos años antes: sus movimientos estaban dictados más por la necesidad de encontrar suministros que por razones estratégicas.

El primero en enfrentarse al enemigo fue Mansfeld, que se midió con Wallenstein en Dessau el 25 de abril. Esta primera batalla es un claro ejemplo de la táctica que adoptaba el general bohemio para no exponer a sus tropas: atrincherado al otro lado del puente de Dessau, esperó a que Mansfeld tomara la decisión de seguir adelante o atacar. Como el enemigo se estrelló contra las trincheras sin infringirles grandes daños, Wallenstein aprovechó la primera oportunidad para ordenar una carga, que confundió y desorganizó al enemigo, consiguiendo la victoria.

Poco después murió Christian de Brunswick y Mansfeld recibió el encargo de atravesar Silesia para unirse a las tropas de Bethlen Gabor, con Wallenstein pegado a sus talones. Cristián IV se encontraba a la defensiva y los subsidios ingleses no llegaban, de manera que intentó atravesar Turingia para enlazar con Bethlen Gabor y Mansfeld en Bohemia, donde podría levantar el estandarte del protestantismo en el corazón de los dominios patrimoniales del emperador. Pero Tilly estaba atento y el 27 de agosto presentó batalla a las tropas danesas en Lutter. La lucha fue encarnizada hasta que una parte de las tropas danesas se negaron a seguir en la pelea si no recibían su paga, de manera que Cristián fue expulsado del campo de batalla y tuvo que regresar hacia el norte.

Mientras tanto Mansfeld se había unido a Bethlen Gabor en Silesia, perseguido por Wallenstein, que repitió la táctica de atrincherarse y esperar el ataque enemigo. Aprendida la lección, Gabor y Mansfeld prefirieron negociar una tregua, que exigía la expulsión de Mansfeld de Hungría, quien de camino a Venecia murió de una enfermedad. Con él desaparecía uno de los grandes protagonistas de la primera parte de la guerra.

De las victorias de Wallenstein al Edicto de Restitución



Retrato de Alberto de Wallenstein, por Anthony van Dyck.

LA DERROTA DE Cristián IV y el triunfo de las armas católicas provocó un enfrentamiento entre la Liga y Wallenstein a cuenta de la confiscación de los territorios de los nobles rebeldes del norte de Alemania. La Liga propugnaba la implantación de una política similar a la aplicada en el sur, mientras que Wallenstein pretendía que todas las tierras quedaran en manos de Georg von Lüneburg, que era luterano pero había ejercido un alto mando en el ejército. Esta solución salomónica, desde el punto de vista de Wallenstein, permitía castigar la rebelión contra el emperador sin violentar las creencias religiosas de los derrotados o de los príncipes neutrales, de manera que solo era punible la deslealtad política y no la disidencia religiosa. Frente a este camino, parecido al que se pretendía imponer en Francia, la Liga y el emperador querían seguir con la política de apoyo a los intereses del clero católico al amparo de las leyes del Imperio. Wallenstein había conseguido que en su ejército se integrasen sin problemas luteranos y católicos porque lo importante era la lealtad hacia su persona, y ahora pretendía extender el mismo esquema a todo el Imperio. Además, el conflicto entre ambos se agudizó porque la Liga pretendió que Wallenstein mantuviese a su ejército solo con lo que consiguiese en las tierras de los protestantes, mientras que el general afirmaba que podía distribuir a sus hombres donde quisiera y recaudar impuestos allí donde fuera necesario, incluidos los estados de la Liga.

Posiblemente, la propuesta de Wallenstein era la política más acertada que se podía aplicar en este momento si se quería superar el conflicto religioso y centrar la unidad del Imperio solo en la lealtad

hacia el emperador y las instituciones imperiales. Pero para ello se necesitaba una confianza que Wallenstein no podía ofrecer, por sus orígenes y por su posición como señor de la guerra al mando de un ejército personal que se podía volver contra el emperador si le convenían a sus intereses.

Fernando no rechazó de entrada la propuesta y delegó en su primer ministro, Eggenberg, el análisis del asunto. Wallenstein expuso a Eggenberg el esquema completo de su propuesta que consistía en aumentar su ejército hasta los setenta mil hombres, que era una fuerza tan grande que evitaría que nadie tuviera la tentación de plantear una batalla campal y que distribuiría en puntos estratégicos que proporcionarían al emperador un control del territorio y serían centros para recaudar los impuestos necesarios para la financiación del ejército y de las demás instituciones del Imperio. Con estas disposiciones se garantizaría la tranquilidad interna y se fortalecería el poder exterior del emperador. Eggenberg quedó convencido y después también recibió la aprobación de Fernando, que convirtió a Wallenstein en duque de Friedland, un rango superior al de príncipe. Sin embargo, se planteaba el problema práctico de cómo implantar este esquema, teniendo en cuenta que no existían instituciones en el Imperio que pudieran sustentar el plan de Wallenstein, excepto su ejército, y el emperador corría el riesgo de convertirse en la herramienta de un general de éxito, que sería el poder real detrás del trono, de la misma manera que ahora lo acusaban de ser la marioneta de los intereses del clero y de la Iglesia católica.

Antes de aventurarse por el camino de los cambios institucionales, el enemigo había quedado debilitado, pero no derrotado, y empezaba a recuperar fuerzas con la llegada de tropas inglesas y de la experiencia de dos viejos conocidos: Von Thurn, el héroe de la revolución de Praga, y el margrave de Baden-Durlach, compañero de correrías de Mansfeld. Cristián también conservaba la lealtad de algunas ciudades fortificadas y del campesinado y las poblaciones urbanas que ansiaban liberarse de la presencia de los soldados y del yugo de los sacerdotes católicos. Pero les falló el flanco oriental porque Bethlen Gabor no podía contar con el apoyo del Imperio

otomano, inmerso en una guerra contra Persia, de manera que no podía emprender una campaña. Esta situación dejó las manos libres a Wallenstein, que envió tropas para recuperar Silesia, que cayó prácticamente sin resistencia.

Cristián intentó evitar la derrota total ofreciendo los términos para acordar la paz, pero los generales imperiales solo aceptarían la rendición incondicional de Holstein, lo que resultaba inaceptable para el rey danés. Tilly y Wallenstein enviaron rápidamente sus tropas hacia el norte, dividiendo el ejército protestante y capturando algunos de sus mejores regimientos, que se pasaron al bando imperial. A finales de año Schleswig y Jutlandia se encontraban en manos de Wallenstein, que empezó a soñar incluso con liberar Constantinopla a la cabeza de un ejército de cien mil hombres.

En octubre se celebró una reunión de los electores en Mühlhausen para analizar la situación del Imperio y tomar decisiones trascendentales para el futuro. Los electores eclesiásticos plantearon que se derogase el compromiso otorgado a los administradores protestantes en 1620 porque no se habían comportado como súbditos leales al unirse a un rey extranjero para desembrar el Imperio. Por ello se debía aplicar la Paz de Augsburgo y la Iglesia debía recuperar los obispados del norte. Esta postura recibió el apoyo incondicional del elector de Baviera, de manera que los electores protestantes no se atrevieron a rechazarla frontalmente, pero alegaron que el elector de Sajonia había aconsejado en contra de la guerra, de manera que la revuelta solo se podía achacar a unos administradores concretos que no habían seguido su consejo y que se deberían sustituir por otros, pero no devolver los obispados a la Iglesia.

Los electores católicos estaban a punto de conseguir su objetivo principal, de manera que su ataque siguiente se dirigió contra la fuerza que había permitido su triunfo, acusando a Wallenstein de establecer un despotismo militar intolerable para los príncipes y para el Imperio. Sus oficiales de reclutamiento se habían extendido por todas partes y proclamaban que el ejército estaba destinado a recaudar contribuciones y no a luchar contra el enemigo, y hablaban abiertamente de derribar príncipes y electores, convirtiéndose en el

verdadero poder detrás del emperador. Estas noticias habían provocado un gran escándalo en todas las clases sociales, pero los electores y el emperador no se llegaron a plantear que ellos eran los verdaderos culpables de la situación porque si hubieran cedido inicialmente en el tema de los obispados, no habría sido necesaria la aparición del ejército de Wallenstein. Para alcanzar sus objetivos políticos tenían necesidad de una gran fuerza militar y ahora quien controlaba esta fuerza proclamaba que era su amo. Por tanto, los electores no se atrevieron a nada más que una leve protesta ante Wallenstein y una petición al emperador para que se eliminasen los abusos.

Uno de los efectos secundarios de la aparición de Wallenstein fue que las oligarquías comerciales de muchas ciudades de Alemania, que hasta el momento se habían mostrado tibias en la defensa de las posiciones protestantes y en su gran mayoría habían desertado de la Unión Protestante en cuanto sonaron los tambores de guerra, ahora se negaron a admitir a los soldados de Wallenstein entre sus muros. Casi todas ellas se declararon leales al emperador, pero le cerraron las puertas a sus tropas, y como se trataba de ciudades marítimas que se podían abastecer fácilmente por mar, toda la fuerza terrestre del general bohemio quedaba en nada en caso de asedio porque carecía de una flota que bloquease los puertos. Este problema ya había permitido la huida del rey de Dinamarca a sus islas, de manera que no podría desembarcar un ejército en Alemania, pero podía abastecer por mar a las ciudades portuarias sitiadas.

A pesar de estas dificultades, Wallenstein maniobró para conseguir que se le otorgase el ducado de Mecklenburgo, con lo que conseguía afianzar su posición en tierra para controlar la costa báltica y tener una base firme para negociar con las ciudades de la Hansa, que ya no tenían el poder de siglos anteriores, pero seguían siendo un interlocutor muy importante, sobre todo para alguien que pretendía ser el poder real en el Imperio. El emperador no disponía de una flota que pudiera proteger el comercio hanseático y su única posibilidad era ofrecerles un acuerdo comercial con la Monarquía hispánica que abriese los productos americanos al comercio alemán

y permitiese exportar productos alemanes a los dominios del rey hispano. Pero este ofrecimiento sin el respaldo de una flota de guerra solo iba a provocar los recelos y la oposición de las potencias marítimas del mar del Norte, Inglaterra y Holanda, y del Báltico, Suecia. La única forma de imponer este tratado comercial era mediante la guerra, que permitiera que las tropas de Wallenstein conquistasen el *hinterland* de las ciudades marítimas para competir con las alemanas. Para profundizar en este esquema, Wallenstein fue nombrado almirante del Báltico y se esperaba que la Hansa le proporcionara una flota.

Los planteamientos del emperador fueron rechazados con mucha diplomacia y provocaron la ira de Wallenstein, que le aseguró que tenía los medios para cerrarles el comercio por tierra y apoderarse de los bienes que importaban de Inglaterra y los Países Bajos. Pero a pesar de sus intentos y de algunos planes ingeniosos para destruir los barcos suecos en sus puertos de origen, el general no pudo hacer nada más que controlar por tierra las ciudades marítimas y disuadir a cualquiera que pretendiese desembarcar un ejército en las costas septentrionales. De todas formas, no podía esperar que Gustavo Adolfo viera con indiferencia cómo se iba constituyendo una potencia militar a las puertas de sus dominios.

La única ciudad que resistió la presión imperial fue Stralsund, que dependía nominalmente del duque de Pomerania, pero que en la práctica era casi independiente. Los ciudadanos no querían oponerse al emperador ni ayudar a que una potencia extranjera se estableciera en Alemania, pero no admitirían una guarnición de las tropas de Wallenstein dentro de sus murallas. Sin embargo, el general no se iba a conformar con menos y ordenó el asedio de la ciudad. Como era de esperar, el bloqueo por tierra no se correspondió con un bloqueo marítimo que aislara por completo la población. Aunque seguían profesando lealtad al Imperio, no tuvieron más remedio que aceptar los ofrecimientos de ayuda de Dinamarca y Suecia.

El asedio se alargó sin que las tropas de Wallenstein consiguieran avances sustanciales ante la resistencia encarnizada de los habitantes de la ciudad, de manera que el general les ofreció que en

lugar de sus tropas aceptasen una guarnición de soldados de su señor territorial. La asamblea ciudadana lo rechazó, de manera que el 3 de agosto se vio obligado a levantar el sitio, en el primer gran fracaso de Wallenstein y en una derrota indirecta del emperador.

* * *

1628 no fue solo el año del asedio de Straslund, sino que en Francia el conflicto interno entre la corona y los hugonotes estaba llegando a su punto culminante con epicentro en la ciudad marítima de La Rochelle.

La tensión con la población hugonote había ido creciendo a lo largo del reinado de Luis XIII y, a pesar de los intentos de Richelieu por reconducir la política real hacia sendas más conciliadoras, la influencia de los conflictos exteriores entre católicos y protestantes en los Países Bajos y el Imperio tuvieron una influencia cada vez más importante en la radicalización de las posturas y, sobre todo, en una intervención progresivamente más activa de Inglaterra en los asuntos franceses, porque el rey inglés se consideraba garante de los derechos de los hugonotes.

Desde principios de 1627 se había ido enturbiando las relaciones entre los dos países a causa de las acciones de los barcos franceses contra las embarcaciones inglesas que llevaban suministros a los rebeldes holandeses, pero la situación empeoró del todo cuando en el mes julio apareció frente a La Rochelle una flota inglesa con un ejército a bordo, que desembarcó en la isla de Ré y asedió el fuerte principal de la isla. La guarnición estuvo a punto de capitular, pero con un golpe de suerte una flotilla francesa pudo atravesar el bloqueo inglés y abastecer a sus tropas. Los ingleses no contaban con reservas para recibir refuerzos, de manera que cuando los franceses consiguieron desembarcar fuerzas de refresco en un extremo de la isla, el duque de Buckingham, que estaba al mando de la expedición, tuvo que levantar el sitio y reembarcar sus tropas ante el peligro de quedar atrapado entre dos fuegos.

El episodio de la isla de Ré demostró a Richelieu y a Luis XIII que corrían el mismo riesgo que el emperador en Stralsund: la

posibilidad de que una ciudad rebelde se aliara con una potencia extranjera para no someterse a los dictados de su monarca legítimo. Para evitarlo, la corona desplegó un gran ejército frente a las murallas de la ciudad, que quedó aislada por tierra, pero al igual que en el caso de la ciudad báltica, la gran cuestión era si serían capaces de evitar que los barcos ingleses la abastecieran por mar. A finales de noviembre se inició la construcción de un dique que evitaría el acceso desde el mar a la plaza fuerte. En mayo de 1628 los trabajos estaban casi terminados, gracias a las generosas contribuciones del clero, que esta vez no intentó boicotear las medidas tomadas por Richelieu.

La única esperanza de la ciudad radicaba en las promesas de Buckingham de preparar un gran ejército que levantaría el asedio, pero el 23 de agosto de 1628 el favorito inglés fue asesinado por John Felton, un oficial descontento, y todo el esfuerzo de ayuda acabó en un gran fracaso en medio del caos y la desorganización. La rendición no podía tardar y el 1 de noviembre el rey entró en la ciudad, acabando definitivamente con la independencia de las ciudades francesas.

Los dos grandes asedios de este año acabaron de manera muy diferente por la debilidad de Carlos II de Inglaterra frente a la decisión de Cristián IV de Dinamarca y Gustavo Adolfo de Suecia en la ayuda a los sitiados, pero también porque Richelieu y Wallenstein representaban cosas muy diferentes. Ambos controlaban un ejército disciplinado y recaudaban impuestos para mantenerlo, pero Richelieu contaba con el respaldo de la autoridad del estado, mientras que Wallenstein no se sabía muy bien si actuaba en nombre propio o en el del emperador. Además, el francés tuvo la habilidad de dejar claro al resto de ciudades hugonotes que no se estaba dilucidando ninguna cuestión religiosa, sino el sometimiento al poder de la corona. Los habitantes de Stralsund sabían que estaban defendiendo la causa del protestantismo en Alemania, mientras que los de La Rochelle conocían el rechazo que provocaba su actitud entre los hugonotes franceses.

Luis ordenó el derribo de las murallas, canceló los privilegios de la ciudad y devolvió las iglesias al culto católico, pero también aseguró

a los protestantes las libertades religiosas que había concedido su padre y garantizaba que en todos los lugares en que se hubiera establecido una iglesia diferente a la del rey no se haría nada para obligar a un cambio por la fuerza. Richelieu había conseguido preservar la unidad de Francia sacrificando la unidad religiosa, mientras que en Alemania se corría el peligro del desmembramiento del Imperio al no ser capaces dar un paso similar.

* * *

El fracaso en Stralsund y otras ciudades marítimas a lo largo de 1629 demostró a Wallenstein que era necesario firmar la paz con Dinamarca, porque el desgaste que representaba para las tropas mantener durante meses unos asedios que no podían culminar con la rendición de las ciudades era un lujo que no se podía permitir, y por los indicios claros de que Dinamarca y Suecia estaban empezando a actuar juntos en el apoyo a los protestantes del norte de Alemania. Cristián IV, cansado de las desgracias de la guerra y molesto por el apoyo creciente que necesitaba de su antiguo rival escandinavo, fue sensible a los movimientos diplomáticos de Wallenstein y el 22 de mayo firmó la Paz de Lübeck, que devolvía todas sus posesiones patrimoniales, a cambio de renunciar a cualquier reclamación sobre los obispados que su familia controlaba en el Imperio y el compromiso de no entrometerse más en las cuestiones territoriales de la Baja Sajonia.

La firma de la paz con Dinamarca podría haber sido el primer paso para la pacificación del Imperio, si el emperador hubiera sido capaz de ofrecer garantías a sus súbditos protestantes de que se respetarían sus derechos. Pero los consejeros de Fernando estaban divididos: para Wallenstein lo más importante era disipar estos temores y fortalecer el Imperio a través de la lealtad política y no religiosa, y con ello frenar las demandas excesivas de los católicos, mientras que para Maximiliano y la Liga lo más importante era frenar los excesos de las tropas de Wallenstein. La decisión estaba en manos del emperador, que posiblemente era el único que creía que

se podía satisfacer a los soldados y a los sacerdotes sin debilitar su dominio sobre el Imperio.

Su primera decisión fue investir a Wallenstein con el ducado de Mecklemburgo, con lo que se enajenó la buena voluntad de todos aquellos que creían que se habían invadido indebidamente los derechos de soberanía territorial y que no estaban de acuerdo con que el emperador pudiera reemplazar por su propia autoridad a un príncipe del Imperio para favorecer a un soldado victorioso. A continuación se alejó aún más de los protestantes al establecer que no iba a permitir ninguna acción contra la Iglesia católica a menos que se pudieran presentar pruebas concluyentes de que los derechos que se reclamaban estaban amparados por una ley irrefutable. Esta era la misma política que había aplicado en sus dominios patrimoniales y que había provocado una conformidad externa de la población como consecuencia de la presión constante desde el bando católico, aunque la represión violenta había sido mínima. El resultado final fue que el protestantismo acabó siendo una religión proscrita porque, aparentemente, ya no la practicaba nadie.

Las mismas medidas se aplicaron en el Palatinado, pero desde 1628 la presión contra los protestantes fue en aumento y crecieron las expulsiones de párrocos luteranos y las conversiones forzosas. Los comisionados imperiales incluso marcaron para su devolución a la Iglesia católica edificios y propiedades que habían pasado a manos protestantes en territorios en los que no quedaba ningún católico. El siguiente paso fue la obligatoriedad de asistir a misa. Ahora, la pretensión era extender esta política hacia el norte de Alemania a través del fatídico Edicto de Restitución, firmado el 29 de marzo de 1629 y que devolvía al clero católico dos arzobispados y doce obispados, junto con unas ciento veinte fundaciones eclesiásticas de un tamaño más reducido.

Parecía que con el Edicto se certificaba el triunfo definitivo del emperador y del catolicismo, pero en realidad profundizaba la división interna del Imperio y debilitaba al emperador frente a las potencias extranjeras que veían con preocupación su política religiosa represiva que amenazaba la paz general en el continente.

En el norte, Gustavo Adolfo estaba cada vez más preocupado por el creciente extremismo católico del emperador, mientras que en el oeste Richelieu se preparaba para intervenir en contra de los Habsburgo, aunque su primer objetivo era la Monarquía hispánica y no Alemania, pero era consciente que no se podría enfrentar a una rama de la dinastía sin tener que hacerlo, tarde o temprano, con la otra.

El conflicto había estallado en Italia a causa de la muerte sin descendencia del duque de Mantua, siendo el único heredero un pariente muy lejano, el duque de Nevers, cuya familia llevaba mucho tiempo asentada en Francia. España no podía consentir una presencia francesa tan cerca del vital Milanésado, por lo que presionó a Fernando para que retuviera la transmisión de la herencia hasta que pudieran acordar una vía de acción. Sobre el papel, el emperador podía tomar esa decisión, pero en la práctica hacía mucho tiempo que el Imperio no intervenía de esa manera en Italia. Aprovechando que Richelieu estaba ocupado en La Rochelle, las tropas españolas invadieron Mantua en nombre del emperador y asediaron al duque de Nevers en Casale, que era la única fortaleza que conservaba. Esta intervención provocó un gran escándalo en la península y los príncipes italianos, Venecia y el Papa recurrieron a Francia en petición de ayuda. En marzo de 1629, los franceses atravesaron los Alpes, sometieron al duque de Saboya y obligaron al levantamiento del sitio de Casale, pero no pudieron ir más allá porque un nuevo levantamiento hugonote en el sur de Francia desvió de nuevo la atención de Richelieu, que tuvo que regresar rápidamente para sofocar la revuelta.

Durante el verano de 1629, un ejército imperial cruzó los Alpes y puso sitio a Mantua, mientras Spínola reanudaba los ataques contra Casale, lo que provocó el regreso de los franceses durante la primavera del año siguiente, que ocuparon varios pasos alpinos y obligaron de nuevo al levantamiento del sitio de Casale. Pero Richelieu quería evitar un enfrentamiento directo con el ejército combinado imperial y español, de manera que aprovechó la oportunidad para incitar a los holandeses a que iniciasen una fase de

ofensivas militares, teniendo en cuenta que parte de las tropas veteranas de Flandes se encontraban ahora en Italia.

En el norte, Richelieu se interesó en la situación de Gustavo Adolfo, que había llegado a un acuerdo de paz con Polonia y parecía que se estaba preparando para intervenir en Alemania. El hecho de apoyar a una potencia protestante en contra de un emperador católico no era a situación ideal para el cardenal, pero prefería debilitar a los Habsburgo con la ayuda de un protestante a ver cómo aumentaba el poder de la dinastía y se cerraba el cerco sobre Francia. Tampoco le interesaba una victoria de Suecia, sino más bien una guerra de desgaste que no tuviera un ganador claro.

Un elemento fundamental de esta pinza eran las tropas de Wallenstein, que habían aumentado hasta llegar a una cifra cercana a los cien mil hombres, pero cuya relación con el emperador y la Liga católica era cada vez más complicada debido a sus necesidades de financiación y a la actitud de sus tropas, que recaudaban por igual entre burgueses y campesinos, e incluso por las opiniones del propio general que despreciaba cada vez más a los nobles y a los electores. Además, el Edicto de Restitución había aumentado el número de enemigos a vigilar, lo que obligaba a Wallenstein a reclutar nuevas tropas, que provocaban una renovación de las quejas por las exacciones y las recaudaciones. Fernando había permitido el nacimiento de un monstruo que ahora no era capaz de controlar.

El 3 de julio de 1630, Fernando reunió a príncipes y electores en Ratisbona para convencerlos de que nombrasen a su hijo, Fernando, que en aquel momento era rey de Hungría, como Rey de los Romanos, que era el título que recibía el elegido como sucesor en el Imperio. Pero los asistentes se negaron a tomar en consideración la propuesta si antes no se resolvían las quejas contra las tropas de Wallenstein. Los electores le plantearon a Fernando que no estaban dispuestos a someterse al despotismo militar del general y que debía elegir entre Wallenstein y ellos. Como era de esperar, detrás de los electores católicos se encontraba la influencia de Richelieu, que también buscaba que el Imperio se mantuviese neutral en una posible guerra entre Francia y España. Pero bajo las quejas de los

electores no había ninguna propuesta política de fondo para solucionar el problemas de los obispados en manos protestantes en el norte de Alemania.

Durante la celebración de la cumbre en Ratisbona, Gustavo Adolfo desembarcó con su ejército en Pomerania. Cinco años antes se había negado a intervenir si no era con el respaldo de una gran coalición contra los Habsburgo, pero ahora se lanzaba solo en medio del avispero alemán con la seguridad que en el conflicto entre los electores y el clero católico, por un lado, y Wallenstein, por el otro, los príncipes protestantes no tendrían más remedio que acudir a él y respaldarle en su intervención en el Imperio.

En Ratisbona la presión sobre el emperador era tan fuerte que no tuvo más remedio que despedir a Wallenstein, porque Fernando no se podía enfrentar a la Liga, que contaba con el respaldo de Francia, y a un norte protestante en llamas incitado por la intervención sueca. Lo más sorprendente fue que el hombre que estaba al mando del ejército más poderoso de su época, no puso ninguna resistencia y se retiró a la vida privada, seguramente pensando que a no mucho tardar volverían a necesitarlo. Sin embargo, esta destitución no fue el único sacrificio que Fernando se vio obligado a hacer, puesto que tuvo que reconocer al duque de Nevers como duque de Mantua para ganarse la neutralidad de Francia en el conflicto con Suecia.

Tilly fue nombrado comandante en jefe del ejército imperial, que ahora estaba formado por las antiguas tropas del propio Tilly y las de Wallenstein, pero los hábitos y los sentimientos diferenciados, y a veces contrapuestos, de los dos ejércitos no auguraban nada bueno para el futuro.

El huracán sueco (1630-1635)



Retrato de Gustavo Adolfo de Suecia, atribuido a Jacob Hoefnagel.

LOS SUECOS QUE habían desembarcado en las costas de Pomerania eran un ejército de número más reducido que el imperial, pero muy disciplinados e imbuidos del mismo entusiasmo religioso y patriótico de su rey, al que habían seguido en multitud de campañas en Polonia y en el Báltico, y confiaban totalmente en el genio militar de su rey Gustavo Adolfo.

El primer paso emprendido por Gustavo Adolfo fue asegurar una buena base de operaciones a la largo de la costa de Pomerania y Mecklemburgo, despejándola de guarniciones imperiales y buscando la complicidad del anciano duque de Pomerania. Sin embargo, no parecía que los príncipes protestantes del norte estuvieran dispuestos a apoyarlo, sino que intentaban mantener una postura de neutralidad en el enfrentamiento entre el emperador y el rey de Suecia, porque para la mayoría cualquier acción en contra del emperador seguía siendo una deslealtad contra el Imperio. Sin embargo, Gustavo Adolfo estaba seguro que Fernando seguiría cometiendo errores que le enajenarían aún más la buena voluntad de los príncipes protestantes.

Por el lado francés, Richelieu tuvo que sofocar un golpe de estado palaciego encabezado por la reina madre, María de Médici, del que salió fortalecido y dispuesto a cerrar un acuerdo con Suecia que pusiera en dificultades al emperador, que seguía disponiendo de un ejército enorme que prefería ver ocupado lejos de las fronteras francesas. El 23 de enero de 1631 firmaron el Tratado de Bärwalde entre Francia y Suecia, que aseguraba a Gustavo Adolfo apoyo financiero durante cinco años y le comprometía a respetar las constituciones del Imperio en su situación anterior a las victorias de Fernando y a no actuar contra la religión católica allí donde estuviera bien establecida.

Cerrado el acuerdo con Francia, quedaba pendiente que los príncipes protestantes tomaran la decisión de respaldar a Suecia bajo la dirección de Juan Jorge de Sajonia, que seguía indeciso ante una resolución trascendental. El elector de Sajonia se enfrentaba a un dilema que lo conducía a dos situaciones que le parecían negativas: por un lado, respaldar al emperador significaba el triunfo de una religión que consideraba falsa, pero, por el otro, respaldar al rey sueco representaba renunciar a cualquier posibilidad de unidad en Alemania porque se profundizaría en la ruptura entre católicos y protestantes. Si vencía el emperador, se consolidaría el orden existente, mientras que la victoria sueca garantizaba la destrucción de las instituciones del Imperio sin que se vislumbrara cómo podría ser el sistema que lo sustituyese. De las ruinas de lo viejo podía surgir algo completamente nuevo y mejor, pero no existía ninguna garantía de que fuera así.

En marzo se convocó una gran asamblea protestante en Leipzig que hizo un llamamiento al emperador para que retirase el Edicto de Restitución, lo que le garantizaría la lealtad de los estados protestantes al Imperio. Pero esta vez acompañaron la petición de un paso hacia el reclutamiento de un ejército propio.

La difusión del contenido del Tratado de Bärwalde y la asamblea de Leipzig convencieron a Maximiliano y a la Liga de que debían actuar de inmediato, de manera que enviaron a Tilly al norte para combatir al rey sueco. El veterano general actuó con rapidez e intentó situarse entre Gustavo Adolfo, que se encontraba en Pomerania, y su lugarteniente Horn, que estaba en Mecklemburgo. Si conseguía dividir al ejército sueco podría derrotarlo por partes. El 29 de marzo ocupó Nuevo Brandeburgo a pesar de la guarnición sueca de dos mil hombres, pero Gustavo fue más rápido y unió sus fuerzas a las de Horn para presentar un frente unido ante el avance de Tilly, que fue empujado de regreso al Elba, mientras el resto de las fortalezas bálticas y la importante ciudad de Fráncfort del Oder caían en manos del invasor.

El premio gordo de la campaña era la ciudad de Magdeburgo, que se había unido al rey sueco, pero a cuyo alrededor se estaban acumulando las tropas imperiales, que ahora recibían los refuerzos

del ejército que estaba abandonando Italia tras la firma de un tratado de paz entre Francia y el Imperio. Gustavo Adolfo no se atrevía a aventurar a su ejército para liberar la ciudad si no contaba con el apoyo de Sajonia y Brandeburgo. La suerte de la ciudad estaba echada, pero cuando el 20 de mayo de 1631 las tropas imperiales entraron en la ciudad, el saqueo adquirió cotas de horror rara vez alcanzadas y se convirtió en uno de los episodios más trágicos de una guerra ya de por sí llena de episodios espeluznantes. Ya fuera de manera intencionada o por accidente, algunas casas estallaron en llamas y, en medio de la excitación y del terror del saqueo, nadie pensó en detener el avance del fuego. Los conquistadores, enfurecidos porque un enemigo inesperado les estaba arrebatando el botín, se inflamaron aún más y desencadenaron una oleada de asesinatos y violaciones que cubrieron de gritos la ciudad hasta que fueron engullidos por el rugido de las llamas. En pocas horas la ciudad quedó convertida en una ruina ennegrecida, a excepción de la catedral y algunas casas a su alrededor. Bajo las cenizas yacían los huesos calcinados de hombres, mujeres y niños. La noticia corrió como la pólvora por toda Alemania, despertando la indignación de todos, en especial de los protestantes, que responsabilizaron personalmente a Tilly de la monstruosidad del suceso. Resulta muy dudoso que se le pueda achacar la responsabilidad del incendio, y la experiencia certificaba que era totalmente imposible controlar a los soldados cegados por el ansia de botín. Pero el emperador era responsable de la política que había conducido hasta la destrucción de Magdeburgo y ni siquiera el horror del saqueo le hizo reconsiderar la imposición del Edicto de Restitución.

El terror se extendió por las ciudades del sur de Alemania que, como Augsburgo y Núremberg, se disponían a protestar contra la aplicación del Edicto y ahora guardaron silencio. Magdeburgo agotó la paciencia de Gustavo Adolfo, que se plantó ante las murallas de Berlín y a punta de cañones obligó a su cuñado a renunciar a la neutralidad. Juan Jorge de Sajonia no iba a ser tan fácil de convencer, pero fue el primer paso de un goteo constante de príncipes protestantes que se decantaban lentamente por el bando

sueco. Las fuerzas adicionales que pudo reunir le fueron de poca ayuda y se vio obligado a atrincherarse para rechazar un ataque de Tilly a orillas del Elba. Las dificultades y las enfermedades estaban reduciendo sus filas, y a menos que recibiera ayuda no podría resistir mucho más.

La ayuda se la proporcionó la miopía política de Fernando al ordenar que las tropas de Tilly devolvieran al redil imperial la neutralidad de Juan Jorge de Sajonia. El 18 de agosto Tilly recibió sus órdenes y el 24 le ordenaba al elector que depusiera las armas contra el Imperio o se uniera a la lucha contra la invasión extranjera. La respuesta del elector no fue satisfactoria y Tilly, más soldado que político, decidió cumplir órdenes e invadió Sajonia y ocupó Leipzig. Juan Jorge estaba indignado y ofreció su alianza a Gustavo Adolfo, que aprovechó la oportunidad para reforzarse con las tropas sajonas y las de Brandeburgo con el objetivo de enfrentarse a Tilly.

Tilly era un comandante excelente de la vieja escuela española, experto en la disposición de las formaciones cerradas que se apoyaban en el número para desalojar al enemigo del campo de batalla, mientras que Gustavo Adolfo era un innovador que confiaba en la flexibilidad y la movilidad, con cañones y mosquetes de menor calibre pero manejo más fácil, que incrementaban la rapidez y potencia del fuego. Además, sus tropas formaba con tres filas de profundidad, lo que les permitía maniobrar con precisión milimétrica y superar las columnas cerradas de los imperiales.

En la mañana del 17 de septiembre, suecos y sajones formaron frente al ejército de Tilly cerca de la aldea de Breitenfeld, a una veintena de kilómetros de Leipzig. Tilly atacó con sus veteranos el ala izquierda protestante formado por las bisoñas tropas sajonas, que huyeron en desbandada, aunque Horn pudo contener el ataque para que no se convirtiera en una masacre. Mientras tanto, una carga de caballería encabezada por Gustavo Adolfo destrozaba la caballería católica. Entonces hizo avanzar el centro, que capturó la artillería de Tilly y la volvió contra sus anteriores propietarios. Las descargas de artillería y de mosquetería suecas provocaron una matanza que elevó las pérdidas imperiales a seis mil hombres. Los veteranos de Tilly formaron alrededor de su general y consiguieron

retirase con cierto orden, levantando la admiración de los suecos por su firmeza y valentía.

La derrota de Tilly en Breitenfeld fue la tumba del Edicto de Restitución porque era la primera vez que las tropas imperiales sufrían una derrota tan severa desde el inicio de la guerra en Bohemia. La alegría de la Alemania protestante fue inmensa ante este giro del destino que les había llevado de derrota en derrota hasta esta victoria incontestable gracias a un rey extranjero. Incluso Wallenstein se alegró de la derrota de su antiguo rival y le agradeció a Gustavo Adolfo que lo hubiera vengado de la Liga que lo había menospreciado y del emperador que lo había abandonado, y se ofreció como general en su ejército si lo ponía al mando de doce mil suecos y estaba dispuesto a derrocar al emperador. Sin embargo, no llegaron a ningún entendimiento porque tenían visiones muy diferentes del futuro de Alemania: mientras que para Wallenstein se trataba de crear un ejército que gobernase el Imperio, Gustavo Adolfo era un estadista que quería derrotar al emperador para cumplir las ambiciones personales y nacionales de su país y para proteger a los protestantes alemanes en su afán por conservar sus creencias en libertad. Estos príncipes se integrarían en un *Corpus Evangelicorum*, que podría ser el germen de una organización alemana más amplia, pero que podía cumplir la función de dar continuidad a las instituciones imperiales. Wallenstein quería sustituir el estado por un ejército, mientras que Gustavo Adolfo pretendía cambiar estado por estado.

Tras la victoria, el rey sueco decidió marchar hacia el Rin y envió al elector de Sajonia a avivar los rescoldos de la revuelta en Bohemia. Su idea no era vivir sobre el terreno ni establecer un sistema fiscal parecido al de Wallenstein, sino presentarse como libertador de los protestantes y beneficiarse de su apoyo entusiasmado. Por eso emprendió el camino del Rin para liberar al Palatinado y no se encaminó hacia Viena para conquistar la capital de los Habsburgo, como le recomendaba su prudente canciller Axel Oxenstierna. De todas formas, en aquella época el dominio de la capital no garantizaba la supremacía sobre un territorio. Además, también pesaron en la decisión del rey que Tilly se hubiera retirado en esa

dirección y que además de los principados protestantes también podría encontrar los ricos obispados católicos que había visitado durante su viaje de incógnito unos años antes. Eso sí, evitaría enfrentarse a las tropas españolas que guarnecían algunas zonas del Rin y se mantendría a una distancia prudencial de Francia, no se trataba de buscarse más enemigos de los que ya tenía.

El avance del ejército sueco fue de victoria en victoria, liberando a los protestantes y saqueando las tierras católicas, que abundaban en una riqueza que era ajena a los duros hombres del norte. Parece que su intención habría sido repartir los territorios católicos entre sus hombres y los príncipes protestantes, garantizando que se respetaría la fe católica de sus habitantes. Pero no existe ninguna seguridad sobre las intenciones finales de Gustavo Adolfo. Esta desposesión de los eclesiásticos alemanes alarmó a Richelieu, que presentó una protesta formal ante el rey sueco, que se vio obligado a abrir negociaciones con la Liga que fue dilatando en el tiempo. A Luis XIII y su valido no les hacía ninguna gracia la aparición de una nueva potencia en el centro de Europa: habían apoyado al rey sueco, pero no se habían esperado semejante despliegue de victorias que no les convenían en absoluto. Una cosa era debilitar a los Habsburgo y otra muy diferente sustituirlos por los Vasa. Esta actitud dubitativa de Francia convenció a Gustavo Adolfo de que debía consolidar su posición en el Imperio.

El avance sueco se detuvo el 14 de abril en el paso del Lech, que estaba custodiado por las bien atrincheradas tropas de Tilly. Parecía que los defensores llevaban las de ganar, pero Gustavo Adolfo barrió sus posiciones con un terrible fuego de artillería y cruzó el río ante las mismas barbas del enemigo. En el transcurso de la batalla, Tilly fue herido por un disparo de cañón por encima de la rodilla y sus amigos lo retiraron a Ingolstadt, donde murió a los setenta y tres años sin lograr cumplir su último cometido: detener el avance de los suecos.

Gustavo Adolfo siguió adelante y llegó hasta Múnich. El día que entró en la ciudad le acompañaba Federico, el elector palatino exiliado que podía saborear el triunfo sobre su antiguo enemigo. El rey sueco le ofreció a Federico la restitución de sus posesión a

cambio del permiso para mantener guarniciones suecas en sus fortalezas mientras durase la guerra y que se diera libertad de culto a luteranos y calvinistas. Ante esta última exigencia, el calvinismo estrecho de miras de Federico se resistió y, cuando unos meses después moría en Maguncia, seguía siendo un vagabundo sin hogar. En Múnich, Gustavo Adolfo exigió una gran contribución para financiar a su ejército, y cuando se enteró que Maximiliano había enterrado una gran cantidad de armas en el arsenal, los campesinos bávaros se alegraron de que el invasor extranjero les pagase por el trabajo de desenterrar las armas. Durante esta estancia mantuvo a sus tropas bajo una disciplina férrea y tuvo especial cuidado de que no se insultase en ningún momento la fe católica de los bávaros.

Tras abandonar la ciudad, a excepción de los dominios patrimoniales de los Habsburgo, toda Alemania estaba a sus pies y sabía que no tenía por delante ninguna fuerza militar capaz de frenar su avance. La resistencia que había encontrado durante su recorrido había sido menor y la expedición de Juan Jorge a Bohemia se podía calificar de paseo militar con un recibimiento entusiasta en Praga. Ni siquiera Baviera había ofrecido resistencia.

Fernando necesitaba ayuda con urgencia, pero en el exterior solo podía mirar a la Monarquía hispánica, que no tenía demasiado margen de actuación por el conflicto en los Países Bajos y la estrecha vigilancia de Francia. Algo de dinero y muchos consejos era lo máximo que podía ofrecer. El despido de Wallenstein había sido un error y el embajador español presionó para su restitución, al igual que Eggenbert, que había sido su antiguo protector en la corte.

Tras la batalla de Breitenfeld, Wallenstein había roto las negociaciones con Gustavo Adolfo, porque se dio cuenta de que en el esquema político del sueco él solo iba a jugar un papel secundario y que la imagen que tenía el rey de Alemania era muy diferente de la dictadura militar que vislumbraba el general bohemio. Con la llegada de los sajones a Bohemia y conociendo las reticencias que había tenido Jorge Juan para unirse a la revuelta, Wallenstein planteó un nuevo esquema en el que se podría recuperar la lealtad del elector si se conseguía convencer al emperador de que renunciase al Edicto de Restitución. Con ello se podría recobrar la

unidad de Alemania bajo el emperador, en realidad bajo su general, y expulsar a los invasores. En noviembre de 1631 se reunió con su antiguo lugarteniente Arnim, que ahora era el comandante en jefe sajón, para discutir las posibilidades de futuro. Poco después recibió la visita de Eggenberg, que intentó convencerlo de que volviese a aceptar el mando. Wallenstein aceptó con la condición de que las tierras eclesiásticas quedaran en su estado anterior a la proclamación del Edicto y de que cualquier ejército que se introdujera en el Imperio debía estar obligatoriamente bajo su mando. Además, tendría derecho a confiscar y perdonar, de manera que trataría directamente con los príncipes que se negaran a renunciar a la alianza con Suecia y los destituiría, creando una nueva nobleza que se lo debería todo solo a él. En cuanto a su situación personal, si no se podía recuperar Mecklemburgo, se le proporcionaría otro territorio principesco en cualquier otro lugar. Su poder no se fundaba en la tierra sino en el ejército.

El ejército que formó a su alrededor no era imperial ni austríaco ni alemán, sino que consistía en una amalgama de hombres procedentes de todos los rincones de Europa que se reunían porque él los había llamado y que confiaban en él por su capacidad como estratega y como administrador. No existía ninguna limitación para unirse al ejército de Wallenstein más que la capacidad y la habilidad con las armas. Al principio su mando se limitó a tres meses, pero en abril se extendió de manera indefinida. El emperador quedó prácticamente como una figura decorativa y el poder descansó en manos de un verdadero dictador militar.

Su primer movimiento se dirigió contra los sajones, ofreciéndoles la derogación del Edicto de Restitución, pero al mismo tiempo cayendo sobre la guarnición sajona en Praga y obligándola a rendirse. El mensaje era claro: la oferta de paz tenía fecha de caducidad y estaba respaldada por las armas. Las tropas imperiales tardaron muy poco en desalojar a los sajones de Bohemia. Pero Juan Jorge era un hombre de palabra y, aunque ansiaba la paz y se había unido de mala gana a la guerra, le había prometido a Gustavo Adolfo que no negociaría con el enemigo sin su consentimiento. Por ello le envió la propuesta de Wallenstein.

El rey sueco estaba dispuesto a cambiar sus planes sobre la marcha siempre que se mantuvieran los objetivos últimos. Si Wallenstein y Juan Jorge podían llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes sobre la cuestión religiosa, él solo esperaba la cesión de una parte de Pomerania, para protegerse de ataques navales futuros desde los puertos bálticos. El elector de Brandeburgo tenía derechos sobre Pomerania, pero se conformaría con algunos obispos en manos protestantes, y se debía formar una Liga Protestante que estaría estrechamente relacionada con Suecia. Estas peticiones podían despertar oposición, pero el problema principal radicaba en el último punto, porque Wallenstein pretendía restaurar la unidad del Imperio bajo su dirección, no dejarlo en manos del sueco. La desconfianza entre todas las partes era evidente y las dudas de Juan Jorge también.

Antes de recibir la respuesta del elector sajón, la guerra se volvió a encender cuando Wallenstein abandonó Bohemia para dirigirse hacia Núremberg, que Gustavo Adolfo se dispuso a defender. Aquí volvió a formular la idea de una unión política de las ciudades protestantes que respaldasen las acciones militares suecas, pero tuvo tan poco éxito con los burgueses de Núremberg como antes con el elector. Los dirigentes de la ciudad proponían la convocatoria de una reunión general de todos los interesados antes de tomar una decisión tan trascendental, provocando la exasperación del rey, que ya conocía la inutilidad e ineficacia de dichas reuniones.

Mientras tanto aparecieron los sesenta mil hombres de Wallenstein y Gustavo Adolfo tuvo que retirar con urgencia todas las guarniciones que había establecido a lo largo del Rin, que se veían presionadas por las tropas españolas que habían acudido en ayuda del emperador. Cuando Richelieu vio los movimientos de las tropas españolas movilizó a su ejército, reduciendo la presión sobre la retaguardia sueca. Con la situación controlada, Gustavo Adolfo se dispuso a enfrentarse a Wallenstein, pero este recurrió a su táctica habitual de atrincherarse y esperar el ataque del enemigo o una ventaja que le diera una gran superioridad numérica.

Mientras tanto, la acumulación de tropas y de refugiados del campo en la ciudad había provocado la aparición de epidemias. La

situación llevó a un relajamiento de la disciplina de la que tanto se enorgullecía Gustavo Adolfo y las tropas alemanas bajo sus órdenes empezaron a saquear los alrededores, lo que provocó un estallido de furia del rey, que redobló los castigos. Aun así, la situación era insostenible, y el 3 de septiembre Gustavo Adolfo condujo a su ejército hasta las trincheras de Wallenstein, pero su disposición era tan precisa y estaban tan bien defendidas, que el rey renunció al ataque, y Wallenstein no se atrevió a una salida como en Dessau. La falta de suministros le obligó a seguir hacia el norte.

Wallenstein también levantó su campamento y se dirigió a Sajonia con la intención de saquearla a fondo con el objetivo de separar al elector de la alianza con Suecia y, evidentemente, de atrincherarse antes de la llegada de los suecos. Pero esta vez Gustavo Adolfo fue más rápido y encontró a Wallenstein antes de que terminara sus fortificaciones en Lützen. Además cometió el error de permitir que su lugarteniente Pappenheim se llevase parte de las tropas para tomar Halle. Pero como ya era bien entrado el mes de noviembre, pensó que el rey sueco se sentiría satisfecho con lo conseguido y se retiraría a sus cuarteles de invierno.

A primera hora de la mañana del 16 de noviembre los suecos estaban delante de las trincheras de Wallenstein, que tendrían que asaltar porque sabían que los imperiales no se iban a mover. Tras las oraciones matinales, a las 11 se despejó la niebla y el rey montó en su caballo para encabezar la carga contra las trincheras. La feroz carga de caballería por el flanco derecho rompió las líneas enemigas, pero las reservas imperiales hicieron retroceder la infantería sueca en el centro. Gustavo acudió en su rescate, pero dejó atrás a sus mejores jinetes y en medio de la niebla que había vuelto a aparecer se lanzó de cabeza contra un regimiento de coraceros, que lo descabalaron y mataron de un disparo en la cabeza. Al enterarse de la muerte de su rey, los suecos redoblaron su ataque y se desencadenó una lucha encarnizada en la que también murió Pappenheim, que había regresado al galope con la caballería, adelantando a sus tropas de infantería, que llegaron demasiado tarde para evitar la primera derrota de Wallenstein, que tuvo que ordenar la retirada.

Con la muerte del rey no terminaba la intervención sueca en la guerra alemana, pero llegaba a su fin el impulso político para unir a los principados protestantes en una institución que pudiera complementar o sustituir las antiguas instituciones del Imperio. Los objetivos de Gustavo Adolfo siempre tuvieron presente los intereses de Suecia en el Báltico y posiblemente su afán último habría sido algún tipo de confederación o unión del Báltico bajo la dirección de Suecia. Sus acciones en Alemania habían permitido la eliminación del Edicto de Restitución y la reaparición de Wallenstein como un factor político a tener muy presente en el desarrollo futuro del Imperio. Sin olvidar su deseo de proteger el protestantismo de cualquier ataque procedente del ámbito católico, tanto en el Imperio como en el concierto internacional.

La muerte del rey también tuvo consecuencias en Suecia y en el ejército desplazado a Alemania. En Suecia la sucesión al trono estaba garantizada en su hija Cristina, que aún era menor de edad, y la regencia fue asumida sin discusión por el canciller Oxenstierna. Pero a pesar de su prudencia y olfato político, el control del ejército fue mucho más problemático que el de la administración, porque ahora los jefes militares no estaban sometido al poder de un soldado, sino de un civil, y algunos de ellos, en especial el joven Bernardo de Weimar, empezó a exigir la recuperación de un puesto entre los príncipes alemanes que debería disfrutar por derecho la rama más antigua de la casa de Sajonia y recibir un ducado a partir de la unión de varios obispados, siguiendo el ejemplo de Wallenstein. Oxenstierna se vio obligado a aceptar estas exigencias porque quería garantizar la integridad del ejército en un momento en que la guerra seguía su curso.

El 23 de abril de 1633 se firmó la Liga de Heilbronn entre los círculos de Suabia, Franconia y el Alto y Bajo Rin, junto con Suecia, para el apoyo y la defensa mutua. Llama la atención la defección del elector de Sajonia, que se seguía resistiendo a la usurpación de tierras a sus soberanos legítimos y también consideraba que la prolongación de la guerra aumentaba el riesgo de una intervención francesa que, desde su punto de vista, sería catastrófica para el futuro del Imperio.

Pero Francia volvía a tener problemas que mantenían muy ocupado a Richelieu. En 1631 la aristocracia feudal volvió a mostrarse en contra de la autoridad real y en marzo el hermano del rey, Gastón, duque de Orleans, huyó del país, seguido en el mes de julio por su madre, María de Médici, para refugiarse en los Países Bajos españoles, donde formaron una alianza con la Monarquía hispánica y elaboraron mil y una intrigas con la nobleza francesa. Richelieu inició una purga de la corte que acabó con el duque de Guisa en el exilio en Italia, el guardián de los sellos en prisión y el mariscal de Francia en el cadalso.

En el verano de 1632, Gastón organizó un levantamiento de la nobleza en el sur de Francia, que estaba dirigido por el duque de Montmorency, que pagó su derrota con la cabeza. Gastón fue perdonado por su hermano y pudo seguir con sus intrigas, ahora totalmente inocuas. La mano dura de Richelieu sirvió para controlar las aspiraciones de la nobleza y exaltar el poder de la corona con el apoyo de la burguesía comercial e industrial, que empezaba a despuntar en las ciudades. Su gobierno coincidió también con una renacimiento del arte y la ciencia en Francia, con autores como Corneille o pensadores como Descartes.

Esta dureza con la oposición interna también se trasladó a la política exterior, en la que Richelieu se dedicó a defender los intereses de Francia, que consistían básicamente en debilitar a los Habsburgo, buscando alianzas con todos aquellos grupos, individuos y países que podían desgastar el poder del emperador y de la Monarquía hispánica. En esta aplicación de la «razón de estado» se alió con los protestantes a pesar de rechazar el protestantismo, porque no consiguió una alianza con los príncipes católicos alemanes que le hubiera podido servir a su objetivo de debilitar al emperador.

La diferencia esencial entre Gustavo Adolfo y Richelieu era que el rey sueco tenía un plan para Alemania, que podía parecer parcial e insatisfactoria, pero que intentaba ayudar a resolver los problemas del Imperio, mientras que Richelieu no pretendía solucionar nada sino mantener el estado de división interna y debilidad que favorecía los intereses de su país.

El elector de Sajonia ya había iniciado negociaciones con Wallenstein y en junio la paz estaba casi concluida con los siguientes términos: cancelación del Edicto de Restitución, cesión a Suecia de algunos puertos en la costa del Báltico y devolución de, como mínimo, una parte del Palatinado al hijo de Federico, que al morir durante el invierno anterior había eliminado uno de los grandes obstáculos para alcanzar un acuerdo. Los protestantes conseguían todo lo que razonablemente podían ganar teniendo en cuenta la situación militar y el emperador tenía una oportunidad para cerrar el frente interno y concentrarse en la expulsión de las tropas suecas. Quedaba pendiente el mecanismo para devolver el Palatinado a su legítimo heredero, pero aquí intervino la ambición personal de Wallenstein, que propuso resolver la espinosa cuestión del Palatinado concediéndose el principado en justa recompensa por la pérdida de Mecklemburgo. Esta solución disgustó a todos los implicados y le hizo perder el apoyo del embajador española, que había apoyado su regreso al servicio imperial. Fernando, influido por la opinión contraria de su confesor, el padre Lamormain, también se opuso al acuerdo global.

A pesar de este revés, Wallenstein creía que a la cabeza de su ejército podía actuar como si fuera un poder independiente y abrió una vía de diálogo con el regente sueco Oxenstierna solicitando los términos para una acuerdo razonable, sin importar si contaba o no con la aceptación del emperador. Pero una propuesta de este tipo solo es posible si existe confianza entre las partes y a estas alturas nadie confiaba ya en Wallenstein. En consecuencia, la respuesta del regente fue que si Wallenstein estaba dispuesto a unirse a Suecia en contra del emperador, lo mejor sería que comenzase los ataques. No podemos tener la seguridad de que Wallenstein estuviera valorando seriamente el cambio de bando, pero se había colocado en una posición muy peligrosa. Su respuesta fue expulsar las guarniciones suecas de Silesia y presentarse en la frontera de Sajonia para ofrecer de nuevo la paz al elector, pero en diciembre regresó nuevamente a Bohemia.

En Viena habían ido creciendo las voces en contra de Wallenstein: los miembros del Consejo de Guerra que se sentían ignorados, los

jesuitas que predicaban en contra de cualquier negociación con los herejes, los seguidores de Maximiliano de Baviera que lo acusaban de poco interés en defender sus tierras y el embajador español que estaba cansado de escuchar que el general bohemio resolvería todos los asuntos de importancia, pero que se había negado a facilitar el paso de las tropas del cardenal-infante que debían recorrer el Camino Español entre los Alpes y los Países Bajos. Wallenstein no había conseguido convencer a casi nadie de la bondad de sus planes para el Imperio, pero había tenido la habilidad de ganarse la animadversión de todos los que rodeaban al emperador. Pero él siguió insistiendo en la necesidad de presión a Fernando para que aceptase los términos de una paz que consideraba razonable, confiando en el apoyo que le habían garantizado los generales de su ejército.

El embajador español Oñate estaba convencido de que Wallenstein estaba planeando algún movimiento desesperado que sería perjudicial para la causa del catolicismo y la unidad de la casa de los Habsburgo, aunque no pudo persuadir a Fernando de que su general ya no era de fiar. Hacia finales de enero recibió informes de que la situación era mucho peor de lo que se imaginaba porque Wallenstein había intrigado con los exiliados bohemios que le habían ofrecido la corona de Bohemia con el consentimiento de Richelieu. Posiblemente los informes exageraban, pero estaba claro que le habían hecho la propuesta, aunque no era seguro que la hubiera aceptado. En cualquier caso, tampoco había informado al emperador, lo que hacía sospechar que era una de las cartas que se guardaba para utilizarla o no a su conveniencia. Oñate informó a Eggenberg y después al emperador, que recibió la información con recelos, aunque era una prueba más de que el general estaba actuando con total independencia. Esta fue la gota que acabó con la indecisión de Fernando, que aún no había dado respuesta a la propuesta de paz con Sajonia. Ahora decidió seguir la guerra con el respaldo de los españoles y destituir a Wallenstein de su cargo de general. El ejército quedaría en manos del general Matthias Gallas, con la intención de que el joven rey de Hungría, heredero de Fernando, se hiciera cargo del mando supremo. Pero era mucho más fácil decirlo

que hacerlo, porque una destitución fulgurante de Wallenstein podía provocar un motín en su ejército. Por ello, a principios de febrero se establecieron negociaciones con los tres generales principales de las tropas del bohemio, Gallas, Ottavio Piccolomini y Johann von Aldringen, que expresaron su disposición a obedecer al emperador. Estos generales se comprometieron a detener al general y llevarlo a Viena para que respondiera de la acusación de traición. Pero Oñate vaticinó que sería más fácil matarlo que capturarlo.

El 7 de febrero Aldringer y Piccolomini fueron a Pilsen con la intención de detenerlo, pero lo encontraron rodeado por una guarnición fiel, de manera que ni siquiera lo intentaron. El 19, Wallenstein convocó a los coroneles para garantizarles el reembolso del dinero que habían adelantado para el reclutamiento de sus regimientos y les aseguró que se había difundido la noticia falsa de que quería cambiar de religión y atacar al emperador, cuando en realidad su única intención era concluir una paz beneficiosa para el Imperio. Como sabía que contaba con la oposición de algunos miembros de la corte, los había reunido para conocer la opinión del ejército y saber si podía contar con su apoyo. Al día siguiente firmaron un acuerdo por el que se comprometían a defenderlo contra las maquinaciones de sus enemigos, siempre que no emprendiese ninguna acción contra el emperador o la religión católica.

Wallenstein contaba con el apoyo del ejército y la colaboración del elector de Sajonia, junto con una presión creciente sobre Oxenstierna, para conseguir que los ejércitos sobre el terreno declararan la paz, de manera que Fernando se viera obligado a abandonar a los españoles y aceptar los términos planteados. Pero Oñate no había estado ocioso y había repartido generosamente el oro español entre los coroneles para asegurarles que un cambio de mando no alteraría su posición ni los acuerdos alcanzados.

El día antes de la reunión en Pilsen se publicó finalmente una declaración acusando a Wallenstein de traición y retirándole el mando del ejército. Antes de conocer la noticia, el general había convocado una gran concentración de tropas para el día 21 en la Montaña Blanca a las afueras de Praga, pero la guarnición se negó a

obedecerle y se declaró favorable al emperador. A pesar de esta primera advertencia de que la devoción del ejército hacia su persona no era tan monolítica como él pensaba, convocó una nueva reunión de coroneles en Eger, población a la que llegó el día 24 de febrero. No está claro cuál era el plan que Wallenstein quería exponer a sus coroneles, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque Piccolomini había ordenado que se capturara al general vivo o muerto. La noche del 25 de febrero se celebró un banquete en honor de Wallenstein en el que fueron asesinados tres de sus generales más fieles, mientras él se encontraba en sus estancias, donde irrumpieron varios soldados, encabezados por el capitán irlandés Walter Devereux, que asesinaron a Wallenstein.

Con su muerte desaparecía una de las figuras principales de la guerra y uno de los pocos protagonistas de la misma que había intentado plantear una solución al conflicto religioso e institucional que había provocado el caos en el Imperio. Su propuesta estaba condenada al fracaso porque no era un general victorioso que se colocaba al frente de las instituciones civiles para reformarlas o mejorarlas, sino que pretendía sustituirlas por el ejército. En este sentido, Wallenstein no dejó de ser nunca un soldado y no supo actuar como estadista, como sí era el caso del rey Gustavo Adolfo. A pesar de este error de perspectiva, su concepción de un Imperio en el que lo importante fuera la lealtad política y no la unidad religiosa, en la línea de la política de Richelieu en Francia, era el camino correcto para alcanzar un acuerdo de paz que pudiera satisfacer a los dos bandos religiosos en lucha, pero se vio coartado por la estrechez de miras del emperador y de su entorno. Por esta razón, Wallenstein se ha convertido en una figura destacada y en un referente de la historia alemana.

De todas formas, la muerte de Wallenstein no terminó con la guerra, pero permitió colocar al ejército bajo el mando del hijo del emperador, el rey de Hungría, y permitir la entrada de las tropas españolas del cardenal-infante, que estaban esperando en el Tirol su paso hasta Flandes. Mientras tanto, en el bando protestante crecía la división entre el elector de Sajonia, que esperaba saber si se mantenían los términos de paz ofrecidos por el general, y la Liga de

Heilbronn, que tampoco era unánime sobre el curso a seguir. La consecuencia fue que las tropas imperiales avanzaron con rapidez hasta encontrarse con el enemigo a las afueras de Nördlingen, donde el 6 de septiembre se libró una batalla que dejó diez mil muertos y seis mil prisioneros protestantes, mientras que los católicos solo perdieron mil doscientos hombres. Semejante desastre permitió que los imperiales recuperaran todos los obispados católicos del sur de Alemania. En 1635 todo el sur estaba en manos de los comandantes imperiales.

Pero las consecuencias de la batalla de Nördlingen iban a ser mucho más profundas en diversos aspectos que iban a condicionar el futuro de la guerra. Por un lado, la Liga de Heilbronn cayó totalmente en manos de Francia, que aportaba los fondos necesarios para su mantenimiento y que de esta manera se convirtió en un satélite de los intereses franceses en el escenario europeo. El elector de Sajonia perdió toda esperanza de obtener los términos que le había ofrecido Wallenstein, pero el emperador también había aprendido algo de la experiencia y dejó caer en el olvido el Edicto de Restitución, pero se negó a volver a la situación anterior. Se tomó como punto de partida el año 1627, de manera que la mayoría de los obispados del norte quedarían en manos protestantes, pero Halberstadt y el Palatinado se perderían para siempre para el protestantismo. El elector de Sajonia recibiría definitivamente Lusacia y el protestantismo en Silesia quedaba bajo la protección del emperador. El luteranismo seguiría siendo la confesión privilegiada, de manera que los príncipes calvinistas no recibirían ninguna seguridad de que se respetarían sus creencias.

El 30 de mayo de 1635 los representantes del emperador y del elector de Sajonia firmaron en Praga un tratado que fijaba estos términos, que se pretendía que fuera el punto de partida para una pacificación general. La mayoría de los príncipes y ciudades lo aceptaron y reconocieron la supremacía del emperador. Pero el tratado no entusiasmó a nadie y dio razones para seguir la lucha a todos aquellos que quedaban excluidos de su redactado. El tratado certificaba el final de los diversos proyectos de reforma y reorganización del Imperio, de manera que la guerra se convirtió

cada vez más en una lucha por la supremacía europea entre suecos, franceses, españoles y austríacos, o en una lucha dinástica entre Habsburgos y Borbones. La disciplina que habían intentado mantener Gustavo Adolfo y Wallenstein en sus ejércitos y que permitía limitar los saqueos y la devastación de la guerra se perdió por completo y se entró en una nueva fase de barbarie que quedó profundamente inscrita en la conciencia de los contemporáneos.

El predominio francés (1635-1648)



Retrato del Cardenal Richelieu, por Philippe de Champaigne.

LA INTENCIÓN DE los acuerdos adoptados en Praga era restaurar el Imperio en su situación anterior a la guerra, pero desde 1618 habían ocurrido muchas cosas que habían transformado por completo la distribución territorial y el equilibrio de poderes dentro del Imperio y también el escenario más amplio de la lucha por la hegemonía en Europa. La política aplicada por Fernando que pretendía obtener ventajas para el catolicismo mediante la interpretación partidista de las normas legales había generado una desconfianza generalizada, que solo permitiría llegar a una pacificación real si el acuerdo de paz se acompañaba de un plan de reforma constitucional que diera garantías a los príncipes y ciudades protestantes de que se respetarían sus derechos. La Dieta y la mayor parte de las instituciones imperiales seguían dominadas por los católicos y no parecía que fueran a dejar de lado la política de recatolización que habían impulsado hasta ese momento. Sin un equilibrio en la composición de las instituciones era muy difícil que se pudiera fortalecer el poder central y que el emperador pudiera presentar un frente unido frente a la invasión sueca y la amenaza de una intervención francesa.

El fracaso del elector de Sajonia en sus negociaciones para obtener algunas de las demandas protestantes más moderadas ofreció la excusa para que los líderes más jóvenes como Bernardo de Saxe-Weimar y Guillermo de Hesse-Cassel rechazasen los términos ofrecidos, porque no satisfacían ni sus ambiciones personales y territoriales, ni las aspiraciones inspiradas por su entusiasmo religioso, que les sirvió para justificar la devastación que iban a provocar en las tierras alemanas y la miseria que iban a extender entre los habitantes que consiguieron sobrevivir a las matanzas.

La guerra siempre traía consigo injusticias, saqueos y muertes, pero hombres como Gustavo Adolfo, Tilly o Wallenstein habían intentado limitar los horrores de la guerra a lo que consideraban estrictamente necesario, mediante el mantenimiento de la disciplina entre las tropas y anteponiendo las consideraciones políticas a la depredación de la población por la sencilla razón de tener la fuerza de su lado. Sin embargo, ahora estos hombres habían sido devorados por la guerra y los herederos de sus ejércitos no siguieron su legado, sino que se dejaron llevar por el ansia de aventura, de riquezas y de poder. La nueva generación de generales fueron hijos más de Mansfeld que de Wallenstein.

Ahora las potencias vecinas también estaban dispuestas a jugar más fuerte en el escenario imperial. La invasión de Suecia y la formación de la Liga de Heilbronn solo había sido posible gracias a la financiación francesa, mientras que la destitución y muerte de Wallenstein era en parte obra del oro español. Las pretensiones de Francia y la Monarquía hispánica no tenían nada que ver con la reorganización y la supervivencia del Imperio, sino con los intereses dinásticos de los Borbones y los Austria de Madrid. Para Francia, un Imperio débil y dividido era la garantía de no quedar rodeada y bloqueada por los Habsburgo hispánicos y los Habsburgo austríacos. Para los monarcas españoles, la pervivencia del Imperio y el fortalecimiento del poder del emperador era un requisito para preservar sus intereses en Italia y en Flandes, y en todo caso para dar más brillantez a los logros de la dinastía. Pero no entraban en sus cálculos el bienestar del Imperio y de sus habitantes. Además, el enfrentamiento entre Francia y España, entre Richelieu y Olivares, había llegado a tal extremo que la alianza con uno significaba automáticamente la enemistad con el otro. Así, Fernando se convirtió en el instrumento de la política española y Bernardo de Saxe-Weimar en la herramienta de los intereses franceses.

En esta fase final de la guerra, la lucha entre protestantismo y catolicismo, y la cuestión de la tolerancia o la intolerancia como medio para garantizar la lealtad al estado, dejaron de ocupar el centro del escenario político y la lucha se trasladó a la posesión de Alsacia y Lorena. Pero no se trataba de la necesidad de dominar

estos territorios para evitar que se utilizasen como vías de entrada en Francia o en Alemania, como ocurrió durante las dos grandes guerras mundiales del siglo xx, sino porque eran el lazo vital que unía el Flandes español con las posesiones hispanas en el norte de Italia. Como el mar estaba en manos de los holandeses y de sus aliados ingleses, la arteria vital por la que circulaban hombres, suministros y dinero, que alimentaban la bestia de la guerra en los Países Bajos, era el valle del Rin. Si la Monarquía hispánica era capaz de mantener el control de ese camino y de los pasos de los Alpes, se podría continuar la guerra contra los holandeses. Si Francia lograba cortar la comunicación, la guerra estaría perdida.

Tras la batalla de Nördlingen, la primera exigencia de Richelieu a Oxenstierna por su ayuda fue la ocupación por tropas francesas de las fortalezas en manos suecas en Alsacia. En cuanto obtuvo su control le declaró la guerra a la Monarquía hispánica mediante un documento entregado en Bruselas el 19 de mayo de 1635. Francia había conseguido reunir la cantidad fabulosa de 132.000 hombres, divididos en tres contingentes. El primero debía expulsar a los españoles del Milanesado y liberar a los príncipes italianos; el segundo estaba destinado a defender Lorena mientras Bernardo cruzaba el Rin para continuar la guerra en Alemania, y el tercero invadiría los Países Bajos españoles para unirse con las tropas holandesas del príncipe de Orange, que debían atacar Bruselas.

Pero el plan de Richelieu era demasiado ambicioso y fracasó por diversos factores. El primero de ellos fue que los franceses no habían desarrollado nunca una campaña a semejante escala y carecían de generales capaces de mandar contingentes tan grandes. El segundo fue el desconocimiento de la situación real de los territorios que pretendía atacar, de manera que la invasión franco-holandesa de Flandes y Brabante provocó una reacción popular contraria, que resultó inesperada para franceses y holandeses. Posiblemente flamencos y brabantones estaban descontentos con el gobierno español, pero no estaban dispuestos a soportar una invasión extranjera. Algo similar ocurrió en Italia, donde el ejército francés se tuvo que retirar sin conseguir ningún éxito remarcable. Y, finalmente, el tercer factor fue sobrestimar la capacidad de Bernardo

de Saxe-Weimar de movilizar a las fuerzas protestantes para esta nueva fase de la guerra, de manera que se tuvo que retirar y solo su capacidad de mando evitó que perdiera su ejército.

En 1636 llegó el momento de la venganza y el cardenal-infante cruzó el Somme, tomó Corbie y avanzó hasta la orilla del Oise, amenazando París. La conmoción fue enorme porque nadie había esperado el fracaso completo de la campaña del año anterior ni una reacción española tan contundente. Se revisaron las defensas de París en espera de un asedio y Richelieu recurrió a las grandes corporaciones legales, eclesiásticas y comerciales de la nación para que aportaran contribuciones voluntarias para financiar las tropas necesarias, y los que no tenían nada que aportar, se alistaron para defender la capital. París, que se había mostrado tan radicalmente católica durante las guerras de religión, confió su defensa al hugonote mariscal La Force, y el clero, que era tan renuente a la política de Richelieu, olvidó sus agravios y contribuyó a la defensa. Las tropas españolas, alejadas de sus bases y enfrentadas a una población unida en la defensa de su ciudad, no se atrevieron a establecer un asedio y se retiraron. A finales de año los franceses habían recuperado el terreno perdido y los dos enemigos habían regresado a sus posiciones iniciales.

En Alemania los acontecimientos habían dado un giro, aunque no tan positivo. El proyecto del elector de Sajonia de invitar a los suecos a abandonar el Imperio se frustró con la victoria del general sueco Baner en Wittstock el 4 de octubre. A partir de ese momento el norte de Alemania sería escenario de una miseria y devastación que superó todo lo que le hubieran podido infligir las tropas de Wallenstein o el aventurero Mansfeld. Pero el acontecimiento más importante fue sin duda la muerte de Fernando II en Viena el 15 de febrero de 1637.

Poco antes de su fallecimiento, su hijo, Fernando, rey de Hungría, había sido elegido como Rey de los Romanos y ahora solo tenía que esperar el trámite de la elección formal para convertirse en el emperador Fernando III. Los cambios de monarca siempre son esperanzadores, sobre todo cuando el nuevo emperador carecía de vicios y era profundamente devoto, como lo demuestra que mientras

sus tropas vencían en la batalla de Nördlingen, él se encontraba rezando en su tienda. A pesar de estar al mando del antiguo ejército de Wallenstein era muy raro que impartiera órdenes estrictamente militares y cuando lo hacía su letra era tan ilegibles que servía de excusa para que sus generales pudieran hacer lo que consideraban más oportuno en cada momento. No obstante, su gran pasión era la contabilidad y tenía un instinto preciso para controlar gastos e ingresos. No parecía que un contable fuera el perfil más adecuado para dirigir los destinos del Imperio en momentos tan turbulentos.

Aun así, su primer año de reinado estuvo lleno de éxitos, algunos de ellos inesperados. Baner perdió todo lo que había ganado tras la batalla de Wittstock y fue empujado hacia las costas del Báltico. En la frontera occidental los imperiales también consiguieron vencer la resistencia protestante y Württemberg aceptó la Paz de Praga y se sometió al emperador. Solo quedaba pendiente la cuestión de Alsacia, pero parecía que el emperador había conseguido sortear los primeros peligros de su reinado.

Sin embargo, aunque en una imagen más amplia podría parecer que Alsacia era un problema menor, en realidad su dominio era el eje central de la lucha entre Francia y la Monarquía hispánica, que se iba a decidir en la campaña de 1638 de Bernardo de Saxe-Weimar, que consiguió dominar todo el valle del Alto Rin, cortando la ruta de conexión entre Flandes e Italia, y reclamando para sí el territorio en compensación por la pérdida de su ducado de Franconia. Para Richelieu era una buena noticia que el enemigo español perdiera su principal ruta de abastecimiento, pero no veía con buenos ojos que se estableciera un principado alemán independiente en un territorio que consideraba de interés estratégico para Francia. Por eso ordenó a Bernardo que pusiera sus conquistas bajo las órdenes del rey de Francia, a lo que este se negó porque no quería que se le acusase de haber desmembrado el Imperio. Una cosa era conseguir unos estados para recuperar su estatus como príncipe del Imperio, aunque fuera en contra del emperador, y otra muy distinta arrancar una parte del Imperio para entregársela a una potencia extranjera.

Al año siguiente el sueco Baner reforzó sus tropas e inició un avance por el norte de Alemania en dirección hacia Bohemia, momento que aprovechó Bernardo para cruzar el Rin e iniciar una campaña para asestar un golpe definitivo que le permitiera dictar la paz según sus condiciones. Pero poco después de cruzar el río cayó enfermo y murió el 8 de julio de 1639. Nadie puso en cuestión que sus fortalezas en Alsacia y su ejército quedasen bajo el mando de generales franceses, que se dedicaron durante los años siguientes a devastar las regiones renanas de Alemania sin conseguir ninguna victoria decisiva, pero que sirvieron para foguear a las bisoñas tropas francesas.

La ocupación de Alsacia completaba el plan de Richelieu para aislar los Países Bajos españoles, que se había iniciado con el control de pasos vitales en los Alpes y su política italiana de aprovechar la sucesión en cualquier señorío para colocar a un candidato vinculado con Francia y hostil a la presencia española. Este movimiento hacia el sur se completó con el impulso al fortalecimiento de la armada francesa y el apoyo a la marina holandesa, que dificultaban cada vez más que los refuerzos y los suministros pudieran llegar por mar desde la Península Ibérica. Las embarcaciones más ligeras y maniobrables construidas por franceses, holandeses e ingleses habían dejado atrás a los imponentes galeones españoles, que podían presentar una potencia de fuego superior a la de sus adversarios, pero su escasa maniobrabilidad los convertía en presa fácil de las armadas oficiales y de los corsarios privados con base en los puertos de estos países.

A las dificultades internacionales se unieron en 1640 los conflictos internos de la Monarquía hispánica a causa de la política de Unión de Armas que pretendía aplicar el conde-duque de Olivares, que provocaron la revuelta de Portugal y de Cataluña, que distrajeron tropas y energías del escenario europeo, y acabaron con la independencia definitiva de Portugal, mientras Richelieu aprovechaba el caso de Cataluña para abrir otro frente de intervención francesa. Más adelante analizaremos con mayor detalle el conflicto franco-español y las revueltas de 1640.

La estrategia de Richelieu no consistió en un ataque directo contra las posesiones principales de la Monarquía hispánica, sino en cortar sus rutas de comunicación y suministros, aislando cada una de las unidades para que quedasen libradas a sus propios recursos y de esa manera sería mucho más fácil conquistarlas para Francia o ponerlas en manos de gobernantes aliados de los franceses.

No obstante, Richelieu siguió sufriendo en casa la oposición del clero y de parte de la aristocracia a su política interior y exterior, que no habían dejado de conspirar y de provocar revueltas a lo largo de todo su gobierno. En 1641, el conde de Soissons, un príncipe de sangre real, se colocó a la cabeza de un ejército imperial financiado por los españoles para atacar Francia. Su avance llegó hasta Sedán, donde derrotó al ejército francés, pero una bala perdida acabó con su vida. La victoria fue totalmente estéril porque no había ningún príncipe francés disponible para sustituirlo, de manera que las tropas bajo su mando no tuvieron más remedio que retirarse, porque se habían convertido de supuestos liberadores en simples invasores y no eran suficientes para emprender la conquista de todo el reino. Poco después se produjo otra conspiración cortesana, que fue descubierta a tiempo y acabó con sus inspiradores en el cadalso. Pero Richelieu nunca había disfrutado de una buena salud y las tensiones del cargo se habían cobrado su precio, de manera que falleció el 4 de diciembre de 1642 a la edad de cincuenta y siete años. Poco antes de morir había recomendado al cardenal de origen italiano Jules Mazarino como su sucesor. Luis XIII siguió su consejo y nombró al cardenal para sustituir a Richelieu. Sin embargo, el rey también murió poco después, el 14 de mayo de 1643, dejando como heredero a Luis XIV, que había nacido en 1638.

Luis XIII había dispuesto la constitución de un Consejo de Regencia si moría durante la minoría de edad de su hijo, porque no se fiaba de que su esposa, Ana de Austria, hermana del monarca español y cuñada del emperador, fuera capaz de gobernar los destinos de Francia. Pero Ana hizo que el Parlamento de París anulase el testamento del difunto rey y, con la ayuda de Mazarino, se dispuso a seguir la política emprendida por Richelieu para mantener el predominio de la corona sobre las facciones

aristocráticas y ampliar el dominio de Francia en las relaciones internacionales. Esta continuidad de políticas tuvo su primer éxito contra las tropas españolas que habían cruzado la frontera de los Países Bajos y sitiaban Rocroi.

Al mando de las fuerzas francesas se encontraba el joven duque de Enghien, más tarde conocido como príncipe de Condé. Todo el mundo pensaba que la inexperiencia del aristócrata dejaría el mando efectivo de las tropas en veteranos más experimentados, pero Enghien no estaba dispuesto a quedar como una mera figura decorativa en la campaña. Entre los comandantes franceses se encontraba Jean de Gassion, que había servido a las órdenes de Gustavo Adolfo y había visto cómo los sólidos tercios de Tilly se disolvían ante los rápidos golpes suecos en la batalla de Breitenfeld. Gassion vio que la formación que había adoptado el comandante español reproducía la disposición tradicional de los tercios, con filas muy apretadas y compactas, de manera que aconsejó al joven Enghien que ordenara el ataque siguiendo pautas parecidas a las adoptadas por el rey sueco. La victoria francesa fue total y se considera que Rocroi marcó el principio del fin de los tercios españoles, superados por las nuevas tácticas y un armamento más avanzado. Aunque seguirían cosechando victorias durante bastante tiempo, parecía que su época ya había pasado.

La liberación de Rocroi el 19 de mayo de 1643 y la anexión de Thionville en agosto no se vieron acompañadas de éxitos similares en la campaña en Alemania, donde los generales de Maximiliano de Baviera consiguieron derrotar a todos los comandantes franceses que se les opusieron, hasta que en 1644 apareció sobre el terreno el vizconde de Turena, que consiguió frenar los avances bávaros y ocupar la ciudad de Friburgo, aunque no la pudo retener ante la llegada de las tropas bávaras de Franz de Mercy. Poco después apareció el duque de Enghien al mando de los refuerzos franceses y con la orden de tomar el mando supremo del ejército, a pesar de que Turena era de mayor edad y tenía más experiencia. En contra de sus consejos, el 3 de agosto Enghien lanzó sus tropas contra las posiciones bávaras que estaban situadas en una posición casi inaccesible rodeada de viñedos. Durante tres días se libró la batalla

más sangrienta de una guerra caracterizada por batallas cruentas, en la que las tropas francesas se estrellaron una y otra vez contra las defensas bávaras, hasta que estas se tuvieron que retirar el 9 de agosto por falta de alimentos para continuar con la resistencia.

Los franceses disfrutaron de una victoria que no habían conseguido porque sufrieron bajas que se estiman entre los siete y ocho mil hombres, mientras que los bávaros se retiraron en buen orden, con pérdidas de solo dos mil quinientos hombres. Pero el apuesto duque de Enghien no aprendió la lección y el 3 de agosto 1645 se libró la segunda batalla de Nördlingen en circunstancias muy parecidas a las anteriores. Turena había realizado el trabajo duro cuando apareció Enghien con los refuerzos, que lanzó alegremente contra el enemigo. Por suerte para los franceses, Mercy murió en el momento culminante de la batalla y pudieron reclamar una victoria que más bien se puede considerar un empate.

Las tropas veteranas que habían servido bajo Bernardo de Saxe-Weimar siguieron presionando a los franceses, que se vieron obligados a retirarse y, poco después, ante la llegada de refuerzos imperiales, cruzaron el Rin hacia sus posiciones de salida.

En el norte la suerte sonreía al general sueco Torstenson, que irrumpió en Bohemia y el 6 de marzo infringió una gran derrota a los imperiales en la batalla de Jankow, aunque su objetivo era enmendar el supuesto error de Gustavo Adolfo y conquistar Viena. Pero Viena era inexpugnable y, falto de tropas y equipo de asedio, tuvo que regresar a Bohemia, donde entregó el mando a Wrangel.

La situación estaba empantanada y ninguno de los bandos conseguía una victoria lo suficientemente decisiva para que se pudiera inclinar la balanza hacia un lado o hacia otro. Los ejércitos más o menos disciplinados de las primeras fases de la guerra habían desaparecido y ahora consistían en poco más que bandas de mercenarios que se alquilaban al mejor postor y mientras tanto saqueaban y asesinaban para subsistir sobre una tierra cada vez más empobrecida y a costa de una población que había ido disminuyendo con los años de guerra y se encontraba hundida en la miseria. Ante este panorama de desolación humana y sin perspectivas de lograr una victoria por las armas, parece que se

empezó a abrir paso la idea que era necesario acabar con aquella locura mediante la negociación y la firma de un tratado de paz.

La Paz de Westfalia y las consecuencias de la guerra



Firma del Tratado de Paz de Westfalia, por Gerard Terborch.

A ESTAS ALTURAS de la guerra no era realista pensar que Francia fuera a perder el control férreo que ejercía sobre el valle del Rin, ni que se pudiera expulsar a Suecia del desierto en que se había convertido el norte de Alemania, a pesar de su imposibilidad de consolidar sus conquistas en Bohemia. En esta época el ejército sueco hacía tiempo que había dejado ser el ejército disciplinado (para los criterios de la época) de Gustavo Adolfo y se había transformado en otra colección más de mercenarios sin religión, sin piedad, sin remordimientos y sin más objetivo que sobrevivir hasta el día siguiente.

Durante las casi tres décadas de guerra no se había dejado de hablar de conversaciones de paz y, como hemos visto, en algunos momentos se había conseguido llegar a algunos acuerdos parciales que no sirvieron para resolver los problemas de fondo y dejaron suficientes cabos sueltos para que unos u otros tuvieran excusa para continuar las hostilidades. Ahora parecía que se estaba planteando en serio la celebración de una conferencia de paz entre todos los contendientes para solventar los problemas que habían provocado la guerra y aquellos que habían ido apareciendo durante las tres décadas de la misma.

La celebración de una reunión de este tipo planteaba un problema previo que era la selección del lugar de reunión, que debía cumplir los requisitos que planteasen todos los participantes. Teniendo en cuenta la variedad de contendientes y para evitar una discusión interminable que diera al traste con las negociaciones antes de empezar, se tomó la decisión de que los embajadores se reunirían en dos ciudades diferentes, lo que ya daba una idea de las negociaciones no iban a ser demasiado ágiles, pero esta solución por lo menos permitiría comenzarlas.

Las poblaciones seleccionadas fueron Münster y Osnabrück. Münster era una próspera ciudad situada muy cerca de la frontera con los Países Bajos, que había vivido en 1534-1535 una revolución anabaptista, sofocada por las tropas combinadas de los príncipes católicos y luteranos del Imperio que, por encima de sus diferencias doctrinales, coincidían en considerar a los anabaptistas como peligrosos herejes religiosos y revolucionarios sociales. Tras el final de la revuelta, la ciudad fue devuelta al obispo-príncipe de Münster y se estableció una comunidad estrictamente católica en la que estaban prohibidos el luteranismo y el calvinismo. La ciudad había recuperado gran parte del esplendor que tenía antes de la revolución gracias a su intensa actividad comercial favorecida por su privilegiada posición geográfica. En esta ciudad se iban a celebrar las negociaciones entre el Sacro Imperio y Francia, y entre la Monarquía hispánica y la República holandesa.

Osnabrück, en cambio, era una ciudad controlada por los protestantes en la que convivían luteranismo y catolicismo porque la totalidad del consejo municipal y la mayor parte de la población era luterana, pero también albergaba la sede del obispo-príncipe de Osnabrück y una parte de población católica. La ciudad había caído en manos de la Liga en 1628, pero había sido recuperada por las tropas suecas en 1633. Suecia prefería negociar con el Sacro Imperio en una ciudad que estuviera bajo su control, pero consideró que, con la presencia del obispo y parte de la población católica, los representantes del emperador no se sentirían totalmente en campo contrario.

Una vez acordadas las sedes se tuvieron que elegir las delegaciones, que fueron muy multitudinarias: dieciséis estados europeos, sesenta y seis estados del Imperio que representaban los intereses de ciento cuarenta estados imperiales y veintisiete grupos de interés, que representaban a un total de treinta y ocho grupos. Además, estuvieron presente el nuncio papal y un embajador de Venecia que actuaron como mediadores para intentar gestionar los intereses de semejante multitud. El Imperio disponía de dos delegaciones, una para cada ciudad, mientras que la Monarquía hispánica, aunque solo estaba presente en Münster, también

disponía de dos delegaciones: una general y la otra en representación del Franco Condado y los Países Bajos españoles.

El emperador quiso demostrar su sinceridad en las negociaciones siendo uno de los primeros en enviar a sus delegados, que llegaron a Münster en julio de 1643, mientras que los embajadores suecos y franceses no se presentaron hasta marzo y abril del año siguiente, de manera que la primera propuesta formal de negociación no se pudo presentar hasta junio de 1645. En realidad, todos los presentes estaban dispuestos a acordar la paz, pero todos ellos pretendían que se acordase según sus términos.

El actor principal de este drama era el emperador Fernando III, que no se sentía atado por la política de su padre, porque el Edicto de Restitución no había sido obra suya y no sentía ninguna obligación especial hacia él. Asimismo, había aceptado incluir a luteranos y calvinistas en la paz religiosa, con lo que superaba uno de los obstáculos principales, porque las ofertas que se habían hecho hasta el momento en última instancia se remitían siempre a la Paz de Augsburgo de 1555 que contemplaba solo la presencia del luteranismo en el Imperio, porque en aquel momento el calvinismo era un movimiento muy minoritario. También había ofrecido la restitución del Bajo Palatinado al heredero de Federico y una amnistía general para los que aún estuvieran en armas, pero se negó a aceptar que los asuntos constitucionales del Imperio se trataran en un congreso de las potencias europeas. Aceptarlo habría sido el reconocimiento de que el Imperio era una mera sombra de lo que había sido y del ideal que supuestamente encarnaba, y que los estados que lo componían eran prácticamente independientes.

Desde un punto de vista personal, Fernando sentía en su conciencia el cargo de pasar a la historia como el primer emperador que no solo no era capaz de ampliar el Imperio, sino que había aceptado su empequeñecimiento. Pero a pesar de eso no podía hacer nada para evitar que Alsacia estuviera en manos francesas o que Pomerania permaneciera bajo el control de Suecia. Además, Alsacia no solo formaba parte del Imperio, sino que era también parte integrante de los territorios patrimoniales de los Habsburgo y, en este caso concreto, la herencia de los hijos de su tío Leopoldo, de

manera que no se sentía cómodo consiguiendo la paz mediante la desposesión de sus sobrinos.

Para Maximiliano de Baviera, Alsacia no tenía ningún significado especial y consideraba que si era el precio de la paz valía la pena pagarlo. Por eso recomendó a Fernando que no se aferrase al sentimentalismo y que, si era necesario hacer concesiones, prefería hacérselas a la Francia católica que a los protestantes del Imperio. También estaba convencido de que, si Alsacia permanecía bajo dominio francés, desaparecería la razón principal del apoyo de Francia a los príncipes protestantes. Pero si Alsacia no era un problema para el bávaro, no estaba dispuesto a renunciar al Alto Palatinado y confiaba en el apoyo de Francia para conseguirlo.

Sin embargo, Francia no podía permitir que Maximiliano y Fernando presentaran un frente común en las negociaciones, de manera que en 1646 decidió invadir Baviera y obligar al elector a separarse del emperador. Esta vez el ejército francés estaba bajo el mando de Turena, que en agosto cruzó el río Lahn para unirse a los suecos de Wrangel para enfrentarse a un enemigo que se había atrincherado. Pero esta vez, libre de la impetuosidad del duque de Enghien, el experimentado Turena dio toda una lección de estrategia y pasó de largo de las posiciones bávaras para internarse en el corazón de Baviera, donde no habían visto un enemigo desde la expulsión de Bernardo de Saxe-Weimar en 1634. Los caminos estaban abiertos, las provisiones eran abundantes y la población no estaba preparada para recibir al enemigo. La consecuencia fue que las tropas franco-suecas realizaron un paseo militar, cruzando el Danubio sin dificultades ni resistencia hasta llegar a Augsburgo.

A pesar de la situación comprometida, los generales no se ponían de acuerdo sobre el curso de la acción para frenar la invasión: los bávaros querían defender Baviera, mientras que los imperiales presionaban para salvar las posesiones del emperador en Suabia. Ante tanta indecisión, Turena y Wrangel llegaron a las puertas de Múnich con la intención de arrasarlo toda la campiña para que no pudiera sostener a un ejército bávaro. Maximiliano quedó reducido a la impotencia y se vio obligado a firmar una tregua por separado en

mayo de 1647, que no duró demasiado, porque en septiembre se encontraba de nuevo al lado de Fernando.

El castigo no se hizo esperar y todo lo que se había salvado el año anterior cayó bajo las botas de franceses y suecos. A pesar de ello, el ejército bávaro intentó detenerlos y el 17 de mayo de 1648 libró la última batalla de la guerra en Zusmarshausen, de la que salió derrotado. La destrucción continuó un poco más para que el elector no volviera a tener la tentación de regresar al redil imperial.

En Bohemia, la mitad de la ciudad de Praga cayó en manos de los suecos y el emperador asistió con impotencia al derrumbe del Imperio, lo que eliminó las últimas resistencias que podía presentar a la firma de la paz.

Finalmente, después de treinta años de guerra y varios años de negociaciones, el 24 de octubre de 1648 se firmó la Paz de Westfalia, que en realidad estaba formada por tres tratados diferentes:

- La Paz de Münster entre la Monarquía hispánica y la República holandesa, firmada el 30 de enero 1648 y ratificada el 15 de mayo de 1648.
- El Tratado de Münster entre el Sacro Imperio y Francia, junto con sus aliados respectivos, firmado el 24 de octubre.
- El Tratado de Osnabrück entre el Sacro Imperio y Suecia, junto con sus aliados respectivos, firmado el 24 de octubre.

Los acuerdos principales contenidos en los tres tratados fueron los siguientes:

- El emperador perdía todos los poderes usurpados durante los años de la guerra, que volvían a los gobernantes de los estados imperiales.
- Todas las partes reconocían la Paz de Augsburgo de 1555 como el principio que garantizaba que el príncipe de cada estado del Imperio estaba legitimado para determinar la religión oficial de sus territorios, siguiendo el principio de *cuius regio, eius religio*. A las religiones reconocidas en dicho documento, catolicismo y

luteranismo, se unía ahora el calvinismo, que se convertía en religión oficial.

- Todos los cristianos que vivían en estados en los que su denominación no era la iglesia oficialmente reconocida tenían el derecho a practicar su fe en privado, así como en público en las ocasiones que estableciera la ley.
- Se reconocía la soberanía exclusiva de cada príncipe sobre sus tierras, súbditos y agentes en el extranjero, así como su responsabilidad por cualquier acto de guerra realizado por alguno de sus súbditos o agentes. Quedaba totalmente prohibida la concesión de patentes de corso.
- Todas las disputas sobre la posesión de los obispados entre protestantes y católicos se remitían a la situación del día de Año Nuevo de 1624. Cualquier beneficio eclesiástico que en esa fecha estuviera en manos protestantes, seguiría en manos protestantes, de manera que los católicos no podían reclamar la devolución de estos bienes y derechos. Para la aplicación correcta de este principio se reformaba el Tribunal Imperial que estará compuesto por el mismo número de jueces protestantes que católicos.
- Se reconocía la independencia de Suiza del Sacro Imperio, después de décadas de una independencia de hecho.
- La República holandesa que había proclamado su independencia de la Monarquía hispánica en 1581 era reconocida oficialmente como un estado independiente.
- Francia retenía los obispados de Metz, Toul y Verdún y las ciudades de la Decápolis en Alsacia (excepto Estrasburgo, el obispado de Estrasburgo y Mulhouse) y la ciudad de Pignerol, cerca del ducado de Milán.
- Suecia recibía una indemnización de cinco millones de táleros, que utilizó principalmente para pagar a sus tropas. También recibió la Pomerania occidental (a partir de ese momento Pomerania sueca), Wismar y los obispados-principados de Bremen y Verden como feudos hereditarios, consiguiendo de esta manera asiento y voto en la Dieta Imperial y en las dietas de los círculos de la Alta Sajonia, la Baja Sajonia y Westfalia. Pero el texto de los tratados

era bastante ambiguo y dio lugar a bastantes conflictos posteriores:

- Para evitar su incorporación a Suecia, la ciudad de Bremen reclamó que era una ciudad imperial, de manera que el emperador la separó del obispado de Bremen, que quedó en manos suecas. Esto provocó la guerra de 1653-1654 en la que Suecia intentó ocupar la ciudad.
- El tratado no fijaba la frontera del ducado de Pomerania, en manos suecas, con Brandeburgo, lo que provocó diversas disputas hasta fijar una frontera en 1653.
- El tratado establecía que los duques de Mecklemburgo, que debían la recuperación de sus tierras a los suecos, les cedían Wismar y las aduanas de sus puertos. Suecia afirmaba que se trataba de todos los puertos de Mecklemburgo, mientras que los duques y el emperador entendían que solo eran los de Wismar.
- Baviera conservaba el voto en el Colegio Electoral del Sacro Imperio que había obtenido por la proscripción imperial contra el elector palatino Federico V en 1623. Al príncipe palatino Carlos Luis, hijo de Federico, se le concedía el nuevo octavo voto electoral.
- El Palatinado quedaba dividido entre el Alto Palatinado, que quedaba en manos del duque Maximiliano de Baviera, y el Bajo Palatinado, que se entregaba a Carlos Luis, de manera que la región se dividió entre católicos y protestantes.
- Brandeburgo, germen de la futura Prusia, recibía Pomerania oriental y los obispados de Magdeburgo, Halberstadt, Kamin y Minden.
- Se clarificó la sucesión a Jülich-Cléveris-Berg, cuyo último duque había muerto en 1609. Jülich, Berg y Ravenstein pasaban a manos del conde palatino de Neuburg, mientras que Cléveris, Mark y Ravensberg eran para Brandeburgo.
- El obispado-principado de Osnabrück alternaría obispos católicos y luteranos. Los obispos luteranos serían elegidos de la rama menor de la casa de Brunswick-Luneburgo.

- Se abolían todas las barreras al comercio establecidas durante la guerra y se garantizaba la libre navegación por el Rin.

Los tratados eran lo suficientemente satisfactorios para todos los contendientes, de manera que se convirtieron en una base firme para la extensión de la paz en el Imperio, aunque no todo el mundo estuvo de acuerdo con él. Entre las voces discordantes destaca el papa Inocencio X, que en la bula *Zelo Domus Dei* consideraba que la Paz de Westfalia era «nula, vacía, inválida, inicua, injusta, perjudicial, reprobable, inútil, vacía de significado y de efecto para siempre». La profecía no era, desde luego, uno de sus dones.

La paz devolvía el equilibrio a un Imperio en el que los estados podían actuar en su política interna como si fueran independientes, mientras que el emperador podía dirigir o coordinar, pero no imponer, políticas que fueran en contra de los intereses o la conciencia de los príncipes y de las ciudades libres. Dentro de cada principado, los gobernantes podían elegir su religión y expulsar a los disidentes, pero los casos fueron cada vez más raros, y la mayoría de los gobernantes consideró que la existencia de una minoría religiosa en su territorio no era un peligro para la estabilidad de su gobierno y su dinastía. El enfrentamiento entre católicos y protestantes había llegado a un punto de hastío en el Imperio que un principio de intolerancia se instaló más por cansancio y aburrimiento que por un convencimiento profundo. A pesar de todo permitió recuperar la convivencia e iniciar el camino de la reconstrucción y la recuperación demográfica, económica, social y cultural de todas las regiones que formaban el Imperio y habían vivido las miserias de la guerra.

La proliferación de señores de la guerra también dejó una impronta en la política alemana que iba a sentar los cimientos del militarismo germano que echará sus raíces más profundas en Prusia y llegará hasta las guerras mundiales. La famosa frase de «Prusia no es un estado con un ejército, sino un ejército con un estado» se podría haber aplicado al ejército de Wallenstein, cuya pretensión fue precisamente transformar su ejército en el fundamento del Imperio. La experiencia de la multitud de ejércitos propios y extranjeros

recorriendo Alemania durante treinta años dejó la idea clara que lo más importante era garantizar la fortaleza militar para mantener el orden interno y evitar las injerencias externas.

Desde el punto de vista internacional, Francia consolidaba su posición como poder hegemónico en Europa a costa de una Monarquía hispánica que había perdido definitivamente los Países Bajos y tenía cada vez más dificultades para mantener sus posesiones en Italia. Como adalid de la causa católica, los españoles veían cómo se consolidaba la división religiosa en el Imperio y en Europa, que habían intentado combatir desde los tiempos de Carlos V. En la cultura española se empezó a instalar una profunda conciencia de decadencia política, económica y moral, que se vio acompañada por los problemas dinásticos de la rama hispana de los Habsburgo, que conduciría a su sustitución por los odiados Borbones a principios del siglo XVIII.

Francia iniciaba su época de esplendor con el reinado de Luis XIV, que será uno de los más largos de la historia con setenta y dos años en el trono. La consolidación de un estado centralista y absolutista en el interior estuvo acompañada de una política expansionista e intervencionista en el exterior, que la llevó a colisionar con Inglaterra y a continuar la rivalidad con la Monarquía hispánica, sobre todo en las posesiones americanas.

Suecia consolidó su hegemonía en Escandinavia y en el Báltico, superando en todos los aspectos a su antigua rival, Dinamarca, hasta encontrar un enemigo superior con el renacimiento ruso durante el reinado de Pedro el Grande, que le disputó su influencia en el mar Báltico y en la Europa oriental.

Los diplomáticos habían concluido su trabajo y las armas volvían a callar después de décadas de una actividad desenfrenada, pero ¿cuál era la situación de Alemania en 1648?

En una época anterior a la existencia de estadísticas detalladas sobre la población y todos los aspectos de la vida social, política y económica resulta muy difícil realizar un balance numérico de los costes de tres décadas de guerra. Las estimaciones actuales más ajustadas consideran que la guerra provocó cinco millones de muertos, que es una cifra trágica pero bastante modesta en

comparación con los veintisiete millones o los casi treinta y cuatro millones de muertos que provocaron la Primera y la Segunda Guerra Mundial, respectivamente, solo en Europa. Pero si pasamos de las cifras absolutas a las relativas podremos valorar en su justa medida el impacto real de la guerra en su época esos cinco millones representaban un 20% de la población total del Sacro Imperio, mientras que las otras dos cifras, por terribles que sean, solo significaban respectivamente el 5,5% y 6% de la población de Europa en el momento anterior a la guerra.

Cuando se pasa del cuadro general a los estudios regionales, se pueden encontrar grandes contrastes entre zonas respetadas por los combates en los que la población incluso llegó a crecer en estos treinta años, como Tirol que aumentó su población un 13%, y otras regiones en las que el impacto fue mucho más fuerte, como Bohemia (-25%) y Moravia (-31%). En algunas zonas de esas dos regiones y del valle del Elba la cifra llegó hasta una reducción del 50%.

De estas cifras generales, se calcula que entre cuatrocientos cincuenta mil y seiscientos mil fueron los soldados muertos durante la guerra, lo que lleva a la conclusión bastante repetida en casi todos los conflictos que durante una guerra se corre más peligro como civil que como militar.

Pero gran parte de estas muertes de civiles y militares no se pueden atribuir a la violencia directa ejercida por los ejércitos, sino más bien a las consecuencias de la miseria y el hacinamiento en condiciones sanitarias deplorables. En este sentido, la mayor parte de las víctimas, civiles y militares, se pueden atribuir a enfermedades infecciosas. Así, por poner solo unos pocos ejemplos, la ciudad sajona de Naumburg que tenía 8.900 habitantes en 1618 y 4.320 en 1645 solo tiene registrados a 18 ciudadanos muertos de manera violenta, a pesar de que la ciudad fue saqueada por los suecos durante una semana en 1635; de los 241 fallecimientos en el pueblo de Ingelfingen en 1634 solo 7 fueron asesinados durante la toma de la ciudad tras la batalla de Nördlingen, mientras que 163 murieron a causa de una epidemia. En el lado militar, de los soldados de la Liga muertos durante la campaña de 1620, 14.000 fueron

víctimas del tifus y solo 200 figuran como muertos en combate en la batalla de la Montaña Blanca.

Otra causa de muerte adicional que se cobró un número nada despreciable de víctimas fueron las hambrunas ocasionadas por la devastación de los campos y la imposibilidad de plantar y recoger las cosechas. En este caso resulta muy difícil dar cifras, porque muchas de estas muertes se confunden con las provocadas por las epidemias, pero aun así vale la pena mencionarla.

Las bacterias, los virus y el hambre demostraron ser mucho más mortíferos que espadas, lanzas y mosquetes, pero sin los segundos no se habrían multiplicado y extendido como lo hicieron.

La amenaza de la violencia también provocó una serie de flujos migratorios que despoblaron determinadas zonas y abarrotaron otras, contribuyendo a la difusión de las enfermedades y distorsionando la vida económica, tanto del lugar de origen como del de llegada. Estas migraciones en muchas ocasiones estuvieron provocadas por la noticia de la llegada de los soldados de uno u otro bando, pero no podemos olvidar que los ejércitos no se desplazaban solos, sino que a sus espaldas traían consigo un séquito formado por las familias de los soldados, comerciantes que tenían un negocio relacionado con la vida militar, taberneros, prostitutas y todo tipo de «alimañas de campamento» que se beneficiaban de los saqueos y desvalijaban a los muertos y heridos en los combates. Se calcula que una fuerza de 40.000 soldados podía arrastrar alrededor de 140.000 hombres, mujeres y niños, que también vivían sobre el terreno y a expensas de los campesinos.

El aumento de la mortalidad a causa de la guerra no solo vació de hombres y mujeres las tierras de Alemania, sino que impidió el nacimiento de nuevas generaciones que hubieran consolidado el crecimiento de la población que había experimentado el Imperio desde la Paz de Augsburgo de 1555. Pero tras la guerra la recuperación fue bastante rápida, con un crecimiento medio alrededor del 1,5% durante las dos décadas siguientes, de manera que la mayoría de los principados alemanes recuperaron la población perdida durante la guerra en el período que va de 1680, en las zonas más favorecidas, a 1720, sobre todo en regiones que se vieron

inmersas en las nuevas oleadas de guerras que se iniciaron en la década de 1680.

La guerra provocó una crisis demográfica y una crisis económica muy profunda al devastar las tierras de cultivo y provocar problemas para el comercio y en las rutas comerciales, tanto terrestres como marítimas, lo que llevó a un aumento de los precios y a una pérdida de la riqueza media de los hogares. La escasez de alimentos y productos a la venta condujo a la primera crisis de hiperinflación de la que se tiene noticias, que se vio empeorada por una manipulación imprudente de la moneda del Imperio, que redujo su contenido en metales preciosos y provocó una crisis de confianza en el sistema monetario y una reducción del crédito que financiaba los intercambios comerciales.

Al igual que en el caso de la población, las diferencias regionales, e incluso locales, son muy acusadas en el campo económico, con grandes desigualdades en función del tipo de actividad, los productos manufacturados o intercambiados y el impacto inmediato de la guerra. En el norte muchos puertos comerciales pudieron seguir con sus actividades más o menos habituales a pesar de la ocupación de tropas extranjeras, pero el comercio marítimo estaba muy concentrado en las potencias protestantes que dominaban las rutas del mar del Norte y el Báltico.

Pero más allá de la frialdad de las cifras y de los datos estadísticos, la Guerra de los Treinta Años tuvo un impacto muy importante en la conciencia de las generaciones que la vivieron y que se transmitió a las generaciones posteriores, quedando en la historia de Alemania como la época de mayor calamidad hasta las tragedias del siglo xx. La miseria, la devastación y las matanzas quedaron profundamente grabadas en el recuerdo de los alemanes de las generaciones posteriores principalmente a través de la reproducción de las dos series de grabados sobre *Las miserias de la guerra*, del lorenés Jacques Callot, y la novela picaresca *Der abenteuerliche Simplicissimus Teutsch* (*Las aventuras de Simplicíssimus*), de Hans Jakob Christofell von Grimmelshausen, publicada en 1668, que recogía las aventuras de este pícaro alemán durante el transcurso de la guerra. El efecto de las imágenes de Callot sobre la visión

histórica de la guerra se puede equiparar al papel de *Los desastres de la guerra* de Goya sobre la Guerra de Independencia española. Los alemanes vivieron la guerra como un cataclismo que transformó por completo sus vidas y los dejó en un mundo diferente del que habían conocido sus padres: más pobre, más despoblado, con muchas heridas psicológicas y emocionales que curar y con la terrible incertidumbre de si la Paz de Westfalia era el punto final o solo un punto y seguido en el devenir de una guerra eterna. En el imaginario colectivo, la Guerra de los Treinta Años quedó fijada como la época más terrible de la historia de Alemania.

Juego de voluntades: el conflicto franco-español



Retrato del conde-duque de Olivares, por Diego Velázquez.

COMO HEMOS VISTO en los capítulos anteriores, uno de los elementos determinantes en el desarrollo de la Guerra de los Treinta Años y que convirtió el conflicto en el Imperio en un factor esencial de la lucha por la hegemonía en Europa fue el enfrentamiento entre Francia y la Monarquía hispánica. Los orígenes de esta rivalidad se pueden remontar a finales del siglo xv, durante el reinado de los Reyes Católicos, cuando la unificación dinástica de las coronas de Castilla y Aragón convirtió a los Trastámara en una potencia con aspiraciones de dominio continental. Pero los enfrentamientos entre los reinos hispanos y el vecino del norte se pueden remontar a la época medieval por la presencia de las comarcas catalanas del Rosellón, el Conflent, el Capcir y la Alta Cerdanya, al otro lado de los Pirineos, así como las estrechas relaciones que mantenía la Corona de Aragón con la nobleza de Occitania, en especial con los condes de Tolosa. Esta vinculación transpirenaica se oponía a los intentos del rey de Francia por unificar aquellos territorios con los que mantenía una relación feudal de vasallaje para formar un reino unificado y centralizado con su centro de poder en el norte, concretamente en la ciudad de París.

El punto culminante de este enfrentamiento fue la cruzada contra los albigenses o cátaros (1209-1244), que bajo la excusa de la lucha contra la herejía permitió que la nobleza del norte acabara con el poder, casi independiente, de los condes de Tolosa y otorgara al rey de Francia el control de toda la región del Languedoc, a excepción de las comarcas catalanas al este y la parte septentrional del reino de Navarra, que también se extendía a ambos lados de la cordillera. La derrota de los cátaros y de la nobleza occitana también representó una derrota para la Corona de Aragón, uno de cuyos

reyes, Pedro II, murió en la batalla de Muret luchando contra los cruzados franceses.

Tras la cruzada, las comarcas al norte de los Pirineos siguieron siendo escenario de disputas y batallas porque constituían el camino de paso de cualquier ejército que pretendiera invadir la península desde Francia, o atacar este reino desde territorio peninsular. No obstante, la rivalidad entre las dos coronas se trasladó a partir de esa época a un escenario diferente desde el momento en que aragoneses y catalanes iniciaron la expansión por el Mediterráneo, incorporando las islas de Mallorca, Cerdeña, Córcega y Sicilia, además del reino de Nápoles en la península italiana, llegando incluso a formar los efímeros ducados de Atenas y Neopatria en Grecia. El control catalano-aragonés del Mediterráneo oriental chocaba con los intereses de la corona francesa, que estaban penetrando en Italia desde el norte, aprovechando como base el ducado de Saboya.

Sin entrar en detalles que escapan a los límites de este libro, la unión dinástica que formaron Isabel de Castilla y Fernando de Aragón heredó los intereses mediterráneos de la corona catalano-aragonesa y, con ellos, la rivalidad con Francia, centrada sobre todo en Italia. En este marco se inscriben las campañas del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, por el control del reino de Nápoles, y más tarde la famosa batalla de Pavía por el dominio del Milanesado.

No obstante, la política dinástica de los Reyes Católicos no concluyó con su matrimonio, que unía las dos coronas peninsulares bajo un mismo monarca, sino que utilizaron los matrimonios de sus hijos como herramientas para ganar influencia en el norte de Europa y vincular al último reino de la península, Portugal. Así, su hija Isabel se casó con Manuel I de Portugal, Juan con Margarita de Austria (hija del emperador Maximiliano I), Juana (llamada la Loca) con Felipe el Hermoso (también hijo de Maximiliano) y Catalina con Enrique VIII de Inglaterra. La alianza con Portugal permitió la incorporación del reino a la corona en 1580, el matrimonio inglés no dio los frutos deseados y desembocó en la crisis dinástica y religiosa que se ha recreado tantas veces en la literatura, el cine y la

televisión, y la alianza con los Habsburgo austríacos fue la más fructífera de todas y convirtió al nieto de los Reyes Católicos, el futuro Carlos I de España y V de Alemania, en una superpotencia unipersonal que aglutinaba el centro de Europa, buena parte de Italia, los reinos hispanos, a excepción de Portugal, y las tierras recién descubiertas en el continente americano.

La consecuencia de esta política matrimonial fue la hegemonía de los Habsburgo, la Casa de Austria en la historiografía española, y el aislamiento de Francia, que quedaba emparedada entre los reinos ibéricos al sur, el Sacro Imperio al este, los Países Bajos españoles al norte y el dominio del Mediterráneo que seguían ejerciendo aragoneses y catalanes. Además, Carlos heredó algunos territorios, como el Franco Condado o Borgoña, que los reyes de Francia consideraban parte integrante de su reino. Para evitar este cerco, Francisco I rivalizó con Carlos en la elección imperial tras la muerte de Maximiliano I y, tras perder, intentó por todos los medios dificultar la política del emperador en Alemania e Italia.

Durante el reinado de Felipe II, las tensiones por el control político de la península italiana se trasladaron a la frontera entre Francia y los Países Bajos españoles, donde Francia jugó un papel destacado en el fomento de la rebelión de los holandeses, pero al final tuvo que reconocer el predominio español con la firma de la Paz de Cateau-Cambrésis en 1559, tras haber perdido las grandes batallas de San Quintín (1557) y Gravelinas (1558). Pero de la misma manera que Francia intervino activamente para desestabilizar las posesiones de la Monarquía hispánica, Felipe II no se abstuvo de respaldar al partido católico en la corte francesa cuando estallaron las guerras de religión en Francia entre católicos y hugonotes, que fueron también guerras de sucesión al trono. Felipe II intervino periódicamente a favor de la Liga Católica con la financiación de sus actividades y la entrada de tropas españolas, habitualmente desde los Países Bajos. A la larga esta intervención fue contraproducente porque permitió que el líder de los hugonotes y aspirante al trono, Enrique de Navarra, se pudiera presentar como el pretendiente más «francés», frente al católico Enrique de Guisa, que recibía el apoyo del enemigo tradicional. Al final, con la Paz de Vervins de 1598 entre

Felipe II y Enrique IV se llegó a un acuerdo que dejaba las espadas en alto.

Con el cambio de dinastía en Francia y la subida al trono de Felipe III en la península, las tensiones se relajaron hasta llegar a los acuerdos matrimoniales de 1615 con la regente María de Médici, que establecía la boda de Ana María de Austria con Luis XIII de Francia y de Isabel de Borbón con el futuro Felipe IV. Este pacto tuvo consecuencias a largo plazo cuando a finales de siglo la Monarquía hispánica vivió una crisis sucesoria al morir Carlos II sin herederos en 1700 y pasar la corona a Felipe de Borbón, bisnieto de Felipe IV.

A pesar de esta alianza matrimonial, que parecía consolidar la paz firmada casi veinte años antes, la mayoría de edad de Luis XIII y la subida al trono de Felipe IV volvieron a tensar las relaciones entre las dos coronas, en especial por la aparición en el escenario político de dos figuras que acabarían librando una batalla de titanes por la hegemonía en Europa: el cardenal Armand Jean du Plessis de Richelieu (1585-1642) y Gaspar de Guzmán y Pimentel Rivera y Velasco de Tovar, conde-duque de Olivares (1587-1645).

Estos dos hombres eran contemporáneos casi exactos, procedían de ramas secundarias de grandes casas nobiliarias y demostraron una ambición sin límites para lograr el poder a la sombra de su rey con la intención de alcanzar o recuperar el esplendor y la brillantez que se merecían sus monarcas. Su objetivo fue reformar las estructuras del estado para controlar los poderes que podían rivalizar con el monarca, como la nobleza, la Iglesia o las limitaciones constitucionales en el caso peninsular, y proyectar una política exterior de prestigio y de recuperación de la hegemonía en Europa. A partir de aquí, los dos hombres no podían presentar figuras más discordantes, como se refleja en los retratos de Diego de Velázquez y Philippe de Champaigne.

Como hemos visto en los capítulos precedentes, Richelieu tuvo que luchar con la enemistad de parte de la nobleza y del clero francés, contrarios a su política de fortalecimiento del poder real; y realizó una tarea ingente para reducir el poder político y militar de los hugonotes, al mismo tiempo que establecía las bases de una tolerancia religiosa que permitía la convivencia de las dos religiones

en un mismo reino, siempre que no se pusiera en cuestión la lealtad al monarca. En su política exterior siguió los pasos de sus predecesores para impedir que Francia quedara emparedada entre las posesiones de las dos ramas de la casa de Habsburgo y por ello, como hemos visto, hizo todo lo posible por aumentar las dificultades del emperador durante la Guerra de los Treinta Años.

Olivares también tuvo que hacer frente a la oposición interna a sus reformas, tanto en la corte, donde existían diversos partidos contrarios a una reducción de los privilegios de la nobleza, del clero y de las corporaciones de origen medieval. Pero sus grandes problemas se plantearon cuando intentó aplicar reformas institucionales que atentaban contra las constituciones de los diferentes reinos y territorios que compartían un mismo monarca, pero no las mismas leyes ni costumbres. Su política buscó la regeneración moral de la corte, reduciendo la corrupción y la venalidad de los cargos, así como una mejora en la estructura administrativa con la creación de juntas dedicadas a temas específicos y la aplicación de una política mercantilista que pudiera fomentar el comercio y la industria. En el exterior siguió con la política de recobrar el prestigio y la brillantez de la monarquía, mediante la recuperación de las provincias rebeldes en los Países Bajos y apoyando al emperador en su lucha contra la extensión del protestantismo por Europa. Dentro de este marco internacional, Francia era el gran rival que se tenía que controlar y, a ser posible, vencer, como había ocurrido durante el reinado de Felipe II, que aparecía en el imaginario político como una edad de oro.

La rivalidad entre estos dos estadistas se desarrolló como una enorme partida de ajedrez que tenía como tablero toda Europa occidental y en la que cada movimiento estaba pensado para impedir que el rival pudiera desplegar su juego.

Como ya hemos mencionado, Richelieu optó por una estrategia que evitaba un enfrentamiento directo y generalizado con la Monarquía hispánica, y se centraba en cortar las vías de comunicaciones que unían los diferentes territorios españoles que se encontraban dispersos por Europa. Su mayor interés radicaba en interrumpir el Camino Español, el lazo de unión de las posesiones en

Italia con los Países Bajos y que servía para aportar refuerzos y suministros al conflicto que se desarrollaba contra los rebeldes holandeses.

El conflicto había estallado en 1568 cuando las diecisiete Provincias Unidas, que ocupaban aproximadamente los Países Bajos actuales, se levantaron contra Margarita de Parma, que actuaba como gobernadora en nombre de Felipe II. La guerra había sufrido diferentes altibajos que presenciaron victorias españolas y victorias holandesas, episodios de represión sangrienta y asedios interminables, que habían convertido el conflicto en lo que podríamos llamar el Vietnam español. Tras cuarenta años de guerra, el 9 de abril de 1609 se había conseguido firmar la Tregua de los Doce Años, que obligaba al cese de las hostilidades durante ese período y garantizaba a los holandeses una serie de privilegios comerciales. Esta tregua dio un respiro a los rebeldes, pero sobre todo a la Monarquía hispánica, que había enterrado hombres y dinero en un conflicto que parecía abocado a eternizarse.

Durante la guerra, los rebeldes holandeses, que eran calvinistas, habían conseguido el apoyo de sus correligionarios en Alemania y de otras potencias protestantes, que veían en el apoyo a la rebelión una defensa del protestantismo y, sobre todo, una manera de desgastar el poderío hispano. Este apoyo se manifestó sobre todo en un aumento de la hostilidad naval contra las embarcaciones españolas que iban o venían de los Países Bajos. Holandeses, ingleses y franceses, ya fueran barcos oficiales o corsarios autorizados, empezaron un hostigamiento al que la flota española hacía frente cada vez con más dificultades, porque los grandes galeones españoles eran un blanco fácil ante buques mucho más pequeños y maniobrables. Esta guerra en el mar provocó que la llegada de refuerzos y suministros fuera cada vez más problemática por esta vía, de manera que la Monarquía hispánica tuvo que reforzar el Camino Español, que se venía utilizando como una vía secundaria.

Las tropas llegaban por vía marítima a Génova y a continuación se concentraban en el Milanesado, que era el inicio principal de la ruta. Desde allí cruzaban los Alpes por el ducado de Saboya para llegar al Franco Condado, Lorena, Luxemburgo, el obispado de Lieja y

finalmente los Países Bajos. Tras la alianza del duque de Saboya con Francia se estableció una ruta alternativa para cruzar los Alpes por los valles de Engandina y Valtellina hasta el Tirol. A continuación se bordeaba el sur de Alemania, se cruzaba el Rin en Alsacia y se llegaba a los Países Bajos a través de Lorena. El recorrido cubría aproximadamente unos mil kilómetros, que las tropas podían recorrer en unos cuarenta y cinco días a una media de 23 kilómetros al día, en comparación con los veinte días de la ruta marítima. Con el Camino se perdía rapidez, pero se ganaba en seguridad.

Richelieu orientó su política a interrumpir esta vía, con lo que los Países Bajos españoles quedarían estrangulados ante la posibilidad muy real de que no se ampliase la Tregua de los Doce Años y de que en 1621 se reanudasen las hostilidades con los rebeldes holandeses. Tras conseguir la alianza con el duque de Saboya que obligó a desviar la ruta hacia la Valtellina, los franceses también intentaron cortar este paso, aprovechando que se trataba de un valle poblado por católicos pero bajo el control de los protestantes de los cantones grisonos. Richelieu presionó para que se reforzara el dominio protestante sobre el valle, lo que habría interrumpido el paso de los españoles, mientras Olivares defendió el derecho de los católicos a librarse del dominio protestantes y quedar bajo la protección española. El conflicto consiguiente provocó una matanza de protestantes en 1620, que fue seguida por la ocupación del paso en 1623 por parte de tropas francesas, saboyanas y venecianas, que expulsaron a los españoles. El conflicto se resolvió en la Paz de Monzón de 1626, que obligaba a reconocer el control católico de la Valtellina y a la retirada de las tropas francesas, quedando el paso abierto para los españoles.

Una vez consolidado un paso por los Alpes, la lucha por el control del Camino se trasladó al tramo que quedaba dentro del Imperio y explica en buena medida las razones y los objetivos de las intervenciones españolas y francesas en el conflicto. Aunque las dos coronas jugaban una partida mucho más amplia por la hegemonía europea, el control de esta vía era una de las razones inmediatas de sus intervenciones directas, como la ocupación del Palatinado por los tercios de Ambrosio de Spínola en 1620-1622, como de la presión

que ejercían sobre sus aliados y patrocinados. La guerra de Flandes no formó parte de la Guerra de los Treinta Años porque es un conflicto que venía de mucho más lejos, pero siempre estuvo en el trasfondo y condicionó los movimientos de tropas y las alianzas.

Como esperaba casi todo el mundo, tras el final de la Tregua de los Doce Años, la guerra se reanudó en 1621 con una fase favorable a los intereses españoles con la toma de Breda en 1625, inmortalizada en el cuadro de Velázquez. Pero poco después la fortuna se volvió contra las armas de Felipe IV, para desesperación de Olivares, y fueron perdiendo terreno y ciudades a manos de los rebeldes. Sin embargo, nadie conseguía una victoria decisiva y el estancamiento militar favorecía a los holandeses, que no tenían problemas de logística para suministrar alimentos, hombres y material al frente de batalla, mientras que los tercios españoles dependían del Camino, cada vez más comprometido y del hostigamiento desde el mar. La guerra se extendió hasta 1648 y no se resolvería hasta la Paz de Westfalia, que reconocía la independencia de las Provincias Unidas y mantenía en manos españolas el resto de los Países Bajos.

Pero el mismo tratado establecía la cesión a Francia del Franco Condado, Alsacia y Lorena, lo que interrumpía definitivamente el Camino Español, que seguía siendo útil para abastecer los Países Bajos españoles, aunque ahora ya no hubiera una guerra abierta. A pesar de la paz, la ruta marítima seguía siendo demasiado peligrosa porque el tratado no afectaba a los corsarios privados, que seguían asaltando los barcos españoles, tanto en aguas europeas como en la Carrera de Indias, el convoy que unía América y la península, como directamente en aguas americanas.

La persistencia de esta situación obligó a la extensión de la guerra con Francia, de manera que los tratados que forman la Paz de Westfalia no incluían la finalización del conflicto entre las dos potencias.

Olivares y Richelieu se agotaron en esta lucha por implantar reformas internas y por lograr la hegemonía en Europa. Desde la perspectiva que da el tiempo, el esfuerzo por conservar unos territorios que en realidad se habían perdido hacía mucho tiempo

desangró a la Monarquía hispánica y solo se entiende por la obcecación en una política de prestigio que consideraba que cualquier renuncia mermaría el honor y la consideración internacional del monarca. Olivares tenía a su disposición unos recursos muy superiores a los de cualquier otro estadista de su época, pero se encontraban dispersos a grandes distancias y enmarcados en una estructura institucional que no permitía una gestión rápida y eficaz de los mismos.

La mayoría de las reformas propuestas por Olivares, que en su momento levantaron tanta oposición y en última instancia fracasaron, volverían a aparecer modificadas y adaptadas a su época en las propuestas del reformismo borbónico del siglo XVIII, desde la reforma fiscal a los planes para repoblar el territorio, cuando ya era demasiado tarde para reconducir el curso histórico y transformar la monarquía en un estado centralizado y unificado eficaz y eficiente en la gestión de los asuntos públicos.

El autoritarismo desplegado para implantar las reformas fue muy mal recibido por los súbditos de las diferentes coronas, que lo consideraron como un ataque contra sus privilegios y constituciones, provocando un grave conflicto territorial en Portugal y Cataluña, al que dedicaremos el capítulo siguiente. No obstante, este autoritarismo surgía seguramente del carácter del personaje, que desplegó durante su vida una dedicación incansable a los asuntos de estado, pero también de la convicción que la supervivencia de la monarquía obligaba a la movilización de todos los recursos para ganar la guerra en Flandes.

Su caída en 1643 no fue ningún cataclismo porque Felipe IV siguió reinando veintidós años más en manos de ministros cada vez más incapaces y con menos espíritu reformista que Olivares, pero puso de manifiesto dos hechos innegables: el primero era que la hegemonía europea había pasado definitivamente a Francia, mientras que la Monarquía hispánica iniciaba una decadencia lenta e inexorable que conduciría a la pérdida de las colonias y su desaparición como potencia europea a principios del siglo XIX. El segundo era que la corona no había sido capaz de imponer la reforma del ordenamiento constitucional, administrativo y económico

frente a la oposición de las instituciones de los diferentes reinos y los privilegios corporativos de los estamentos medievales. Habrá que esperar el impulso que ofrecerá un cambio de dinastía para que se vuelva a plantear otro intento de reforma de la amplitud e intensidad del proyectado por Olivares.

Resulta triste pero también significativo que la figura del conde-duque de Olivares se recuerde en la actualidad más por su presencia en los magníficos retratos de Diego de Velázquez que por su papel como estadista y reformador de la monarquía. También resulta significativo que tras la magnífica obra del doctor Gregorio Marañón sobre su figura, la primera biografía completa del personaje sea obra de un hispanista británico.[2]

El fracaso final de su política no debería ser el criterio único para medir su valía como estadista y como una de las figuras más destacadas de la historia moderna de España.

Richelieu no fue ajeno a esta política de prestigio, pero sus recursos estaban mucho más concentrados y era más fácil movilizarlos hacia los diferentes teatros de operaciones del conflicto con España. Flandes, Italia y el Imperio compartían fronteras con el reino de Francia y el traslado de tropas y suministros no presentaba más que las dificultades habituales de la época. Además, a pesar de toda la oposición que despertó su política de fortalecimiento de la monarquía, Francia contaba con una larga tradición de centralización del poder y de desaparición de las constituciones territoriales, de manera que las revueltas nobiliarias no pudieron contar nunca con un respaldo constitucional, como ocurrió en Cataluña en 1640. El cardenal preparó al país para la siguiente fase de expansión, ampliando la flota y mejorando la economía, además de asegurar unas fronteras «naturales», que se acabarían fijando como los límites históricos de la Francia actual, aunque resulten tan artificiales como cualquier otra frontera.

La figura de Richelieu también se reflejó en el arte, quizá en pinturas de una calidad menor a los retratos de Velázquez, pero lo más curioso es la fortuna que ha tenido en la literatura y, a partir de ahí, en el cine y la televisión. Alejandro Dumas convirtió al cardenal, quizá injustamente, en el malo por excelencia. Si se me permite la

broma anacrónica, en el Darth Vader del siglo XVII. Pero esta imagen sesgada y poco favorable ha engrandecido el personaje como una persona inteligente, astuta, intrigante, ladina y, sí, también malvada, pero digna de respeto. En cambio, Olivares no ha tenido un Dumas que lo convierta en un icono, sino que su aparición en las pantallas se ha reducido casi siempre a un personaje ridículo, sin grandeza ni inteligencia, movido por la superstición y las incongruencias de su época. Así vemos la historia y así nos va.

Empezábamos este capítulo hablando del paralelismo entre Richelieu y Olivares, y vale la pena terminarlo de la misma manera, porque el cardenal murió el 4 de diciembre de 1642 y un año después, el 23 de diciembre de 1643, el conde-duque era destituido de todos sus cargos y desterrado de la corte. Aún viviría dos años más, hasta el 22 de julio de 1645, pero el final de su gran rival prácticamente marcó el ocaso de su propia estrella. Unidos hasta el final en una rivalidad, que marcó la primera mitad del siglo XVII.

[2] Gregorio Marañón: *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar*, publicado originalmente en 1936. Reeditado por Espasa en 2006. John H. Elliot: *El conde-duque de Olivares*. Crítica: Barcelona, 2004.

La revuelta de los catalanes y la independencia de Portugal



Retrato de Felipe IV, por Diego Velázquez.

COMO HEMOS COMENTADO en el capítulo anterior, el intento desplegado por el conde-duque de Olivares de imponer sus reformas por la vía autoritaria en el período que va de 1627 a 1635 despertó la oposición de numerosos sectores de la nobleza y de la Iglesia, como ocurría en Francia y en otros países europeos, pero en el caso de la Monarquía hispánica se añadían las resistencias que presentaban los diferentes reinos amparados en sus derechos constitucionales y en la autoridad de sus Cortes para decidir sobre la recaudación de impuestos y el reclutamiento de tropas.

No podemos olvidar que la unión dinástica protagonizada por los Reyes Católicos no significó una unificación de sus reinos, que siguieron conservando sus constituciones y sus instituciones propias. El reino de Castilla había conseguido una mayor unificación institucional al fundirse con el reino de León en el siglo XIII y al integrar dentro de este esquema constitucional e institucional los diferentes territorios que fue incorporando a medida que completaba la Reconquista e incorporaba las regiones arrebatadas a los reinos musulmanes. Persistía todo un entramado de privilegios regionales, locales y personales que dificultaban la gestión política y administrativa del reino, pero solo había unas Cortes que sirvieran de interlocutor con el monarca.

En la Corona de Aragón la situación era mucho más compleja porque se trataba de una confederación de reinos formada por los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia y Nápoles y el condado de Barcelona. Cada una de estas unidades tenía su constitución y sus Cortes propias, con las que había que negociar cada una de las medidas que se quisiera implantar. Como en el caso de los Reyes Católicos, la unión de todos estos reinos era más dinástica que

institucional, con la diferencia que todos ellos reconocían su pertenencia a una unidad política superior, la Corona, mientras que en el caso de Isabel y Fernando no apareció ninguna institución superior a la que reconocieran su pertenencia las coronas de Castilla y Aragón. Es decir, España existía como unidad geográfica pero no como organismo político que englobase los dos grandes reinos que ocupaban casi toda la península. Por esta razón, la historiografía se refiere habitualmente a los monarcas de la Casa de Austria como Monarquía hispánica en lugar de como reyes de España, que no aparecen como tales hasta la unificación política de todos los reinos bajo Felipe V de Borbón.

Esta situación, que desde la perspectiva actual nos puede parecer muy moderna, iba contra el espíritu de la época, que tendía a la centralización y uniformización de los poderes en manos de un monarca con tendencias autoritarias y que caminaba hacia el absolutismo al estilo de Luis XIV. Para los ministros de la monarquía, esta maraña de constituciones e instituciones impedía la aplicación rápida de las medidas que se querían adoptar y desgastaba en una sucesión interminable de negociaciones y dilaciones. Para alguien imbuido del espíritu de su época y convencido de la necesidad de simplificar la estructura administrativa del estado, como era el caso de Olivares, estas trabas eran un obstáculo difícilmente soportable, que intentó obviar con una actitud cada vez más autoritaria y menos respetuosa con constituciones y privilegios.

La oposición creció con la falta de éxitos militares y el primer aviso estuvo en el Motín de la Sal de Vizcaya entre 1631 y 1634, provocado por una medida económica impuesta por Olivares en contra de los privilegios forales del señorío. Una Real Orden del 3 de enero de 1631 multiplicaba por cuatro el precio de la sal y requisaba toda la sal almacenada en la región, que a partir de ese momento solo podría vender la Hacienda Real. El motivo de esta medida era conseguir dinero para financiar la guerra en Europa, pero la medida iba en contra de la exención fiscal reconocida en los fueros. Esta orden se añadía a otras anteriores sobre el comercio de lana y paños, de manera que provocó una revuelta de campesinos, marineros y burgueses, que llegaron a asesinar a un procurador de

la Audiencia y a impedir las reuniones de las Juntas Generales en Guernica. La revuelta se extendió con intermitencias hasta 1634, cuando sus cabecillas fueron detenidos y ejecutados, pero con el fin de aplacar los ánimos se perdonó a todos los demás y se derogó la Real Orden que había provocado la revuelta.

A pesar de este antecedente, que recomendaba un mínimo de prudencia, tras la toma del castillo de Salses, situado en el Rosellón, por tropas francesas en junio de 1639, con lo que la guerra había llegado a Cataluña, Olivares decidió poner en práctica la Unión de Armas, que ya había planteado en su memorial secreto de 1624, con el objetivo final de conseguir una uniformidad fiscal y acelerar la integración de todos los reinos de la monarquía mediante la creación de un comunidad de defensa que respondiera a los intereses comunes de todos ellos.

El proyecto suponía la creación de un ejército de reserva de ciento cuarenta mil hombres, reclutados y mantenidos por los diferentes reinos de acuerdo con sus posibilidades. El reparto propuesto era el siguiente:

REINOS	SOLDADOS
CORONA DE CASTILLA E IMPERIO DE LAS INDIAS	44.000
REINO DE PORTUGAL	16.000
PRINCIPADO DE CATLAUÑA	16.000
REINO DE NÁPOLES	16.000
FLANDES	12.000
REINO DE ARAGÓN	10.000
DUCADO DE MILÁN	8.000
REINO DE VALENCIA	6.000
REINO DE SICILIA	6.000
REINO DE MALLORCA, CERDEÑA E ISLAS DEL ATLÁNTICO	6.000

Estas tropas estarían estacionadas en su lugar de origen y la idea era que, en caso de un ataque, el rey acudiría a la defensa de la provincia concreta con la séptima parte del ejército de reserva. Por ejemplo, si atacaban Nápoles, Aragón tendría que enviar la séptima parte de su contribución, es decir, 1.428 hombres, y el resto de reinos en la misma proporción, hasta totalizar los 24.000 hombres que se pondrían al servicio del rey. Por otro lado, estas tropas de reserva no estarían permanentemente movilizadas, sino que sus integrantes seguirían con sus empleos civiles hasta que fueran llamados a filas. En definitiva, algo parecido a la actual Guardia Nacional de los Estados Unidos.

El objetivo principal era aliviar la carga fiscal que padecía Castilla, que sufragaba la mayor parte de los gastos militares de la monarquía y aportaba la mayoría de los reclutas. Pero la finalidad a largo plazo era que los habitantes de los diferentes reinos se acostumbrasen a la idea de la colaboración militar, se conociesen entre ellos y facilitasen la unión en un único marco institucional cuando llegase el momento.

La propuesta de Unión de Armas se había presentado en 1626 en las cortes de los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña con un recibimiento gélido y una oposición casi frontal a cualquier tipo de reclutamiento, más allá de dotar las tropas fronterizas, y mucho menos a aumentar la contribución financiera para el sostenimiento del esfuerzo militar en Europa. En Aragón, tras semanas de negociaciones, consiguieron una oferta de dos mil voluntarios o los 144.000 ducados anuales necesarios para reclutarlos en otra parte, lo que quedaba muy lejos de los diez mil soldados asignados por Olivares. En Valencia los seis mil soldados iniciales quedaron reducidos al pago de un millón de ducados en quince plazos anuales para mantener mil soldados. En Cataluña fue mucho peor porque las Cortes se negaron a reclutar soldados y tampoco aceptaron la propuesta de Olivares para sustituirlos por una aportación de 250.000 ducados durante quince años o un pago único de tres millones de ducados. Los brazos que formaban las Cortes catalanas no tenían la más mínima intención de debatir nada hasta que se hubieran aprobado las nuevas propuestas de constituciones y se

atendieran los agravios acumulados contra los funcionarios reales desde la celebración de las últimas cortes en 1599.

La primera visita de Felipe IV a los reinos que integraban en la Corona de Aragón se había saldado con un fracaso monumental, sobre todo para la propuesta principal que presentaba el valido del rey: la Unión de Armas. A pesar de ello, Olivares no se dejó intimidar y el 25 de julio de 1626 proclamó el nacimiento oficial de la Unión de Armas, cuyas cargas recayeron casi en exclusiva en la corona de Castilla y las posesiones americanas.

En Cataluña, la negativa a reclutar a los hombres que le correspondían según el reparto de Olivares o a contribuir a financiar el esfuerzo de guerra se unía al malestar por la obligación de alojar a las tropas procedentes de otros puntos de la península que se estaban concentrando para lanzar una ofensiva contra Francia. La intención del conde-duque era reunir un ejército de cuarenta mil hombres, de los cuales seis mil deberían ser catalanes, que se debían alojar en casas particulares según un reparto establecido por el virrey del Principado, que desde 1638 era el conde de Santa Coloma. El comportamiento de las tropas y el coste de su manutención provocó infinidad de quejas y un malestar creciente que culminó con el saqueo del pueblo costero de Palafrugell por los soldados que se alojaban en él. Estos hechos desencadenaron una serie de protestas de la Generalitat, o Diputación del General de Cataluña, el consejo de gobierno del principado, que estaba encabezado por Pau Claris y Francesc de Tamarit, y del Consell de Cent de la ciudad de Barcelona.

Además, en 1638 la Generalitat se había negado a que en cumplimiento de la Unión de Armas acudieran tropas catalanas al levantamiento del sitio de Fuenterrabía (Guipúzcoa). Como consecuencia de esta situación, desde principios de 1640, siguiendo instrucciones de Olivares, el conde de Santa Coloma había adoptado medidas cada vez más duras contra todos los que se negaban a alojar a las tropas o se quejaban por los abusos que cometían. Se empezaron a tomar represalias contra los pueblos que no recibían bien a los soldados y algunos fueron saqueados e incendiados. Los enfrentamientos entre campesinos y soldados comenzaron a

extenderse por toda Cataluña hasta que estalló una insurrección general en la provincia de Gerona, que se extendió con gran rapidez al resto del principado.

La situación era explosiva y posiblemente el virrey no fuera la persona más adecuada para reconducirla por cauces pacíficos porque había ido acumulando el odio de toda la sociedad catalana: la nobleza y la burguesía le reprochaban que no hubiera defendido sus intereses estamentales por encima de la obediencia a Olivares; los campesinos odiaban a los soldados por la requisa de animales y cosechas para su alimentación, además de los destrozos provocados en los campos y las molestias, incidentes y afrentas derivadas del alojamiento forzosos en sus casas; y, finalmente, el clero se situó claramente en contra de las tropas a las que llegaron a excomulgar.

Con esta situación llegó el 7 de junio de 1640, festividad del Corpus Christi, que era la fecha tradicional en la que se reunían en Barcelona los grupos de segadores procedentes de toda Cataluña para que los contratasen para la cosecha. Las palabras dieron pronto paso a la acción y los segadores se sublevaron asaltando el palacio del virrey, que tuvo que huir hasta la playa, donde fue asesinado antes de que pudiera embarcar. Los segadores habían convertido la festividad religiosa en un Corpus de Sangre y se habían hecho con el control de la ciudad. La noticia se extendió rápidamente por el principado y el levantamiento se generalizó en la mayoría de las poblaciones.

La Generalitat intentó controlar y reconducir este impulso revolucionario, pero el odio a la soldadesca se convirtió muy pronto en una revuelta social de jornaleros empobrecidos contra la nobleza terrateniente y la burguesía ciudadana. La oligarquía catalana se encontró en medio de una revolución social que se dirigía inicialmente contra el rey, pero que tenía el potencial de desalojarlos de su control político, económico y social del país.

Pau Claris, presidente de la Generalitat, supo utilizar los recursos de la institución que presidía y del clero al que pertenecía para encauzar el malestar social contra el alojamiento de tropas y alejarlo de reivindicaciones más peligrosas. En cualquier caso, ni la Generalitat ni Olivares estaban preparados para lo que acababa de

ocurrir. La primera no tenía un plan de actuación preciso para enfrentarse o negociar con el rey y sus ministros, y el segundo tenía a los ejércitos dispersos por otros frentes y no los podía enviar a Cataluña a aplastar la sublevación.

La Generalitat sabía que solo era cuestión de tiempo que Olivares pudiera reunir las tropas necesarias para aplastar la revuelta y Cataluña no podía reunir tropas suficientes para enfrentarse a todo el poder de la Monarquía hispánica, de manera que se volvieron al enemigo tradicional de los Habsburgo: Francia. Para Richelieu era demasiado tentador no aprovechar la oportunidad de desestabilizar a su gran rival en su propia casa, de manera que exigió la apertura de los puertos catalanes a los navíos franceses y la financiación de tres mil hombres que Francia enviaría a Cataluña para su defensa.

En noviembre de ese año, el ejército de veinte mil hombres que había conseguido reunir Olivares recuperó Tortosa y siguió su avance hacia Barcelona, pero durante el trayecto cometió tal cantidad de tropelías y abusos, que los catalanes redoblaron la resistencia. Al llegar a las afueras de Barcelona, estalló una revuelta popular de mayores dimensiones que la del Corpus, de manera que Pau Claris se vio obligado a decantarse por una alianza formal con Francia en contra de Felipe IV. Para ello reunió la Junta de Brazos (las Cortes sin la presencia del rey) el 16 de enero de 1641, que aceptó la propuesta de poner a Cataluña bajo la protección del rey de Francia, aunque formalmente adoptaría el carácter de república. Pero se trataba de una solución transitoria para forzar un acuerdo con Olivares bajo la amenaza de una intervención francesa en toda regla.

Sin embargo, era una ingenuidad suponer que Richelieu se iba a prestar a convertirse en moneda de cambio en las negociaciones entre la Generalitat y el conde-duque, de manera que el representante francés presionó a las autoridades catalanas planteando que la intervención francesa solo sería posible si Luis XIII era reconocido como conde de Barcelona, es decir, soberano de Cataluña. La propuesta fue presentada y aceptada por la Junta de Brazos el 23 de enero, de manera que Cataluña había abandonado la Corona de Aragón para integrarse en la Corona de Francia.

Para dirigir la contienda se formó una Junta de Guerra, que el 26 de enero dirigió a las tropas franco-catalanas que defendieron Barcelona y derrotaron al ejército enviado por Olivares bajo las órdenes del marqués de los Vélez en la batalla de Montjuïc. Las tropas reales se vieron obligadas a retirarse y tardarían una década en regresar.

El cambio de monarca representó un giro radical en la situación de Cataluña respecto a la monarquía a la que pertenecía como con respecto al papel que jugaba en la guerra entre Francia y la Monarquía hispánica. En el primer aspecto, a pesar de todos los problemas y las imposiciones de Olivares, Felipe IV había jurado las constituciones catalanas y consideraba que Cataluña formaba parte de sus territorios patrimoniales que debía conservar, respetar y engrandecer. Aunque Olivares creía que las constituciones catalanas eran un estorbo para sus planes, nunca se atrevió a anularlas o suspenderlas y la invasión militar del Principado había sido la consecuencia de la revuelta de la población en contra del alojamiento de tropas.

Para Richelieu, Cataluña era un medio para debilitar a Olivares y alejar la guerra de territorio francés. Su exigencia de convertir a Luis XIII en conde de Barcelona no era más que una formalidad para iniciar una ocupación sistemática del territorio, desde el punto de vista militar, como plataforma para lanzar incursiones contra Aragón y Valencia; desde el punto de vista administrativo, para repartir prebendas entre sus funcionarios e iniciar el afrancesamiento del principado, y desde la perspectiva económica, para convertir a Cataluña en un mercado preferente para los productos franceses y para los mercaderes galos, que bajo la nueva administración empezaron a expulsar a los comerciantes locales.

En cuanto a su papel en la guerra, hasta aquel momento Olivares había exigido el reclutamiento de tropas y el pago de las mismas, además de la obligación de alojar a los soldados procedentes de otros lugares que debían proteger la frontera con Francia. La mayor parte de Cataluña se encontraba alejada de los frentes de combate, a excepción de las comarcas al norte de los Pirineos, que quedaban abiertas a las incursiones francesas, sobre todo a través de las

llanuras de la costa. Ahora, Cataluña será el campo de batalla de la guerra porque Olivares intentará acabar con la rebelión y reintegrar el principado a la corona y, sobre todo, porque Richelieu había conseguido alejar la guerra de su frontera meridional, trasladando el frente al interior de la península. Además, la sumisión al rey de Francia no saldrá gratis y si la Generalitat llevaba décadas evitando el pago de un ejército y la intervención de su administración por parte de un poder ajeno, ahora tendrá que sufragar los gastos de las tropas francesas y ceder parcialmente el control de Cataluña, que ahora quedó bajo un virrey francés.

Todo esto empezó a despertar un gran descontento entre la población que no solo se vio sometida a las molestias de los soldados, sino a los peligros de la guerra, no tanto por la violencia expresa como por la extensión de las plagas, las enfermedades y la carestía.

La situación militar presencié victorias y derrotas para ambos bandos, pero ninguna lo suficientemente importante para representar un avance significativo de los franceses hacia Aragón o Valencia, ni de las tropas reales para recuperar el Principado.

Con la firma de la Paz de Westfalia en 1648, que señala el triunfo de Francia en la lucha por la hegemonía europea, Luis XIII y el cardenal Mazarino, que tenían problemas internos con el levantamiento de la Fronda, empezaron a perder interés en Cataluña, y Felipe IV, conocedor del descontento de la población catalana por la ocupación francesa, decidió que había llegado el momento de recuperar lo que era suyo. En 1651 un ejército dirigido por Juan José de Austria no tuvo demasiadas dificultades en llegar a Barcelona y sitiar la ciudad. No tenía suficientes tropas para un asalto directo, pero pudo bloquearla por tierra y por mar, impidiendo la llegada de víveres y refuerzos. Previendo que la caída de la ciudad era inminente, el 5 de mayo de 1652 Felipe IV envió instrucciones a su hijo para que ofreciera un perdón general a los catalanes. Mientras se negociaba con las autoridades de la Generalitat y del Consell de Cent para la capitulación de la ciudad, se establecieron contactos con el virrey francés La Mothe para pactar la retirada de

las tropas francesas. La rendición definitiva de las tropas franco-catalanas tuvo lugar el 11 de octubre de 1652.

Cataluña volvía a reconocer a Felipe IV como su rey legítimo y este juraba de nuevo las constituciones del Principado y se comprometía a no adoptar ninguna medida que pudiera atentar contra ellas. Las tropas francesas abandonaron Cataluña, lo que permitió que se dieran los primeros pasos para la negociación de un tratado de paz definitivo que se firmaría en 1659.

* * *

La revuelta de los catalanes provocada por la imposición de la impopular Unión de Armas provocó doce años de guerra y la pérdida de las últimas posesiones transpirenaicas de la Monarquía hispánica. Sin embargo, 1640 fue escenario de otro levantamiento contra la integridad de la corona, que tenía causas más profundas, pero en el que la política uniformizadora de Olivares y el levantamiento catalán jugaron un papel determinante.

Portugal fue una de las últimas incorporaciones a la Monarquía hispánica en 1580 como consecuencia de la política matrimonial desarrollada por los Reyes Católicos. Felipe II heredó el reino después de la extinción de la dinastía reinante y una corta guerra contra el aspirante portugués Antonio, prior de Prato. Portugal era un reino pequeño que dominaba grandes territorios en América y ultramar, que no estaba acostumbrado a que lo gobernasen a través de virreyes y gobernadores, teniendo a su rey a centenares de kilómetros de distancia. Esta situación, además de verse inmerso en los grandes designios de la política filipina, produjeron un malestar creciente entre la nobleza y la población, que provocaron dos revueltas sintomáticas aunque de escasas dimensiones en 1634 y 1637.

La política centralizadora y la presión fiscal impuesta por Olivares desde la entronización de Felipe IV habían aumentado el descontento entre todas las clases de la población portuguesa. Esta escalada llegó a su punto culminante a lo largo de 1640 cuando, al igual que había ocurrido en Cataluña, Olivares intentó imponer las

obligaciones de la Unión de Armas para reforzar las tropas en los Países Bajos y formar un ejército para sofocar el levantamiento catalán.

El 1 de diciembre, un grupo de cuarenta conspiradores procedentes de la nobleza, el clero y el ejército asesinaron al secretario de Estado Miguel de Vasconcelos, encerraron en sus aposentos a la virreina de Portugal, Margarita de Saboya y a continuación proclamaron al duque de Braganza como Juan IV de Portugal. La Monarquía hispánica estaba ocupada con la guerra en Flandes y el levantamiento de Cataluña, de manera que no pudo reaccionar con rapidez, y Richelieu aprovechó de nuevo la oportunidad para firmar una alianza con la nueva dinastía portuguesa que los comprometía a no llegar a una paz por separado con Felipe IV y a ayudar a los rebeldes holandeses en su lucha contra los tercios españoles.

La guerra que siguió y que se extendió hasta 1667 y consistió mayoritariamente en escaramuzas fronterizas e incursiones de caballería a uno y otro lado de la frontera, hasta la firma del Tratado de los Pirineos en 1659. Con la recuperación de Cataluña y finalizada la guerra con Francia, Felipe IV se dispuso a recuperar Portugal organizando un ejército para invadir el país. Pero los portugueses contrataron a generales y mercenarios de origen alemán que vencieron a las tropas españolas en 1663 y 1665. A partir de entonces se volvió a otra fase de escaramuzas hasta que el 13 de febrero de 1668 la Monarquía hispánica reconoció finalmente la independencia de Portugal.

La política autoritaria de Olivares y la imposición de la Unión de Armas, que sobre el papel parecía una medida bastante sensata para fortalecer la solidaridad entre los reinos que formaban la Monarquía hispánica, resultaron desastrosas en su aplicación práctica al verse condicionadas por las urgencias derivadas de la situación política y militar en los Países Bajos y en el Imperio. La pérdida de Portugal, que era una incorporación reciente a la corona, fue otro aguijón clavado en el amor propio de Felipe IV que profundizó aún más la sensación de decadencia que se venía extendiendo desde la pérdida de los Países Bajos y la derrota ante

Francia. Pero, a pesar de su importancia, no tenía la trascendencia que habría podido tener la secesión de Cataluña, que formaba parte de los principados patrimoniales de la Casa de Austria, heredera de la dinastía de los Trastámara.

La distancia entre el gobierno y la población, la incapacidad de los virreyes para «leer» el estado de ánimo popular y la intransigencia de Olivares en la aplicación de sus reformas y de los dirigentes de la oligarquía catalana en la defensa numantina de unas constituciones que eran cada vez más inadecuadas para las situaciones nuevas que se estaban presentando en la primera mitad del siglo XVII, condujeron al desastre de una guerra que podría haber terminado con toda Cataluña integrada en un reino de Francia mucho más centralista y uniformizador que la Monarquía hispánica.

La historia está a nuestra disposición para conocerla e interpretarla a la luz del presente, sin filtros distorsionadores y sin prejuicios, para no cometer los mismos errores e intentar repetir los aciertos de los que nos precedieron en el difícil arte de gestionar la realidad para alcanzar un futuro mejor.

**La Paz de los Pirineos:
la pérdida de la hegemonía
y la decadencia**



Paz de los Pirineos, por Jacques Laumosnier.

TRAS LA RENDICIÓN de Barcelona en 1652 y la evacuación de las tropas francesas de Cataluña, la guerra entre las dos coronas había llegado a su final en el frente sur, pero seguía muy viva en la frontera entre Francia y los Países Bajos españoles, donde al conflicto inicial se unía el enfrentamiento de la Monarquía hispánica con la *Commonwealth* de Oliver Cromwell, que había derrocado y ajusticiado a Carlos I de Inglaterra. Las operaciones militares no eran favorables a los intereses españoles y tras la derrota en la batalla de las Dunas el 14 de junio de 1658 se abrieron las negociaciones para acordar los términos de una paz aceptable para todas las potencias implicadas.

El tratado se firmó el 7 de noviembre de 1659 en la isla de los Faisanes, situada en el río Bidasoa en la frontera franco-española, entre Luis de Haro, en representación de Felipe IV, y el cardenal Mazarino, en nombre de Luis XIV, ponía fin a diez años de guerra y estipulaba que, en el norte, Francia recibía el condado de Artois y una serie de plazas fuertes en Flandes, Henao y Luxemburgo, entre las que se encontraban Metz, Toul y Verdún. Los franceses devolvían a la Monarquía hispánica el Charolais, en el Franco Condado, y sus conquistas en Italia. En el sur, Francia obtenía el Rosellón, el Conflent, el Vallespir, el Capcir y una parte de la Cerdaña, que estaban situados en la vertiente septentrional de los Pirineos y habían sido ocupados por las tropas francesas que habían apoyado a los sublevados catalanes. Algunos detalles que no quedaron claros sobre esta frontera se concretaron en el Tratado de Llívia de 1660, que traspasó a Francia una serie de pueblos al norte de los Pirineos, a excepción de Llívia por ser una villa y no un pueblo.

El tratado preveía también la boda entre Luis XIV de Francia y María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, cuya dote se fijó en medio

millón de escudos de oro, a cambio de renunciar a sus derechos dinásticos al trono de España. Esta cantidad no se pagó nunca y fue la excusa que utilizó el rey francés para apoyar los derechos sucesorios de su nieto Felipe V.

Asimismo, se incluía un indulto general y la restitución de los bienes a todos los perseguidos durante la sublevación de Cataluña. Respecto al Rosellón, Francia se comprometía a mantener en vigor los *Usatges de Barcelona* y las instituciones que llevaba aparejadas, con sede en la ciudad de Perpiñán. Pero Luis XIV no respetó esta parte y en 1660 derogó los *Usatges*, abolió las instituciones propias de la Cataluña septentrional y prohibió el uso de la lengua catalana en el ámbito público y administrativo.

Los tratados de paz de Westfalia y los Pirineos certificaron el triunfo de Francia en su lucha por la hegemonía europea y la derrota de la Monarquía hispánica, que a la pérdida del prestigio internacional añadía el lastre de un sistema político-administrativo anticuado, una economía atrasada y un «hidalguismo» que afectaba a todas las capas de la sociedad y que impedía avanzar por una obsesión en recuperar los esplendores del pasado basados en la cruz y la espada, en lugar del trabajo y la industria.

Los males del país serían analizados una y otra vez por arbitristas, reformistas borbónicos y pensadores liberales, pero la fuerza de la inercia y el poder de las oligarquías conservadoras, la más importante de las cuales era una Iglesia católica que había ido perdiendo el ímpetu renovador que le había otorgado el Concilio de Trento y había vuelto a una espiritualidad anquilosada y una liturgia rancia que impedían el desarrollo de la sociedad. Sin mencionar el papel jugado por la Inquisición, que adoptaba una actitud cada vez más refractaria a cualquier idea que pudiera parecer ni remotamente heterodoxa, impidiendo que penetraran las nuevas ideas filosóficas, teológicas y científicas que se estaban elaborando en el norte de Europa, siempre sospechoso por la presencia del protestantismo.

La guerra había afectado poco de manera directa a las tierras peninsulares, a excepción de Cataluña y Portugal, pero había vaciado de hombres buena parte del centro. Castilla se había despoblado por la llamada a conseguir una fortuna fácil en América

y por la hidalguía de integrarse en los tercios, para labrarse fama y fortuna, pero también por una política económica desastrosa, que fomentaba el pastoreo para producir lana para la exportación que ocupaba las tierras de cultivo y expulsaba a sus habitantes hacia las ciudades. Allí, la pobreza y la mendicidad servían de fondo al esplendor de los nobles y los fastos de la Iglesia.

Pero el problema más grave era el estigma que descansaba sobre el trabajo, siempre que no fuera de la tierra, aferrados todavía al viejo esquema medieval del guerrero, el monje y el campesino. En este esquema no tenía cabida el industrial, y el comerciante no dejaba de ser un ciudadano de segunda clase hasta que conseguía comprar tierras y convertirse en un rentista, como los nobles cada vez más henchidos de orgullo y vacíos de bolsa.

El aumento de la cabaña de ovejas merinas podría haber sido la base de la aparición de una industria textil floreciente, pero era mucho más fácil y rápido vender la materia prima a ingleses, holandeses o franceses y comprar a precio de oro los paños que fabricaban con la misma lana. La hidalguía expulsó el trabajo hacia la periferia de la península, donde había arraigado mucho menos esta mentalidad, como en Cataluña, o donde toda la población era hidalga, de manera que no valía la pena poner demasiado énfasis en ello, como el País Vasco.

La conciencia de los males que aquejaban a la monarquía y las derrotas exteriores, junto con la incapacidad de la corona para impulsar reformas que permitieran recuperar el terreno perdido ante Francia, Holanda o Inglaterra, permitió el establecimiento de un hondo pesimismo en el pensamiento de finales del Barroco español. La conciencia de decadencia era tan aguda que se instaló en la mentalidad de los intelectuales de los siglos siguientes, hasta que tuvo su expresión definitiva en la Generación del 98, que asistió a la desaparición definitiva del otrora floreciente Imperio español.

Tras los esplendores culturales del Siglo de Oro y la fortaleza de Carlos V y Felipe II, los reinados de Felipe IV y mucho más el de Carlos II, quedaron retratados como una sombra del pasado, marcados por la impotencia y la falta de recursos. El último golpe al orgullo llegaría con la sustitución de la dinastía reinante por un

príncipe procedente del odiado rival de los dos últimos siglos. Pero ni siquiera el nieto de Luis XIV fue capaz de cambiar el curso de la dinámica que había emprendido la monarquía que con él dejó de ser hispánica para convertirse en española, al unificar por la fuerza los reinos que formaban su corona.

Quizá lo peor de la decadencia no fuera la realidad de la pérdida de la hegemonía en Europa y el declive como potencia mundial, sino el pesimismo depresivo que desde entonces consigue que veamos la historia de España en su conjunto y de las unidades que la integran, ya la queramos llamar regiones, naciones o cualquier otro nombre que se nos ocurra, solo destacando los aspectos más negativos, lo que nos impide aprender de los aciertos y no regodearnos en los errores, sino tomar nota para no volverlos a repetir. Solo recuperando un optimismo realista sobre el pasado, sin caer en el ilusionismo de las cosas imposibles ni en flagelarnos por lo que no podemos cambiar, conseguiremos que la historia se convierta en una fuente de aprendizaje y no en un arma arrojadiza. Intentémoslo.

Agradecimientos

Este libro es la continuación de mi obra anterior *La Reforma. Europa en la encrucijada ayer y hoy*, publicada en 2017 con motivo del quinto centenario de la Reforma, y no habría sido posible sin el apoyo de todo el equipo de Kailas Editorial y en especial de su director editorial, Íñigo Gil, que creyó desde el principio en el proyecto de un ensayo sobre la Guerra de los Treinta Años. También quiero extender mi agradecimiento a todos los miembros de la editorial que han intervenido en la edición del manuscrito y que han consigo que el libro que tiene el lector entre sus manos sea más legible y un objeto hermoso.

Mis alumnos de historia de la Reforma me animaron especialmente a iniciar y culminar este proyecto después de recibir con entusiasmo el libro anteriormente mencionado, con toda seguridad guiados más por el afecto que por el espíritu crítico. Ellos son en parte responsables de este libro y por ello quiero rendirles en estas líneas el tributo que se merecen.

Las ideas, las reflexiones y los conocimientos que se reflejan en estas páginas son la culminación de muchos años de estudios, lecturas y reflexiones sobre la historia de la Iglesia y del protestantismo, que inicié en la Facultad de Historia de la Universidad de Barcelona y que continué tanto en mi labor profesional como editor y traductor, como en mi tareas docentes en el Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España (IBSTE) de Castelledefels y en el Centro de Formación Bíblica del Vallès Oriental (CFBVO), donde he podido compartir durante muchos años y en diferentes cursos sobre la historia de la Biblia y la Iglesia mis conocimientos y las inquietudes de mis alumnos sobre los enigmas del pasado y sobre las preguntas que el presente plantea a la

historia. Como figura en la dedicatoria que encabeza estas páginas, con sus comentarios, preguntas y reflexiones me han enseñado mucho más que yo a ellos. Por todo ello, muchas gracias.

Finalmente, y no por ello menos importante, todo mi agradecimiento y amor a mi esposa, Mariví, y a mis hijos Paula y Eloi, que tienen la enorme paciencia de aguantar mis ausencias mentales en un siglo que no es el nuestro.

Evidentemente, todas las opiniones vertidas en las páginas anteriores son responsabilidad del que firma estas líneas, y los errores son únicamente atribuibles a las carencias del autor.

Para saber más

Reunir una bibliografía completa sobre la Guerra de los Treinta Años que incluyera las fuentes primarias y los ensayos históricos sobre el tema es una tarea que desborda los límites de este libro y que sin la menor duda ocuparía más páginas que el texto que acaban de leer. Este conjunto bibliográfico solo es accesible a los grandes especialistas y requiere el dominio, como mínimo, de una docena de lenguas para acceder a los documentos originales y también a los estudios generales sobre el conflicto, así como a los ensayos regionales y locales, los que tratan aspectos o etapas concretas, y las biografías de los protagonistas principales. No nos vamos a adentrar en este bosque tan frondoso en el que es fácil perderse, sino que solo vamos a ofrecer algunas sugerencias de libros que son fácilmente accesibles en castellano y que permitirán al lector profundizar en el conocimiento de los acontecimientos que nos ocupan. Si con ellos no quedan saciadas sus ansias de saber más, en estas obras encontrarán más referencias bibliográficas para seguir avanzando por este camino de conocimiento histórico.

La Guerra de los Treinta Años no ha sido un tema demasiado frecuentado por la historiografía española, aunque aparece en el trasfondo de la amplísima bibliografía sobre el Siglo de Oro y la «decadencia» española.

Las dos obras más importantes que abarcan todo el conflicto son:

Parker, Geoffrey (ed.): *La Guerra de los Treinta Años*. Antonio Machado Libros: Madrid, 2003.

Wilson, Peter H.: *La Guerra de los Treinta Años*. Desperta Ferro: Madrid, 2018. 2 vols.

La obra dirigida y compilada por Geoffrey Parker ha sido durante muchos años el libro de referencia para el lector español y sigue manteniendo su interés porque cada uno de los capítulos está a cargo de un especialista del tema que trata, pero precisamente esta misma característica hace que el conjunto sea algo irregular en cuanto a estilo y enfoque. La obra de Peter H. Wilson, por su lado, es mucho más reciente y también más extensa, y posiblemente ofrezca en este momento la mejor panorámica general del conflicto. A pesar de sus más de mil páginas, que en la edición española se han dividido en dos volúmenes, su lectura es muy informativa y amena.

Para ampliar la información sobre el papel de España en el conflicto europeo, con especial mención a la guerra en Flandes y la rivalidad con Francia tengo que recomendar el conjunto de la obra del hispanista británico John H. Elliott. Para no cansar al lector, solo voy a indicar tres títulos que, a mi modesto modo de ver, son fundamentales para comprender el siglo ^{XVII} hispano:

Elliott, John H.: *Richelieu y Olivares*. Crítica: Barcelona, 2017.

—, *El conde-duque de Olivares*. Crítica: Barcelona, 2004.

—, *La rebelión de los catalanes*. Siglo XXI: Madrid, 1999.

Cinco lecturas recomendadas que espero y deseo que ofrezcan al lector una visión más amplia de la historia de Europa y de España en el marco de un conflicto por la reorganización política y espiritual del continente.

Sobre el autor

FRANCISCO GARCÍA LORENZANA (Giengen/Brenz, Alemania, 1966) es licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona y ha ampliado estudios de posgrado en técnicas editoriales, gestión documental y comunicación y liderazgo político. Su carrera profesional se ha desarrollado principalmente en el mundo editorial, destacando su paso por Edhasa, Círculo de Lectores y la dirección editorial de Ediciones Minotauro. Entre sus traducciones se cuentan obras de Erich Fromm, Wilhelm Schmid, Max Gallo, Elie Wiesel, Albert Einstein, Rosemary Sutcliff y Theodore Zeldin. Ha compilado selecciones de aforismos del papa Francisco I, William Shakespeare y Abraham Lincoln y es autor de *La Reforma. Europa en la encrucijada ayer y hoy*.